



ESTUDIANTES Y POLÍTICA
EN AMÉRICA LATINA
El proceso de
la reforma universitaria
(1918-1938)

por
JUAN CARLOS PORTANTIERO



siglo veintiuno editores, sa
CERRO DEL AGUA 248, MEXICO 20, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
C/PLAZA S. MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda
AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO, BOGOTÁ, D.E. COLOMBIA

1
SIGLO VEINTIUNO  AMÉRICA NUESTRA

5/242
63ca

INDICE GENERAL

PRIMERA PARTE: ESTUDIANTES Y POLÍTICA EN AMÉRICA LATINA, por JUAN CARLOS PORTANTIERO

I. LA REFORMA UNIVERSITARIA: UNA MIRADA DESDE EL PRESENTE 13

II. "LA REBELDÍA ESTALLA EN CÓRDOBA . . ." 30

III. "ESTAMOS VIVIENDO UNA HORA AMERICANA . . ." 58

IV. "EL PURO UNIVERSITARIO ES UNA COSA MONSTRUOSA" 76

V. LA REFORMA FUNDA UN PARTIDO POLÍTICO 89

VI. LAS IZQUIERDAS Y LA REFORMA UNIVERSITARIA 102

VII. DE MELLA A FIDEL 115

SEGUNDA PARTE: CRÓNICAS Y DOCUMENTOS

I. EL MOVIMIENTO POR LA REFORMA UNIVERSITARIA EN ARGENTINA 131

1. La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sudamérica, 131; 2. Orden del día de la Federación Universitaria de Córdoba, 136; 3. Orden del día del mitin en Buenos Aires, 137; 4. Manifiesto del Comité Pro Reforma Universitaria de Córdoba, 138; 5. El Comité Pro Reforma Universitaria ante el ministro de Instrucción Pública y Consejo Superior de la Universidad, 140; 6. Proyecto de ley universitaria y bases estatutarias (1918), 152; 7. Manifiesto de la Federación Universitaria de La Plata a los universitarios de la república, 158; 8. La Federación Universitaria Argentina expone al presidente de la república la situación de la Universidad de La Plata, 160; 9. La Federación Universitaria Argentina asume la dirección local y nacional del movimiento de La Plata, 163; 10. Proclamación de la huelga general de estudiantes en todo el país, 164; 11. Manifiesto de la Federación Universitaria Argentina al pueblo de la república, 166; 12. La Federación Universitaria de Santa Fe, al

2

[7]

edición al cuidado de presentación pinero de simón portada de anheilo hernández

primera edición, 1978 © siglo-xxi editores, s.a.

ISBN 968-23-0296-x

derechos reservados conforme a la ley impreso y hecho en méxico printed and made in méxico

pueblo, en la fecha de los trabajadores, 167; 13. Manifiesto del Centro de Estudiantes de Derecho al inaugurar los cursos de extensión universitaria, 169

II. PROPAGACIÓN AMERICANA DE LA REFORMA UNIVERSITARIA .. 172

El movimiento reformista en Chile: 172

14. Primera convención estudiantil: organización y declaración de principios acordados, 172; 15. Crónica del movimiento de los estudiantes de Chile, por Roberto Meza Fuentes, 175; 16. Segunda campaña en Chile: Manifiesto pro reforma universitaria, 188

El Primer Congreso Internacional de Estudiantes 191

17. Resoluciones del Primer Congreso Internacional de Estudiantes, 191; 18. Por el comienzo de una nueva vida americana, 196

El movimiento estudiantil en Cuba 201

19. Declaración de la Federación de Estudiantes Universitarios, 201; 20. Los estudiantes proclaman la universidad libre, 201; 21. Bases del Primer Congreso Nacional de Estudiantes, 203; 22. Primer Congreso Nacional de Estudiantes, 204; 23. Primer Congreso Nacional de Estudiantes: Declaración de derechos y deberes del estudiante, 208; 24. Estatutos de la Universidad Popular "José Martí", 210; 25. Manifiesto-programa de los estudiantes de Cuba, 211; 26. Manifiesto-programa ala Izquierda Estudiantil, 213

La juventud reformista en Paraguay 220

27. Mensaje a los hombres de la nueva generación, 220

La convención estudiantil de Bolivia 225

28. Primera Convención Nacional de Estudiantes Bolivianos. Programa nacional y universitario, 225

Los estudiantes de Brasil 227

29. Manifiesto de los estudiantes de Río de Janeiro a sus compañeros en el país, 227

La reforma universitaria en Perú 232

30. Crónica del movimiento estudiantil peruano, 232

El movimiento reformista en Uruguay 267

31. La reforma universitaria en Uruguay, 267

Los estudiantes y la reforma en Venezuela 278

32. La Federación de Estudiantes y la reforma universitaria en Venezuela, 278

Conquista de la autonomía universitaria. El movimiento estudiantil en México 283

33. Proyecto de autonomía universitaria presentado por el departamento técnico de la Federación de Estudiantes de México a la Cámara de Diputados, 283; 34. Manifiesto de los alumnos de la Facultad de Derecho contra el sistema de "reconocimiento" (mayo de 1929), 284; 35. Petitorio del Comité de huelga a la Presidencia de la república, 285; 36. IX Congreso Nacional de Estudiantes: Bandera de principios de la juventud mexicana, 287; 37. Ley orgánica de la Universidad Autónoma de México (1933), 288

Un balance crítico a 15 años de la reforma 292

38. Manifiesto de la Federación Universitaria Argentina, 292

TERCERA PARTE: UNA ACCIÓN PARALELA

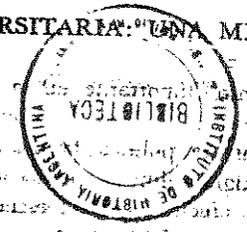
La fundación de la Unión Latinoamericana 297

39. Acta de fundación de la Unión Latinoamericana, 297; 40. Organización (primer editorial de *Renovación*), 298; 41. Manifiesto de la filial de Córdoba de la Unión Latinoamericana, 300

CUARTA PARTE: TESTIMONIOS Y POLÉMICAS

Deodoro Roca: La nueva generación americana, 307; *Saúl Alejandro Taborá*: Reflexiones sobre el ideal político de América, 312; *Alejandro Korn*: La reforma universitaria, 312; *Alejandro Korn*: La reforma universitaria y la autenticidad argentina, 316; *Saúl Alejandro Taborá*: Docencia emancipadora, 319; *Héctor Ripa Alberdi*: Renacimiento del espíritu argentino, 326; *Germán Arciniegas*: Los estudiantes y el gobierno universitario, 329; *Julia V. González*: Significado de la reforma universitaria, 339; *José Ingenieros*: La revolución universitaria se extiende ya por toda

I. LA REFORMA UNIVERSITARIA. UNA MIRADA DESDE EL PRESENTE



Hace sesenta años, los estudiantes de América Latina extendían por todo el continente la insurgencia de la reforma universitaria. Esa llama se encendió a comienzos de 1918 en la Argentina, pero no en Buenos Aires sino en Córdoba, una ciudad atrapada entonces por el espíritu colonial, casi sin industrias, carente de una poderosa clase media moderna, adormecida desde hacía siglos por un pesado sopor hispánico y clerical.

Desde allí franqueó sus límites, se extendió primero a todo el país, asumió luego bríos americanos y se instaló, durante más de una década, en todo el continente.

La reforma universitaria representaba, aun sin que lo supieran siempre con claridad sus ideólogos y sus dirigentes, bastante más que un mero episodio estudiantil. La guerra europea y la revolución rusa, la revolución mexicana en América, aparecen como el telón de fondo que dará marco a los sucesos. Estos fenómenos estarán presentes en el auge de la reforma así como un lustro después de sus días inaugurales, en el reflujó del movimiento, adquirirán un peso particular el nuevo equilibrio capitalista y el ascenso del fascismo.

Pero no sólo estos factores genéricos deberán dar cuenta de los acontecimientos. En la medida en que la reforma supone en su origen una intención de cambio social que va más allá de modificar la ordenación de las casas de estudio, todo análisis que intente acercarse a sus raíces deberá detenerse en el aislamiento de variables más específicas para cada país, más particulares en cuanto indicadores del grado de desarrollo económico, social y político de las distintas sociedades latinoamericanas.

Descontada la presencia de elementos comunes —que son los que permiten darle a la reforma su resonancia continental— no fueron iguales las vicisitudes del movimiento en la Argentina, donde alcanzó su plenitud como realización típicamente universitaria, que en el Perú, donde devino partido político a través del APRA; que en México, donde sólo fue un capítulo dentro de una revolución nacional o, finalmente, que en Cuba, donde permaneció a través del tiempo como una fuerza revolucionaria latente que se expresará incluso

como un elemento importante en la organización del movimiento 26 de julio.

Varias décadas de política latinoamericana transcurrieron como tributarias, en alguna forma, de ese movimiento: la reforma universitaria fue, en efecto, la mayor escuela ideológica para los sectores avanzados de la pequeña burguesía, el más frecuente espacio de reclutamiento de las contraélites que enfrentaron a las oligarquías y de ella surgieron la mayoría de los líderes civiles latinoamericanos y muchos de los partidos políticos.

Sin embargo, frente a las nuevas realidades que cruzan el continente, retomar el tema de la reforma universitaria puede resultar un ejercicio arqueológico. El estudiante, como categoría social, ha modificado rotundamente su perfil desde entonces, y la totalidad de las relaciones económicas, sociales, políticas y culturales de la América Latina también han sufrido modificaciones sustanciales.

En efecto, y aun parcelando a los múltiples temas de la reforma en una sola de sus dimensiones, esto es, como orientación renovadora para la organización de la enseñanza universitaria ¿cuál podría ser su vigencia actual para encarar los gravísimos problemas de la educación superior en el continente?

La notoria crisis actual de la institución universitaria, expresión de la crisis más global del capitalismo tardío-dependiente, de un sistema de dominación caracterizado por una combinación de modernidad y de atraso que genera sucesivamente contradicciones cada vez más agudas y más extendidas sobre el cuerpo social, no es hoy, pese a que las condiciones de represión sobre el movimiento estudiantil sean en muchos lugares más duras que hace un medio siglo, a los temas del 18.

La contradicción de fondo operante en la universidad latinoamericana, que contribuye a modificar la figura social del estudiante y su comportamiento político potencial, al menos en los países de mayor desarrollo relativo del continente, es la que deriva de los desajustes entre la creciente masificación de la enseñanza superior (un fenómeno que coexiste con el genocidio cultural que se practica en la escuela primaria) y las dificultades que enfrenta el sistema para dar a los estudiantes, una vez egresados, una vía de inserción social.

Esta contradicción es estructural: cuestiona desde sus bases la imagen pequeñoburguesa de la universidad como canal de promoción y con ello socava las bases de la percepción del estudiante como sujeto privilegiado en relación con el resto de la juventud.

El descontento estudiantil que se ha traducido, más allá

alzaz y bajas ocasionales, especialmente dramáticas en el cono sur, en un enriquecimiento cuantitativo y cualitativo de sus reivindicaciones y sus luchas no es producto de una moda generacional (aunque a menudo adopte formas de rebeldía caotizante) sino un resultado de la contradicción entre oferta y demanda universitaria, entre las oportunidades de educación superior y los requerimientos de un sistema económico que ofrece escasas perspectivas al trabajo calificado.

Esta crisis toca los fundamentos del sistema porque no tiene solución dentro de sus límites: sólo un modelo de desarrollo totalmente diferente podría dar salida a los reclamos de un estrato social cuya avanzada está constituida por los estudiantes pero que abarca al conjunto de los intelectuales y los técnicos.

Esquemáticamente, la caracterización social del estudiantado ha sido trazada de hecho en función de tres dimensiones:

- 1] destacando su origen de clase;
- 2] tomando en cuenta las características particulares de su tránsito por la universidad, institución en cuyo ámbito suelen producirse valores ideológicos más avanzados que los que posee genéricamente la clase de origen;
- 3] vinculando la problemática del movimiento estudiantil con la de los intelectuales y técnicos en la sociedad capitalista, esto es, considerando a los estudiantes como fuerza de trabajo intelectual en proceso de formación que habrá de insertarse de una manera particular en el mercado de trabajo.

La primera dimensión es la utilizada clásicamente como fundamento de las políticas que nacen con la reforma universitaria y es el sostén de la visión que los partidos comunistas han tenido y tienen aún del estudiantado. De acuerdo con ella los estudiantes expresan a la pequeña burguesía y en tal medida, dentro del modelo de "revolución democrático-burguesa", se configuran como "aliados del proletariado" para una etapa de lucha democrática, antimperialista y antilatifundista. Por su edad, que los hace más sensibles a las convocatorias del activismo político, los estudiantes aparecen como la vanguardia de la pequeña burguesía, como su ala más radicalizada. Su potencial alianza con el proletariado debe procesarse a partir de la reivindicación de intereses propios, sean ellos de clase ("democrático-burgueses") o de categoría: libre acceso a la enseñanza, autonomía académica, mayor presupuesto, modificaciones en el contenido de los planes de estudio, etcétera.

La segunda dimensión coloca en un segundo plano el origen de clase y el papel específico que los estudiantes pueden desempeñar

en el interior de una institución particular, como es la universidad. La importancia se desplaza al "papel de edad" del estudiante, que lo hace potencialmente apto para procesos de "desclasamiento" a partir del microclima ideológico que se crea en la universidad, básicamente concebida como un espacio de reclutamiento de militantes para tareas políticas externas. Es la visión propia de algunos grupos a la izquierda de la izquierda, que renuncian a la constitución del estrato estudiantil como movimiento de masas.

La tercera dimensión, que es la que proponemos como eje para una caracterización actual del estudiante latinoamericano, implica otro enfoque: el tema de los universitarios se traslada del campo de lo "juvenil" (sea en su versión de "vanguardia de la pequeña burguesía" o de "activismo socialista") a uno más específico referido a la conformación de los intelectuales como categoría y a su relación con el mercado de trabajo.

Esto no significa que deban ser dejados de lado otros condicionantes como el origen de clase, la edad o la sensibilidad de los estudiantes a estímulos ideológicos, sino en todo caso la recuperación de esas dimensiones en el interior de un plano más acotado: el que hace referencia al papel que cumplen los intelectuales a partir de cierto nivel del desarrollo capitalista (dependiente o no), al carácter que asume la ciencia y la técnica en ese proceso, a la vinculación de las funciones "intelectuales" y "manuales" con la división social del trabajo y a la posibilidad de politizar el papel de los especialistas desde el interior de las instituciones que los parcelan del resto de los trabajadores.

En este sentido las contradicciones entre el estudiantado y el sistema se separan de las del modelo clásico. La combatividad de los estudiantes en las situaciones típicas durante la reforma universitaria expresaba una respuesta democrática frente al régimen de clausura política impuesto por el orden oligárquico. Los estudiantes pujaban entonces por la apertura de esas compuertas en la universidad y, por extensión, en el conjunto de un sistema político cerrado a la participación.

Las nuevas contradicciones que están detrás de las movilizaciones estudiantiles contemporáneas suponen un cambio, no siempre explícito, en el eje de contestación. Mientras que en la reforma universitaria el problema estaba planteado en torno a las oportunidades de participación, ahora el problema se origina en la crisis de función por la que atraviesa la universidad. Los reformistas no impugnaban la función que cumplía la universidad acomodando los recursos humanos en el sistema ocupacional; simplemente pugnaban por par-

ticipar de ella y recibir los frutos sagrados del conocimiento que los catapultaran rápidamente a lo largo de la estructura de clases. Hoy en día lo que está en crisis es precisamente esa función de asignadora de recursos humanos calificados que tenía que cumplir la universidad: ya no forma sino una fuerza de trabajo cuya profesionalidad se desvaloriza en el marco de los actuales patrones de ocupación del capitalismo dependiente.

Este proceso ha sido ya exhaustivamente estudiado como soporte estructural (más allá de los condicionamientos éticos o ideológicos que el fenómeno sin duda posee) de la rebelión estudiantil en los países centrales que estalla a finales de los sesentas. Se trata de la crisis de la imagen promocional de la enseñanza que veía a cada uno de los niveles de la instrucción como escalones de sucesivo ascenso social; del proceso de desvalorización del diploma como pasaporte de movilidad ascendente.

La masificación de la universidad implicó un triunfo en la democratización social impulsada por los movimientos reformistas. Pero al crear una oferta de fuerza de trabajo calificada muy superior a la demanda del sistema productivo (y crecientemente ineficaz para cumplir de manera adecuada con esas funciones dado el deterioro de la enseñanza) planteó una contradicción que el capitalismo no puede resolver.

Los países más ricos intentan controlarla transformando a las universidades en enormes "playas de estacionamiento" donde se confina por años a millares de jóvenes subvencionándolos para evitar su ingreso al mercado de trabajo. Pero se trata sólo de un paliativo que no corrige las bases de la crisis. El problema de fondo es que cuando la enseñanza superior es una opción abierta a centenares de miles de personas la estructura centralizada de la universidad se torna ya insuficiente para proveer a su adiestramiento. La idea de una "universidad de masas" implica una contradicción en sus términos: La universidad es una institución concebida como coto cerrado, destinada a seleccionar élites; una máquina de segregación y no de integración. Cuando las presiones sociales democratizantes le hacen perder ese carácter, forzosamente degrada su condición: salvo casos excepcionales no existen recursos financieros suficientes como para asegurar la infraestructura que requiere entrenar en todas las técnicas a un alumnado que se cuenta en algunos casos por centenas de miles. Es obvio que este problema se agrava hasta la catástrofe en los países capitalistas dependientes de desarrollo económico relativamente bajo. En el estadio social actual la enseñanza superior destinada a la producción masiva de técnicos sólo podría encararse racionalmente

como un momento combinado con la producción: los ingenieros deberían estudiar en las fábricas, los agrónomos en las granjas, los médicos en los hospitales. Pero este proceso supone una transformación de la división social del trabajo incompatible con el capitalismo.

La universidad masificada no puede sino generar tensiones que al capitalismo le resulta muy costoso superar y que son cada vez más agudas. Tensiones con los estudiantes: hijos de la clase media que buscan ascenso social por vía del conocimiento especializado y se encuentran con que dicho conocimiento no les puede ser brindado por las deficientes condiciones materiales en que se desarrolla el aprendizaje, y con que el ascenso social y económico se ve trabado por la feroz competencia en el mercado que desvaloriza el diploma y va desdibujando, en sus años de estudiante, la percepción positiva de su futuro papel profesional. Tensiones también con los técnicos e intelectuales ya egresados que, poseedores del título, además de enfrentarse con la competencia generada por el exceso de oferta, chocan con la divergencia existente entre los conocimientos adquiridos y las tareas concretas que deberán realizar si encuentran trabajo en su profesión. Estas características no son patrimonio exclusivo de los países capitalistas centrales. Una situación similar tiene lugar en sociedades capitalistas tardío-dependientes, como la mayoría de las latinoamericanas, en las que se han operado procesos de modernización típicos del desarrollo combinado caracterizados por la coexistencia, en una única estructura, de rasgos de atraso con pautas propias del "progreso" capitalista.

De tal modo países en los que no sólo no decrece sino que aumenta en cifras absolutas el número de analfabetos o semianalfabetos viven el mismo proceso de masificación de la matrícula media y superior por el que atraviesan las naciones más desarrolladas. Mientras en Europa y los Estados Unidos se llegó a la congestión en la cúspide del sistema educativo tras un proceso secular de extensión progresiva de la educación en sus diversos grados, en los países dependientes latinoamericanos conviven la exclusión sistemática de los umbrales educativos mínimos con la inflación de demanda de instrucción en la enseñanza media y superior. Mientras la estructura educativa latinoamericana no logró integrar en la escuela a la totalidad de la población más joven, ha desarrollado la enseñanza media y superior hasta el punto de dar instrucción en esos niveles a porcentajes de la población en edad de cursarlas que son comparables con los de los países europeos. Esa falta de homogeneización educativa resulta transparente en algunas sociedades latinoamericanas como la Argentina: mientras el número de analfabetos y el monto de deserciones

en la escuela primaria aumentan progresivamente, la cantidad de estudiantes universitarios, a mediados de la década del sesenta, superaba los índices de Inglaterra, Francia y Alemania. En la Argentina había entonces 95 universitarios por cada 10 000 habitantes, en tanto la proporción en los tres países citados era, respectivamente, de 65, 79 y 82.

Esta polarización entre un sector que no recibe virtualmente ninguna instrucción y otro que llega a la enseñanza media y superior tiene una relación directa con la naturaleza de los mercados de trabajo en los países capitalistas tardío-dependientes.

La escolarización de masas no es en ellos una demanda del sistema económico por cuanto éste no requiere abundancia de mano de obra calificada. Esto, que es una verdad casi absoluta para las funciones ocupacionales en el sector primario, se relativiza en cierta medida para las tareas fabriles, aun cuando tampoco en ellas los requerimientos de instrucción suelen ir más allá de los elementales que poseen los semianalfabetos y, para las tareas concretas, las grandes industrias prefieren adiestrar a su mano de obra en las mismas plantas.

Para otras funciones, en cambio, como las del comercio o la administración pública, es imprescindible un adiestramiento superior al que ofrece la enseñanza primaria. La razón de esto, que ocasiona un agolpamiento de postulantes en la escuela secundaria, no es tanto la abundancia de posiciones ocupacionales para las clases medias sino su escasez, que hace cada vez más dura la competencia. Aquellos que desean mantener o acrecentar su estatus deben embottellarse en los colegios secundarios. Poco a poco, los diplomas obtenidos en ese nivel también se desvalorizan en el mercado de trabajo y la presión de las clases medias irrumpe entonces sobre la universidad, que se masifica testimoniando en ese nivel lo paradójico del desarrollo combinado. Genocidio cultural y universidad de masas; exceso y escasez simultáneos de mano de obra calificada; estructura desigual de la demanda ocupacional que hace que para muchas funciones sea innecesaria la instrucción primaria y para gran cantidad de otras sea insuficiente.

Para las clases medias, principales clientes del sistema educativo, esa inseguridad en las perspectivas de promoción que se suma a la degradación de la enseñanza recibida, cuestiona por primera vez a fondo y por causas objetivas los cimientos de la estructura educacional, poniéndolas en disponibilidad para una crítica total al sistema. La universidad masificada hace explotar en los estudiantes un descontento cada vez menos corporativo. El perfil social del

estudiante universitario se modifica para transformarse, junto con los intelectuales y los técnicos, en una fuerza objetivamente anti-capitalista a partir de la crisis específica a que está sometida su función, considerado como una mercancía desvalorizada.

Esto no significa que se hayan transformado en proletarios ni que estén en vías de llegar a serlo. Su función continúa siendo ambigua en tanto no dejan de ser un producto privilegiado de la división social del trabajo. En las nuevas condiciones, la crisis de su función es sobre todo crisis del nivel de aspiraciones del que habían arrancado y, en lo objetivo, contradicción entre su formación profesional y la capacidad del sistema para utilizarla. Estos datos explican estructuralmente la disponibilidad de los estudiantes para la contestación, pero no garantizan su transformación en fuerza revolucionaria. Lo nuevo que los mismos indican, es que su alineamiento revolucionario ya no tiene por qué estar ligado a su condición de "hijos rebeldes de la pequeña burguesía" capaces de organizar y dinamizar un movimiento de masas "democrático" o a su conversión individual en cuadros o militantes de los partidos revolucionarios. Es a partir de su propia función de fuerza de trabajo intelectual en proceso de formación que pueden encontrar ahora la vía del socialismo.

El estudiante actual, producto de una crisis social muy diferente de la que catapultó al movimiento del 18, vive por ello en el centro de nuevas contradicciones estructurales que colocan las bases para una superación de los temas del reformismo universitario no sólo a partir del agotamiento del liberalismo cultural como respuesta ideológica global, sino de su incapacidad para resolver los dilemas reales que se plantean actualmente.

La ideología de la reforma no pudo llevar, en los hechos, la crítica de la universidad mucho más allá del reclamo de una mayor democratización interna y de autonomía frente al estado. Concebida como plataforma "estudiantil" o aun "juvenil", por más que desde allí planteara "ir hacia el pueblo" la universidad que la reforma podía auspiciar se limitaba a ser una "isla democrática" en la que las clases medias, alejadas del poder político, reivindicaban su propia esfera de poder.

Desde ese círculo de soberanía parcial, los teóricos de la "nueva generación" abrían la posibilidad de la "extensión universitaria", del acercamiento al pueblo. Pero en ese "acercamiento", además del filantropismo propio de la ideología de la época, operaba otro factor: en la medida en que la ligazón entre estudiantes y trabajadores se realizaba en medio de la ausencia de una auténtica intervención

obrero, el puente corría en un solo sentido. Preocupados por los problemas sociales, los estudiantes reformistas terminaban por postularse, de hecho, como dirigentes de los trabajadores. Más allá del papel que la universidad y sus actores cumplen en el mercado político, significativo en un continente como América Latina periódicamente arrasado por los despotismos, se hace necesario analizar otra dimensión, siempre descuidada: la que vincula a la universidad con el sistema económico.

Es un hecho que en la ideología y la práctica de la reforma ese aspecto fue secundario. Sólo el "desarrollismo" de los años cincuenta intentó ajustar la educación superior a las pautas (a veces más ideales que reales) del crecimiento capitalista, mediante la inserción de carreras "modernas" y los intentos por tornar a los estudios en más técnicos y menos humanistas en el sentido clásico.

Si la reforma universitaria expresaba los anhelos de las capas medias por acceder a los mecanismos de ascenso social contenidos en el pasaje por los estudios superiores, el "cientificismo" intentó, además, hacer coherente ese proceso con los requerimientos del sistema productivo. La universidad buscaba así integrarse al nuevo modelo de acumulación proporcionando recursos humanos aptos para las exigencias del desarrollo capitalista. Si la universidad de la reforma había sido la universidad de la pequeña burguesía, la del cientificismo debía ser la de las "nuevas capas medias".

Pero ese desarrollo económico se caracterizaba por el predominio de la gran empresa monopólica y por una acentuación de la dependencia, no tanto ya comercial sino tecnológica. El supuesto era que ese desarrollo iba a requerir rápidamente un tipo de fuerza de trabajo calificada que la universidad academicista no podía abastecer.

Esto se cumplió sólo parcialmente, marcando un aspecto de la crisis del cientificismo como proyecto. El capitalismo dependiente generó nuevas funciones sobre todo en el área de servicios complementarios al crecimiento industrial, pero mucho menos en el sector productivo. La imagen del científico neutral frente a la realidad social, dedicado en laboratorios universitarios modernamente equipados a efectuar investigaciones de base que los técnicos, también egresados de la nueva universidad, aplicarían luego en el plano de la producción, no pasó de ser un sueño tecnocrático. El capitalismo dependiente no repite en su desarrollo las pautas de funcionamiento del modelo original, sobre todo cuando la forma principal de la explotación imperialista es la dependencia tecnológica. Así, si la universidad abría nuevas carreras e intentaba proponer al mercado nuevas profesiones, éste no las absorbía.

Se mantuvo una constante en la relación entre universidad y mercado de trabajo. Desde la reforma, la universidad fue un reducto político de las clases medias, desalojadas del poder y ajenas a la conducción de la economía. Jamás estuvo realmente ligada al aparato productivo, a las necesidades del desarrollo capitalista.

Este carácter predominantemente político de la universidad reformista (en el sentido de canal para la vocación hegemónica de las clases medias) y poco instrumental para los objetivos del desarrollo capitalista, alentó paradójicamente las posibilidades de autonomía de la universidad, en tanto su suerte era indiferente al sistema económico ya que se mostraba incapaz de abastecerlo de los recursos humanos que necesitaba. Considerada por las clases dominantes como un mero espacio político extraño al desarrollo de las fuerzas productivas, la universidad, salvo en los momentos de crisis social grave, no veía cuestionada su autonomía.

Resulta importante marcar estas características, para no perder de vista la doble determinación que actúa sobre el desajuste entre la oferta universitaria y las demandas del sistema productivo. Si por un lado es cierto que el último no es capaz de ofrecer a la masa de egresados el número de oportunidades de ocupación, lo es también el hecho de que los diplomados no están calificados profesionalmente para asumir las oportunidades propuestas por las distancias, entre otros momentos que la universidad brinda y las necesidades del desarrollo capitalista.

La plétora de egresados, la consecuente subutilización de profesionales que en la crisis presente obedece tanto a las limitaciones tecnológicas y dependencias tecnológicas con que crece la industria (éstas, a insuficiencias de la demanda generada por el sistema económico), cuanto a la presencia de una presión excesiva de demandas sociales y políticas de las clases medias que ingresan a la universidad sin preocuparse demasiado por el ajuste entre la oferta educativa que se brinda y los requerimientos del mercado. Se trata de una contradicción, ciertamente, pero de una contradicción muy difícil de superar, porque parece estar inscrita en la lógica del comportamiento de las clases medias latinoamericanas quienes, relegadas del poder, tendieron a construir en la universidad reformista un espacio de autoafirmación social y política. Antes de la masificación universitaria esta contradicción era controlable; ahora ya es explosiva y se suma a las otras tensiones que acumula sobre la sociedad el desarrollo combinado.

Esta universidad anacrónica, separada de la producción, generadora de profesiones liberales o simplemente proveedora de cierta

calificación cultural necesaria para el desempeño de tareas en el sector terciario, gueto político para los hijos de las clases medias, cuya supervivencia institucional aparece como casi superflua para el capitalismo, sólo comienza a conmoverse en sus cimientos cuando —como resultado de la presión democratizante a favor de la “igualdad de oportunidades”— se llega a un punto tal de masificación que hace que la enseñanza se deteriore, el diploma se desvalorice, el mito del profesional independiente se quiebre y, por lo tanto, la imagen de la universidad como canal de ascenso social se revele como un engaño. Cuando la presión del conjunto de egresados de la escuela media hace altamente costoso mantener una política limitativa en los ingresos, nacen las bases materiales para una nueva etapa de crisis, que es la que estamos atravesando. Nuevas contradicciones se generan y los viejos moldes han de aparecer como insuficientes para controlarlas.

Quien logra superar las vallas de la escuela primaria y secundaria para llegar finalmente a la universidad acepta tácitamente que ha logrado insertarse como privilegiado en la división social del trabajo que ha penetrado en una maquinaria de segregación que le abre esperanzas de movilidad. La expectativa del universitario es ingresar al mundo del consumo en condiciones sustancialmente más ventajosas que las de los trabajadores. Más allá de los individuos y de sus orientaciones, la organización social capitalista al escindir la actividad de los hombres, al separar tajantemente la teoría de la práctica, al distanciar el mundo de la cultura del mundo de la producción, impone de hecho a los estudiantes los privilegios del mandarínato. Éste es el nivel de aspiraciones del que parten, como categoría, los estudiantes, imposible de ser satisfecho cuando una estructura concebida como reducto de “los mejores” se masifica. La masificación opera sobre dos niveles. Dentro de la universidad, la educación impartida se deteriora: carencia de aulas, de edificios adecuados, de laboratorios, de docentes, de bibliotecas en relación con el número de estudiantes. Esta disparidad a menudo dramática entre los requerimientos del estudio y las condiciones materiales en que el mismo se efectúa, provoca un incremento sensible de las reivindicaciones mínimas, gestado a través de contradicciones específicas a que se ve sometido el papel de estudiante y no de grandes propuestas ideológicas. Pero hay otro nivel sobre el que opera la masificación y es el del egresado. Éste es, quizá el más importante porque permite a las propuestas revolucionarias sacar el problema: estudiantil del gueto corporativo y combatir los peligros de un sindicalismo universitario que se agote en reclamar la pérdida de privilegios estamentales.

La situación del egresado en el mercado de trabajo se proyecta sobre el estudiante como una prefiguración de su destino inmediato, cada vez menos ligado a la posibilidad de ascender como "profesional independiente", y cada vez más impelido a transformarse en un intelectual que debe vender su fuerza de trabajo por un salario. El estudiante es altamente sensible a estas experiencias que le anticipan cuál es la situación de su función en el mercado y por lo tanto le indican qué valor real posee el diploma que está pugnando por obtener.

Es este tipo de estudiante el que se agolpa en el interior de una estructura universitaria que no puede capacitarlo eficazmente y quien se enfrentará, en el momento de su egreso, a un mercado que ofrece cada vez menos perspectivas al trabajo calificado, sea porque las oportunidades son escasas para la oferta profesional, sea porque éste, a raíz del deterioro de la enseñanza, no se ajusta a las tareas concretas que deberían desempeñar. Es este tipo de estudiante, fuerza de trabajo calificada en formación, integrante de un grupo social subalterno sometido a la angustia de la progresiva inconsistencia de su función, el principal protagonista de la actual crisis universitaria.

Su perfil social es nuevo: ya no es más el universitario de la reforma. Su problemática lo acerca más a la de la capa que lo espera en el momento de su egreso —los técnicos y los intelectuales— que a su condición de retoños de la pequeña burguesía que aspiran a cambios democráticos en la sociedad. Si pueden llegar a ser vanguardia política de algún sector ya no lo serán más de las clases medias en su conjunto, aliadas del proletariado según la retórica de la "revolución democrático-burguesa", sino de los técnicos, de los científicos, de los investigadores, de los intelectuales generados por el desarrollo capitalista y ahogados luego por ese mismo sistema que es incapaz de darles futuro.

Si decimos que la ideología de la reforma universitaria ha perimido es porque la figura social del estudiante que intentaba representar ya no existe. El desajuste entre oferta y demanda que está en la base material de la crisis universitaria es, precisamente, un resultado de la reforma y marca así el final de su ciclo. La actual crisis, lo que pone en cuestión es a la universidad misma como institución reproductora de las funciones que requiere la organización capitalista del trabajo, como cristalizadora de las diferencias entre trabajo manual e intelectual, como discriminante social.

Al no poder resolver el capitalismo (y menos el tardío-dependiente) el problema de la promoción social a través del título

universitario, los estudiantes se convierten en "masa disponible" para la protesta anticapitalista y en el destacamento de avanzada de la capa de profesionales que vive el mismo problema. Pero la necesidad insatisfecha de ascenso social que los lleva a la revuelta —como ha señalado Rossana Rossanda— es una necesidad burguesa. Manteniéndose en la mera protesta, amurallándose en su condición de estudiantes, no harán más que reproducir las condiciones de un sindicalismo universitario interno al sistema y capaz de apropiarse para un consumo retórico, de las consignas más "radicalizadas". El paso de la protesta a la participación en un bloque revolucionario sólo puede darse cuando la crítica de la organización de la enseñanza se transforma en crítica al sistema de desigualdades sociales que la universidad corona. A partir de ahí, la "autonomía", como reivindicación de un privilegio, pasa a ser palabra muerta. Si la universidad puede seguir levantando como bandera la de su independencia frente a un estado que reprime a las clases populares, frente a la sociedad y especialmente frente a la clase obrera y sus organizaciones no sólo no debe proclamar su autonomía sino que debe aceptar ser "invadida". Romper el exclusivismo universitario significa abrirse hacia una clase trabajadora que no tiene por qué considerar intocable a una institución que jamás fue suya.

La universidad, como institución, responde a una estructura económico-social; en el caso latinoamericano la del capitalismo tardío-dependiente. Segmento de un sistema de enseñanza, la universidad, como remate del mismo, cristaliza en el plano cultural una estructura de poder social que, en el espacio que ocupa, ejerce también la violencia para garantizar la reproducción de las relaciones de dominación vigentes.

La educación no constituye un aparato neutral que transmite conocimientos objetivos, como lo soñó el liberalismo pedagógico. Esta falacia sobre el carácter no valorativo del conocimiento está detrás de todas las ideologías y prácticas reformistas que se agotan en reclamar la igualdad de oportunidades para que todos puedan entrar en la maquinaria educativa.

Con la invocación a la igualdad, el reformismo opaca la verdadera función de la enseñanza bajo el capitalismo: consolidar la discriminación, contribuir a perpetuar el sistema vigente, mantener la división social del trabajo a través de la reproducción de funciones y jerarquías sociales.

Este compromiso de la educación con el sistema se revela no sólo en los contenidos ideológicos que busca transmitir sino en la forma en que esos contenidos son transmitidos y en la configuración

del medio que los transmite. Un conocimiento puede ser neutral frente a la lucha de clases, pero su constitución en *objeto de saber* supone determinada forma de adquisición, de transmisión, de control, de utilización de esa información y ese modo de apropiación social y así tiene que ver con la dominación, más allá del carácter no valorativo que puede tener el conocimiento científico aislado. Es inútil discutir si la *ciencia* es "burguesa" o "proletaria", "imperialista" o "popular", pero está claro que el *saber* que se construye a partir de los principios más neutrales, como podrían ser los de las ciencias exactas o naturales, siempre tiene que ver con el poder. Es que el saber no es lo mismo que el conocimiento: es un sistema institucional complejo que a partir de las *formas* en que transmite el conocimiento socializa a los sujetos en las relaciones sociales dominantes.

Esta caracterización de las funciones del aparato escolar —trivial ya a partir de la profusa literatura crítica generada por la explosión estudiantil europea posterior a 1968 y por la revolución cultural china— se expresa en las dos dimensiones entrecruzadas que pautan el carácter valorativo, no neutral, de la enseñanza. Por un lado, la que aparece más desnuda y queda revelada por los contenidos directos que son transmitidos.

Sin embargo, esta dimensión es la más permeable a ser modificada (parcialmente) por un movimiento crítico intelectual: son otros los aspectos, menos visibles, que marcan con más fuerza la funcionalidad del sistema educativo con relación al poder. Si el mismo es un correlato de la dominación social lo es sobre todo por la forma institucional en que los conocimientos son transmitidos. Reproductora de funciones y jerarquías sociales, la universidad, como escalón superior del aparato educativo legitima el modelo de estratificación de la sociedad. En su interior lo hace mediante la aplicación de criterios de autoridad y verticalidad en la comunicación del conocimiento y en el control del aprendizaje que transforman a la enseñanza en una réplica de lo que sucede en su exterior: una carrera para ocupar el lugar del de arriba y repetir con el que viene detrás las mismas pautas autoritarias de castigo y recompensa. En relación con el resto de la sociedad y en especial con el mundo del trabajo, la universidad justifica su existencia postulándose como depositaria de la "actividad intelectual" legitimando así la división social del trabajo.

Este es el punto central que marca el compromiso del sistema educativo con el sistema social. Toda la actividad pedagógica gira alrededor de la cisura entre dos esferas: la de la práctica y la de la

teoría. El mundo del conocimiento aparece como autónomo y jerarquizado frente al mundo del trabajo y al estudiante se le propone insertarse como privilegiado dentro de ese esquema de desigualdad. Su participación en el sistema social será la de un "calificado", un producto de la segregación entre trabajo manual y trabajo intelectual, un funcionario ideológico que sobre sí mismo está reproduciendo la existencia de cuerpos separados en la sociedad, jerárquicamente diferenciados. La práctica estudiantil tradicional, al centrarse en la lucha por la democratización de la universidad, ni siquiera roza la superficie del problema, al encararlo a través del modelo de la solidaridad obrero-estudiantil.

Razones objetivas han puesto ahora en cuestión ese esquema porque ha entrado en crisis la capacidad del sistema para premiar, dentro de la pirámide de desigualdades, al letrado, transformado él también de manera creciente en mercancía desvalorizada.

Es a partir de allí que el estudiante, el técnico y el intelectual se topan con los límites que opone el capitalismo dependiente. Intuitivamente sus objetivos de lucha comienzan a virar y con ese viraje se abre la posibilidad para la conformación de un bloque de trabajadores e intelectuales, gestado no por solidaridad romántica sino por la comprensión a que pueden llegar estos últimos —ahora sometidos a un proceso de descalificación— sobre el papel que la universidad cumple como reproductora de las funciones que requiere la organización capitalista del trabajo. La lucha, a partir de ahí, ya no puede tener su eje en las aulas, sino que debe ser a la vez externa e interna a la universidad, quebrando definitivamente la vieja concepción de la autonomía entendida como aislamiento, a fin de transformar a la movilización estudiantil (e intelectual en general) en interpenetración con las luchas sociales que los trabajadores producen por medio de sus organizaciones.

La crisis del reformismo universitario es, en rigor, crisis de toda la política universitaria tradicional concebida como asunción aislada de una función específica. El problema de la universidad no está desvinculado del de la salud, la vivienda, el salario, las condiciones de trabajo; de los modelos salvajes de crecimiento económico, de la distorsión de los consumos, de la vida cotidiana de los trabajadores bajo el capitalismo tardío-dependiente.

Antiguos beneficiarios de la división social del trabajo, partícipes durante mucho tiempo de las expectativas de las clases medias acerca del ascenso social que la universidad proporciona, los estudiantes latinoamericanos de hoy, cuando el valor de su posición en el mercado entra en cuestión, se colocan en condición de oponerse

12

y luchar contra la totalidad del sistema de estratificación que tiende a reproducir permanentemente las desigualdades sociales; también la que separa a los "letrados" de los "ignorantes". La ambigüedad que el capitalismo propone para su función abre las puertas para la crítica profunda a una concepción clasista de la cultura, de sus funcionarios y de sus instituciones, como esfera separada y autosuficiente frente al mundo del trabajo. La lucha se plantea no contra la ciencia sino contra su modo de apropiación, equivalente a la explotación que padecen los "incultos". Sólo entonces, los combates de los estudiantes, de los técnicos, de los intelectuales, podrán virar del romanticismo juvenil o humanitario a la radicalización anticapitalista.

Hemos hablado de la reforma universitaria, cuyas memorias vamos a tratar de reconstruir, como de un suceso superado por el tiempo. Episodio de masas a través del cual las clases medias y sus intelectuales penetraron en la historia política latinoamericana, su valoración debe quedar ligada a ese dato complejo que lo determina. A raíz de él hablamos de su caducidad, en tanto ha caducado la realidad que lo producía y que trataba de expresar. Pero a la vez y en perspectiva histórica, ese límite actual descubre su grandeza pasada como episodio de la historia social del continente. En un cuadro dominado por la presencia de oligarquías cerriles y la ausencia de grandes organizaciones populares, varias décadas de la política y la cultura latinoamericanas no podrían ser explicadas sin esa enorme "reforma intelectual y moral" que el movimiento universitario del '18 descargó sobre el continente. Es desde su plataforma ideal, por ejemplo, que se gesta la fundacional (y recurrente) discusión que tuvo como protagonistas principales a Mariátegui y Haya de la Torre y que marcó las dificultades —sólo zanjadas inicialmente por la revolución cubana— para el encuentro entre las izquierdas marxistas y el pensamiento nacionalista democrático en América Latina.

Porque la reforma fue, ciertamente, un surgimiento de la movilización de las clases medias pero con un componente juvenil e intelectual que desbordaba esos horizontes. Como producto ideológico cultural no puede ser vista en relación lineal con los intereses de una clase: recogía otros contenidos y abarcaba otras pasiones.

Uno de ellos, el más decisivo quizá fue el impacto de la primera guerra mundial. Toda América Latina, que había construido su apertura al mundo externo con la influencia sobre sus élites de las manufacturas y las ideologías europeas, sintió la conmoción de la guerra como el fracaso de un ciclo de historia que arrastraba consigo

la quiebra del cosmopolitismo y el renacimiento de la preocupación nacional.

Esto se hacía particularmente claro para un sector importante de las élites intelectuales. Para ellos y para los jóvenes que constituían su nervadura, la guerra fue, en las palabras de Aníbal Ponce, "la gran liberatriz". "Gracias a ella tuvimos desde muy temprano la desconfianza del pasado."¹

Y si la guerra hacia trizas la imagen de Europa y de una civilización pacífica y estable obligando a volver el rostro hacia América, la revolución mexicana acentuaría la necesidad de una conciencia nacionalista, forjada en las fraguas de un romanticismo antic cosmopolita, cargado de espiritualismo defensivo y a menudo provincial.

Si la guerra significaba la crisis de una cultura, si de ese fracaso se elevaba el intento de rescate de una visión americana que encontraba en los sucesos de México un testimonio casi ejemplar, configurando así en el proceso de cristalización de una ideología por parte de los sectores medios que surgían la idea de un renacimiento cultural del continente, otros acontecimientos le darían a ese momento constitutivo de una sensibilidad y una conciencia políticas fuertes rasgos de democratismo que completaban la respuesta.

El más importante de ellos fue la revolución rusa. "La civilización occidental con todos sus postulados se presentaba en bancarrota, producía con ello el caos y daba así libre juego a todas las fuerzas que un sistema de civilización había encauzado por largos siglos. En medio de la desorientación, de la incertidumbre y del escepticismo que dominaba a los espíritus, aparece en el escenario la revolución rusa trayendo una luz nueva, ofreciendo ideales de humana redención, levantando una voz acusadora y profética al mismo tiempo." Así lo narra Julio V. González, uno de los teóricos del movimiento reformista, diputado socialista en la Argentina después de 1930.²

Humanismo utópico, socialismo liberal, nacionalismo: éstas son las claves ideológicas con que expresó su conciencia histórica el ala más avanzada de la pequeña burguesía intelectual latinoamericana a comienzos de los años veinte. Era el lenguaje ideal de su irrupción social y no podía tener mejor vocero que la juventud: por más de dos décadas esos sonidos construyeron historia, la más vasta empresa de reforma ideológica que ha conocido el continente en este siglo.

¹ Aníbal Ponce, "Hacia la democracia proletaria"; véase testimonio en la p. 367.

² Julio V. González, *La universidad, teoría y acción de la reforma*, Buenos Aires, 1945, p. 110.

B

II. "LA REBELDÍA ESTALLA EN CÓRDOBA..."

...que el ... y ...

... que ...

Todo comienzo de un proceso social suele resultar engañoso. Y el arranque del movimiento reformista, el motivo que desencadena los sucesos, aparecerá ante sus contemporáneos como algo nimio, difuso. Un desorden estudiantil, hijos que se rebelan contra sus padres. La receta de la contraofensiva parece fácil: reprimendas a los cabecillas, un poco de tiempo, y todo volverá a sus carriles. Pero es que a veces la historia trata de expresarse en las pequeñas cosas y el movimiento de las estructuras sociales libera fuerzas cuyo lenguaje en un primer momento es confuso. Entonces no bastarán las reprimendas y los protagonistas aprenderán que un período de cambios se ha abierto.

Argentina 1918; la Universidad de Córdoba en 1918. He aquí los polos de una contradicción que debía estallar. La universidad, fundada en 1613, era un reducto de la tradición reaccionaria, un bastión ultramontano en un momento en que el país, desde hacía algo más de dos décadas, había iniciado un proceso de modernización, ser introducido por el capital imperialista en el mercado mundial.

El peso del catolicismo estilo contrarreforma, embebido de jesuitismo, se había consolidado en Córdoba a través de la sucesión de clanes que nutrían a las élites sociales, políticas y culturales. La universidad era un reducto de ese clan patricio, agrupado en las llamadas academias que controlaban rigurosamente el nombramiento de los profesores y no permitían la más leve filtración de espíritu crítico. Era una universidad de abogados, de engolados doctores en la que no entraba el método científico y experimental, en la que se enseñaba teología y derecho público eclesiástico, en donde Haeckel, Darwin o Stammler eran autores heréticos y en donde, a título de mero ejemplo, los programas de filosofía incluían temas tales como "Deberes para con los siervos".

El líder socialista Juan B. Justo definía así, ya lanzado el movimiento de los estudiantes, el clima de la antigua casa de estudios: "Entrar en la vetusta casa en que funciona la universidad de Córdoba es caer bajo la obsesión de imágenes eclesiásticas. En medio del patio nos encontramos con una gran estatua de fray Trejo y Sanabria, estatua bastante pesada para que no pudiera ser volteada a lazo en la última revuelta estudiantil. En el salón de grados nos

encontramos a la cabecera con un enorme cuadro al óleo que representa al mismo obispo Trejo y Sanabria. En el otro extremo del salón una alegoría que representa, según me dijeron, a San Carlos, porque aquella universidad se llama Universidad de San Carlos. Y en el distribuido otra alegoría que representa también, en traje griego y distribuyendo ciencia a manos llenas, al mismo obispo Trejo y Sanabria. La tribuna del salón de grados ha tomado la forma más parecida posible a un púlpito y no tengo dudas de que en gran parte lo es. No han de descender de aquella alta tribuna —porque es tan alta como un púlpito—, no han de descender generalmente sino palabras de unción católica y de retórica eclesiástica." La descripción es elocuente.

La cita de Justo se combina con esta opinión de Sarmiento sobre Córdoba, escrita varias décadas antes: "Córdoba es un mundo aparte y en espíritu queda mucho de la Edad Media, pues el Renacimiento que le puso término en el resto de Europa, no pudo penetrar en España porque la Inquisición fue como un cordón sanitario para aislarse y cerrar a la inteligencia todos los caminos."

Las universidades argentinas se regían por una ley nacional dictada en 1885. Este ordenamiento era similar para Córdoba, Buenos Aires o La Plata, pero estas dos últimas casas de estudio habían tratado de ajustar —gracias al predominio que en las sociedades locales ejercía una élite liberal— la organización de la enseñanza al paso del tiempo. Entre 1903 y 1906 un movimiento coordinado entre estudiantes y profesores jóvenes había logrado, en la universidad de Buenos Aires, democratizar la selección del cuerpo docente y derrotar parcialmente a las academias vitalicias que nombraban a los profesores, a la vez que introducir un soplo de modernidad en los estudios.

En Córdoba, en cambio, hasta 1917, nada alteraba la paz colonial, nada movía a la oligarquía cultural, apéndice de la Iglesia, que controlaba a los claustros. En el proyecto de estatutos aprobado en 1879 se establecía: "La patrona de esta universidad será la Virgen Santísima, bajo el título de la Concepción, según fue jurado en Claustro de 23 de febrero de 1818; a cuya festividad de vísperas y misa concurrirán todos los estudiantes y graduados por el orden de antigüedad en Claustro." Y el juramento profesional se prestaba, obligatoriamente, sobre los Evangelios.

A mediados de 1917 comienza a encenderse la chispa de la renovación. El país estaba cambiando: crecía el número de huelgas y el poder de los sindicatos, se afianzaba la representación socialista

¹ Juan B. Justo, *Discursos y escritos políticos*, Buenos Aires, s/f., pp. 280 ss.

en el Parlamento y, sobre todo, por primera vez en la historia, una fuerza política era llevada al poder con el apoyo de la mayoría de la población: la Unión Cívica Radical que nucleaba, alrededor del presidente Hipólito Yrigoyen, la voluntad de cambio de las clases medias.

La movilización estudiantil se concentró progresivamente alrededor de algunos petitorios de reclamos; en especial, la sustitución del sistema vigente para la provisión de las cátedras. Hacia fines de 1917 el Centro de Estudiantes de Medicina se dirigía al ministro de Instrucción Pública denunciando las deficiencias del régimen docente y protestando, en primer lugar, por la supresión del régimen de internado para los alumnos avanzados de la carrera de medicina en el Hospital de Clínicas dependiente de la universidad.

La reanudación de las clases, tras las vacaciones del verano, aceleró el descontento estudiantil. Se celebraron entonces las primeras asambleas convocadas por los centros de estudiantes de ingeniería y medicina y en ellas se resolvió ir a la huelga si las autoridades universitarias no satisfacían los reclamos. El clima político del país favorecía la posibilidad de conquistar las reivindicaciones y los estudiantes lo sabían.

El 10 de marzo de 1918 se realizó una manifestación callejera —la primera— en la que el frente estudiantil se solidifica porque los estudiantes de la otra facultad integrante de la universidad —derecho— se adhiere a la misma. Días después nace la primera organización conjunta de los estudiantes; el Comité Pro Reforma, integrado por alumnos de las tres facultades.

Este comité dio a publicidad, el 14 de marzo de 1918, al primer documento de la reforma universitaria, en el que se llama a una huelga general por tiempo indeterminado. El documento estaba dirigido a la juventud argentina y es un buen testimonio de los objetivos que se planteaban los estudiantes cordobeses en el momento de lanzar el movimiento, objetivos que, poco a poco, irán siendo enriquecidos:

“La Universidad Nacional de Córdoba —señalan— amenaza ruina; sus cimientos seculares han sido minados por la acción encubierta de falsos apóstoles; ha llegado al borde del precipicio impulsada por la fuerza del propio desprestigio, por la labor anticientífica de sus academias, por la ineptitud de sus dirigentes, por su horror al progreso y a la cultura, por la inmundicia de sus procedimientos, por lo anticuado de sus planes de estudio, por la mentira de sus reformas, por sus mal entendidos prestigios y por carecer de autoridad moral.”

“Toda la República —agregaba el manifiesto— conoce en éstos momentos la situación de fuerza que se nos ha creado con intereses mal entendidos, con ceguera fatalmente suicida. Hemos llegado a lo que no queríamos: a la huelga general; ya que considerábamos como una realidad indiscutible la necesidad imperativa del progreso oportuno y eficaz en la casa de estudios; progreso que nos hiciera posible el vivir a la altura de nuestra propia época, a la que tenemos un derecho sagrado.”

Simultáneamente, los estudiantes cordobeses convocaban a la huelga general, a través de otro manifiesto:

“Estudiantes: El Comité Pro Reforma Universitaria, haciendo uso de las amplias facultades que le son exclusivas y considerando:

“Que el actual estado de cosas imperante en la Universidad Nacional de Córdoba, tanto en lo relativo a los planes de estudio, como a la organización docente y disciplinaria que en la misma existe, dista en exceso de lo que debe constituir el ideal de la universidad argentina;

“Que la amplia y liberal reforma universitaria —impuesta por las circunstancias— debe ser propiciada por los estudiantes cuando no encuentra eco ni sanción en las corporaciones llamadas a establecerlas, valiéndose para ello de todos los medios a su alcance;:

“Que en todo momento las gestiones encaminadas a tal objeto se han estrellado con la intransigencia deliberada en que se mantienen los cuerpos directivos de la universidad, según aparece por el silencio obtenido como única respuesta a los memoriales presentados y reiterados en diversas oportunidades;

“Que se han agotado los medios pacíficos y conciliatorios para obtener del honorable Consejo Superior la sanción de las reformas solicitadas por los diversos centros estudiantiles, resuelve:

“Declarar la huelga general de estudiantes universitarios y mantenerla hasta tanto se proceda por quien corresponda a la implantación de las reformas solicitadas.”

Este primer documento de la reforma ilustra bien sobre las motivaciones con que el movimiento nace. Se trata de promover modificaciones frente a una situación docente insostenible; aprovechando la renovación que la presencia de Yrigoyen en el poder derrama sobre el país.

Si los medios propuestos son contundentes, los objetivos siguen siendo tímidos. No hay, además, ningún marco ideológico que intente trascender el mero gremialismo estudiantil. Al fin y al cabo, lo que se buscaba era que la universidad monacal de Córdoba se pusiese a la altura de las de Buenos Aires y La Plata, mediante

el camino de obligar al gobierno radical a intervenir, tras la inmovilización estudiantil. La respuesta de la oligarquía académica parece adecuarse a la convicción de que está frente a un disturbio estudiantil movido por un puñado de agitadores: en sesión del 20 de marzo, el Consejo Superior de la universidad resuelve no tomar en consideración ninguna solicitud estudiantil mientras no se restablezca la disciplina. Agrega, además, que el primero de abril se inaugurarán oficialmente los cursos, tal como se hace normalmente. Nada debe estar por encima del principio de autoridad.

Pero el proceso estaba ya en marcha y no sería fácil detenerlo. Un día antes de la inauguración de las clases, en el teatro más importante de la ciudad, los estudiantes realizan un acto público. Su conflicto ya ha trascendido los límites de la provincia y en el mitin hablan, además de los líderes locales, otros llegados desde Buenos Aires. Solemnemente se da lectura a la declaración de huelga general y a la finalización del acto los estudiantes recorren las calles de Córdoba entre el horror de las beatas y la indignación de las clases altas. La columna de alumnos entonaba las estrofas de *La Marsellesa*.

El día siguiente iba a ser un día de prueba para el movimiento estudiantil. Si la orden de huelga no era escuchada por la mayoría todo culminaría en derrota. Pero la mañana del 1 de abril de 1918 demostró que en Córdoba la autoridad universitaria, de hecho, había caducado: los cursos no pudieron ser inaugurados porque no concurrió un solo alumno a clase.

Las autoridades intentaron contraatacar clausurando las aulas de la universidad "hasta nueva resolución". La resolución se fundaba en "los reiterados actos de indisciplina que públicamente vienen realizando los estudiantes de las distintas facultades de la universidad, como son: inasistencia colectiva a las clases, medios violentos para impedir la matriculación de alumnos, falta de respeto a la persona de académicos y profesores, manifestaciones notorias de rebeldía contra las autoridades del instituto".

Las posiciones quedaban claramente marcadas. A partir de ese momento, ambos bandos dirigirán su mirada y agudizarán sus presiones sobre aquella instancia que, privilegiadamente, podía romper el equilibrio al que se había llegado: el gobierno nacional.

Los jóvenes huelguistas —dice una comunicación de las autoridades universitarias al ministro de Instrucción Pública— firmes en su empeño revolucionario y de franca rebeldía, pronunciándose en

reuniones públicas con graves dictérios contra las autoridades de la casa, cometiendo atropellos contra los estudiantes pacíficos que desean inscribirse, llegaron el día 1, señalado para la inauguración de los cursos, a los mayores extremos de insubordinación. El Comité Pro-Reforma, entre tanto, también se dirige al gobierno, no pidiéndole que intervenga la universidad. El 1 de abril Yrigoyen accede a la demanda estudiantil. Un decreto gubernamental designa interventor a José N. Matienzo. "a los fines de estudiar los motivos y hechos que han producido la actual situación y a adoptar las medidas conducentes a reparar esas causas y normalizar su funcionamiento". La simpatía oficial por los estudiantes resulta evidente; ellos resultan buenos aliados para ayudar a desmontar un reducto en el que se refugian los enemigos políticos del gobierno. Así, la primer etapa de la reforma universitaria, concluía.

El movimiento estudiantil de Córdoba había encontrado, simultáneamente, eco en el alumnado de todo el país. El mismo día en que el gobierno decretaba la intervención a la Universidad de Córdoba, los estudiantes constituían en Buenos Aires la Federación Universitaria Argentina, con delegados de las cinco universidades existentes: las de Buenos Aires, Córdoba, La Plata, Santa Fe y Tucumán.

La intervención aparecía claramente como un triunfo del movimiento estudiantil, pero en realidad la batalla recién empezaba. Los primeros actos de Matienzo —un miembro de las clases altas, pero liberal y amigo personal de Yrigoyen— estuvieron a la altura de las expectativas estudiantiles. Uno de los motivos iniciales de la lucha, el levantamiento de la supresión del régimen de internado en el Hospital de Clínicas, fue resuelto de acuerdo con los pedidos estudiantiles. Entre tanto, grupos de profesores renunciaban, poniendo sus cargos a disposición del interventor.

El 19 de abril de 1918 las clases se reanudaban, previa declaración del Comité Pro Reforma levantando la huelga. Tres días después, Matienzo anuncia la elaboración de un proyecto de reformas al estatuto de la universidad, ya que "la actual inamovilidad de los cuerpos directivos de las facultades —dice— compuestos de miembros vitalicios que proveen de su propio seno los cargos de rector, decanos y de delegados al Consejo Superior ha producido una verdadera anquilosis al organismo universitario". El mismo día el interventor viajaba a Buenos Aires a fin de entregar personalmente el proyecto al presidente Yrigoyen.

Los sucesos de Córdoba entraban así en un período de calma, urgida por el partido gobernante para hacer frente a las interpe-

laciones que los diputados socialistas proponían en el Parlamento nacional, se limitaban a sustituir al cuerpo docente por un cuerpo de estudiantes.

Las reformas, en esencia, abrían la participación en el gobierno universitario al cuerpo de profesores, quienes de ahora en adelante intervendrían en la elección de consejeros y rector. Esto satisfacía, por el momento, las demandas estudiantiles. Las dos grandes reivindicaciones de la reforma universitaria: la docencia libre y la participación del alumnado en la dirección de las casas de estudio junto con profesores y graduados, todavía no habían sido explícitamente formuladas.

La participación estudiantil en el gobierno de la universidad venía siendo planteada desde algunos años. El Primer Congreso Americano de Estudiantes, reunido en Montevideo en 1908, trató el tema y formuló un despacho que fue aprobado por unanimidad en el que se señalaba "como una aspiración que es de desearse sea llevada pronto a la práctica, la representación de los estudiantes en los consejos directivos de la enseñanza universitaria, por medio de delegados nombrados directamente por ellos y renovados con la mayor frecuencia posible".

Los congresos internacionales posteriores, realizados en Buenos Aires y Lima en 1910 y 1912, ratificaron la necesidad de representación estudiantil. Pero esos reclamos eran todavía prematuros: el movimiento estudiantil no tenía fuerzas para imponerlo y la situación política no lo favorecía. En el único país en que el ascenso al poder de las clases medias se opera ya en la primera década del siglo, el Uruguay, la reivindicación del alumnado, aunque limitadamente, es satisfecha en 1908. Ese año, el gobierno envió un proyecto de ley al Congreso, que fue aprobado, estableciendo las normas para la organización de la universidad. Una de ellas establecía que los consejos de las facultades estarían integrados por diez miembros, presididos por el decano, de los cuales uno era representante estudiantil, elegido por éstos. La limitación estaba en que, aun cuando era elegido por los alumnos el representante no podía ser un estudiante sino un egresado que no fuera docente de la facultad respectiva. En 1910, en México, se introduce también el principio de la participación estudiantil; en ese caso era un estudiante quien integraba el Consejo Directivo por elección de sus pares, pero no poseía voto en las decisiones, sino solamente voz. En los demás países de América Latina, no se abría ninguna posibilidad de que ese principio fuera llevado a la práctica, ni siquiera en la Argentina, hasta 1918.

Había, ciertamente, algunos antecedentes, vinculados con el cre-

cimiento que el gremialismo universitario va teniendo desde la década del diez. Pero en general los intentos de democratización del gobierno universitario eran centrados en la eliminación de la dictadura ejercida por las academias vitalicias y en la ampliación de las bases de la autoridad universitaria al conjunto de los profesores. Eso es, precisamente, lo que establece la reforma Matienzo.

Los cambios disgustan, pese a sus limitaciones, a muchos profesores vinculados con la oligarquía académica, que renuncian. Otros, más jóvenes, menos consolidados en la camarilla, apoyan la lucha estudiantil. A estos profesores se sumaban recientes graduados, de marcada orientación liberal y laica y aquella parte de la inteligencia cordobesa enfrentada desde hacía años al clericalismo vigente. Ésas eran las bases del frente reformista en la primera etapa: alumnos juntos a jóvenes profesores y graduados de ideología liberal.

El tono programático que vinculaba a unos con otros era, precisamente, el de un "liberalismo wilsoniano", como lo definiría José Carlos Mariátegui años después. Muchos sectores coincidían en que el foco reaccionario y atrasado de Córdoba debía ser arrasado, en momentos en que los centros principales del país democratizaban su estructura de participación en lo político y lo social.

La metáfora utilizada por los estudiantes cordobeses comparaba a su universidad con una Bastilla; frente a ella se levantaba "un liberalismo científico que es el que dirige las acciones de la juventud", según pregonaba en los comienzos de la movilización un dirigente universitario. Pero ese "liberalismo científico" pronto sería enriquecido por otros contenidos.

Una de las disposiciones dictadas por Matienzo obligaba a poner en marcha inmediata el nuevo mecanismo electivo, luego de dejar vacantes los cargos de rector, decanos, consejeros y miembros de las academias que llevaran más de dos años en el ejercicio de sus funciones. Tan formidable era la camarilla que gobernaba la universidad cordobesa que, en virtud de esta disposición, sólo siete docentes de todos los que formaban parte de las facultades pudieron conservar sus puestos.

Los plazos elaborados por Matienzo establecían que el 28 de mayo deberían ser electos los nuevos decanos y los consejos directivos de las tres facultades y que el 15 de junio la Asamblea Universitaria formada por la suma de éstos, daría culminación al proceso de normalización mediante la elección del nuevo rector.

Los estudiantes como tales no tendrían participación directa en este proceso y ni siquiera la reclamaban. Pero en la medida en que las elecciones internas eran fruto de su presión y que, al amparo

... que los diputados socialistas propusieron en el Parlamento de los primeros encuentros había crecido su capacidad de movilización y su organización, y la intervención de los alumnos, desde afuera, resultó inevitable. En esos días el Comité Pro-Reforma cedió su lugar a formas orgánicas más estables con la estructuración de la Federación Universitaria de Córdoba y la edición de un periódico, la *Gaceta Universitaria*.

No bien constituida, la federación entró de lleno a participar en la lucha electoral y por unanimidad de votos resolvió propiciar la candidatura del doctor Enrique Martínez Paz para el rectorado de la universidad. La actitud de los estudiantes motivó las protestas de algunos profesores, disconformes ante lo que aparecía como una ingerencia indebida. La federación universitaria respondió a esas reservas con un comunicado en el que, tímidamente, aparece la reivindicación de la participación estudiantil en el gobierno de las casas de estudio. "A los núcleos estudiantiles tanto o más que al electorado universitario le interesa la exaltación de un hombre apto para la función rectoral", expresa, y agrega que no es ella la única entidad que propicia el nombre de Martínez Paz; "la federación no impone, coincide".

En las primeras elecciones, donde debía nominarse a consejeros y decanos, el triunfo de los estudiantes —que también para esos casos habían apoyado a candidatos— es rotundo.

Con ese acto, la labor del interventor quedaba concluida. La elección del rector era ya atribución exclusiva de la Asamblea Universitaria, que debía reunirse el 15 de junio. Ese día habrá de comenzar el tercer período de la reforma universitaria, su momento culminante.

La elección de Martínez Paz, el candidato estudiantil, parecía asegurada, dada la composición de la Asamblea Universitaria que debía elegirlo, formada por una mayoría de profesores y consejeros apoyada por los alumnos. El grupo predominante compartía las características del candidato a rector, así definidas por un historiador reformista: "El doctor Enrique Martínez Paz era un hombre joven, profesor destacado por su ilustración, desvinculado de los antiguos círculos universitarios y de una reconocida y probada orientación liberal."² Se trataba, en definitiva, del núcleo de liberales postergados en los claustros universitarios por la dictadura que ejercía el clero a través de sus doctores, agrupados en una organización semipública llamada la *Corda Frates*.

² Julio V. González, *La Universidad*, ed. cit., p. 46.

¿Qué era la *Corda Frates*? Una crónica de la época la define así: "No es partido, ni club, ni una sociedad ni nada que se les parezca. Es una tertulia de doce caballeros católicos —éste es su más fuerte vínculo espiritual— y de edades aproximadas, muy unidos entre sí por lazos de amistad y aun de parentesco, que se reúnen en comidas y almuerzos periódicos, ya en un hotel ya en la casa particular de alguno de ellos. Universitarios en su mayoría, políticos casi todos, funcionarios y ex funcionarios, legisladores y ex legisladores, los asuntos públicos les ocupan desde luego y aun cuando con frecuencia sus señoras los acompañan en los ágapes, no dejan éstos de presentar cierto aspecto de consejos de estado. *Tienen gentes de todos los partidos, tienen diputados de todos los rumbos. Así, caiga el que caiga, triunfe el que triunfe, la Corda sale siempre parada.*" Esto será puesto a prueba en el momento de la elección del rector.

Toda Córdoba estaba expectante ese 15 de junio de 1918 a las tres de la tarde. En esos momentos se iniciaba la ceremonia con la que debía culminar el proceso de restructuración universitaria. Se sabía que había tres candidatos: Martínez Paz, Antonio Nores, miembro de la *Corda Frates* y como posibilidad transaccional, Alejandro Centeno.

Ya mucho antes de la hora fijada para la iniciación de la asamblea, la universidad estaba rodeada por una multitud, en su mayoría compuesta por estudiantes. La atmósfera era tensa porque se advertía la presencia de provocadores y de policías de civil, convocados por los grupos clericales.

La sesión se inició con la presencia de 42 consejeros sobre un total de 45. En una primera votación, Nores, el candidato conservador obtuvo 15 votos, Martínez Paz 13 y Centeno 10. Tampoco en una segunda votación se llega a la necesaria mayoría, por lo que se realiza una tercera. En ésta, los votos para Centeno se vuelcan a Nores que obtiene 23 contra 13 de Martínez Paz. La *Corda Frates* había vencido pero su victoria hará estallar las chispas de un incendio que signará el verdadero nacimiento de la reforma.

Los profesores liberales no habían sido capaces de resistir la presión ejercida por el fuerte aparato clerical.

Pero la reforma no había concluido: por el contrario, recién comenzaba. Lo que sí había concluido era la débil alianza que los estudiantes habían entablado con los profesores liberales de Córdoba para lograr una modificación de los estatutos que, en primer lugar, satisfacía a los mismos profesores, marginados por la camarilla que controlaba las academias.

Así partir de la votación de rector, culminada con la derrota de Martínez Paz, el programa estudiantil se radicalizará en términos de reivindicaciones universitarias, se estructurará más coherentemente en lo político y buscarán nuevas bases de alianza social, ensanchando, también, las limitadas fronteras de la provincia.

Esta radicalización fue el resultado de la espontánea reacción estudiantil; el marco de conciencia que intentó darse una pequeña burguesía que advertía la imposibilidad de derrotar pacíficamente, en la universidad, a los restos de la vieja oligarquía.

Cuando en el salón de grados, oscuro, cargado de pesados muebles, cubiertas las paredes con los retratos de los sucesivos frailes que gobernaron desde 1613 a la universidad, se dieron a conocer los resultados de la elección, el escándalo estalló como una tormenta.

Hechos pedazos saltaban los cristales de las puertas y de las ventanas, eran arrancados los cortinajes, rotos los muebles y pisoteados los cuadros de los venerables sacerdotes.

Los estudiantes intimaron a la policía a que abandonara el edificio. "Como no accedieran al pedido —comenta el diario del 16 de junio de 1918— la multitud arrolló a los gendarmes, arrastrándolos hasta la puerta de calle." Hubo, también, estudiantes heridos por puñaladas lanzadas por guardaespaldas contratados por las autoridades universitarias, pero ello no hizo más que acrecer la ola de indignación y algunos intentaron incendiar el vecino edificio de la Compañía de Jesús, arrojando papeles ardiendo, tras haber intentado, vanamente, romper los barrotes de las puertas. Entre tanto, otros grupos de estudiantes, colocaban en las puertas de la universidad un cartel: "Se alquila", decía.

En medio del escándalo, un alumno ocupa el pupitre del rector, toma un trozo de papel, escribe nerviosamente unas frases y las lee, tras reclamar silencio, pero sin poder acallar la vocinglería: "*La asamblea de todos los estudiantes de la Universidad de Córdoba decreta la huelga general. Junio 15 de 1918.*" Era el primer documento de la primera etapa reformista y más de 1 000 estudiantes lo suscribieron, entre arengas, gritos y consignas que proclamaban la Universidad Libre.

Pasadas las seis de la tarde, los estudiantes abandonaron la universidad y recorrieron las calles de Córdoba, viviendo la huelga general. La federación universitaria local reclama solidaridad de sus iguales de Tucumán, La Plata, Buenos Aires y Santa Fe, quienes acceden al pedido y declaran también la huelga general.

Ya la huelga abarcaba todo el país. "El honor de los estudiantes

argentinos, ha sido vulnerado por la jornada eleccionaria de hoy", dice la circular de los universitarios cordobeses reclamando solidaridad. Y agrega: "De nuevo luchamos contra las camarillas ensorbercidas. En un gesto incontenible, la juventud se ha levantado contra los fariseos de la reforma y así ha quedado la universidad señalada para siempre por una gran batalla. Algunos compañeros nuestros han sido heridos a puñal por agentes asalariados. Ni amenazas ni opresiones han de dominarnos, pues entendemos trabajar por el bien de la patria y el sacrificio es su precio. Necesitamos saber que no estamos solos, que es uno el honor de los estudiantes argentinos. Reclamamos con urgencia de nuestros camaradas el pronunciamiento de la huelga general universitaria."

Dos días después de los sucesos y mientras la agitación se extendía a todo el país, Nores intenta asumir el rectorado. Desde la mañana la muchedumbre estudiantil colmaba las calles vecinas a la universidad, mientras tropas del ejército y de la policía custodiaban las puertas e intentaban detener a los dirigentes reformistas.

Del 15 al 20 de junio, en plena huelga general, la agitación se hace permanente, no sólo en Córdoba sino en las otras ciudades universitarias. Comienzan los reclamos de solidaridad a los sindicatos y a los partidos de izquierda, mientras se configuran, además, los primeros rasgos del ideario reformista de confraternidad latinoamericana. La reforma universitaria iba, paulatinamente, elaborando su ideología.

Ya había conseguido el apoyo de los gremios obreros de Córdoba y comenzaban a formarse comisiones mixtas entre estudiantes y trabajadores. El clima de la izquierda era, en ese momento, acentuadamente polémico.

La revolución rusa había introducido elementos de discusión entre los cuadros sindicales y políticos que se alineaban en el socialismo y en el anarquismo y ya en enero de 1918 una escisión del viejo tronco socialista, asentada preferentemente en sus juventudes, daba lugar a la fundación del partido comunista bajo el nombre inicial de Partido Socialista Internacional. Miguel Contreras, uno de los fundadores de ese partido era, a la vez, secretario de la Federación Obrera de Córdoba. Con él establecieron los primeros lazos estrechos de solidaridad obrero-estudiantil los dirigentes reformistas.

Los socialistas, por su parte, con fuerza en el Parlamento, también se volcaron al apoyo de la causa estudiantil. Su líder máximo, Juan B. Justo —un "revisionista" influido por Bernstein, que fuera el primer traductor al castellano de *El capital*— visitó Córdoba en julio del 18 y días después produjo una resonante interpelación

en la Cámara de Diputados. Del bloque legislativo socialista se destacó Mario Bravo, poeta novecentista y abogado de sindicatos, en quien los estudiantes vieron entonces a uno de sus maestros. Junto a él otras figuras significativas — desde socialistas hasta liberales y anticlericales — apoyaron a los universitarios en conflicto: José Ingenieros, Alejandro Korn, Alfredo Palacios, Manuel Ugarte, Leopoldo Lugones, Telémaco Susini. Era el sector más avanzado de la contraélite cultural argentina la que alentaba a los estudiantes en su lucha contra el bastión de la Iglesia.

En los actos callejeros que tienen lugar en esos días en Córdoba, la federación universitaria invitó a oradores de Buenos Aires. El 23 de junio habló en uno de ellos Alfredo Palacios ante más de 9 000 personas, según cálculos de la policía, que asisten a una enfeñorizada proclamación estudiantil, en la que la reforma comienza a dibujar ya nítidamente su perfil continental.

Se lee en el acto una "Orden del día" dirigida a todos los estudiantes del continente en cuyas primeras palabras se señala que "el nuevo ciclo de civilización que se inicia, cuya sede radicará en América, porque así lo determinan factores históricos innegables, exige un cambio radical de los valores humanos y una distinta orientación de las aspiraciones espirituales, en concordancia con una amplia democracia sin prejuicios".

El documento que corresponde a las generaciones naciendo realizar "aspiraciones colectivas" y en el plano específico de la universidad reclama la renovación radical de los "métodos y sistemas de enseñanza implantados en las repúblicas por cuanto ellos no se avienen ni con las tendencias de la época ni con las nuevas modalidades del progreso social".

La importancia del texto aumenta porque se trata del primer programa político de la reforma; del primer testimonio acerca de la voluntad de proyectar las reivindicaciones estudiantiles al plano más general de las reivindicaciones políticas. Aparece, además, en el documento el doble mesianismo, juvenil y latinoamericano, que caracterizará la primera época de la reforma dándole, a la vez, su fuerza expansiva y el diseño de sus propios límites.

El 30 de junio se realizó otra manifestación, más numerosa que la anterior, a cuya cabeza marchaba el diputado socialista Bravo. La policía esta vez cargó violentamente contra los manifestantes y hubo varios heridos. La federación obrera resolvió protestar enérgicamente "por el atropello de que ha sido objeto el pueblo por parte de la

³ Véase documento núm. 2, p. 136.

que la policía e incitar a dos estudiantes a perseverar en la campaña que han iniciado".³ En estos días se inicia en Córdoba la "orden del día". Era evidente que la juventud cordobesa había tomado la calle a partir del 15 de junio, obligando al repliegue momentáneo de las fuerzas conservadoras que intentaban organizar un comité pro-defensa de la universidad el que convocó también a actos callejeros, mientras el gobierno de Yrigoyen alentaba privadamente a los estudiantes pero no producía ninguna medida a su favor.

Se vivía el momento de la agitación. Con prosa retórica los estudiantes confirmaban la intuición de estar viviendo días excepcionales: "Córdoba está desconocida. Es un solo grito, una sola alma, un solo ideal de redención. Suenan los clarines policiales, carga la caballería y ruedan los heridos, pero ninguno se mueve."

Ideológicamente la reforma universitaria comenzaba a crecer, a ampliar sus proporciones. A partir del fracaso que significara la experiencia de elección del rector, demostrativo del poder que mantenían los sectores clericales sobre los profesores, el programa universitario en sí mismo se radicalizó.

Simultáneamente, en la medida en que el movimiento estudiantil llevaba sus reivindicaciones a la calle y se insertaba en el proceso sociopolítico del país ensanchaba el contenido de sus reivindicaciones, buscando la coincidencia con las de otros sectores populares. El movimiento universitario se transformaba en un eslabón, el más detonante, del movimiento político general.

La necesidad de solidaridad exterior — una vez advertidos los estudiantes que a la camarilla oligárquica no se la vencía si el combate se entablaba sólo en la universidad — introdujo en la reforma algo que sería, quizá, su característica más saliente: la proyección continental sostenida tras la idea de un "destino" latinoamericano común.

Estas percepciones, todavía no cristalizadas en ideología sistemática aparecen recurrentemente en el período que se extiende desde el 15 de junio — elección de Nores y declaración de huelga general — hasta fines de julio de 1918; período consolidador de la proyección de la reforma, alzada en hombros de un estado de movilización permanente.

El 21 de junio, seis días después del estallido que ganó las calles, los estudiantes dan a publicidad un documento de importancia singular que con el tiempo quedó como *Manifiesto liminar de la reforma universitaria*.⁴

⁴ Véase documento núm. 1, p. 131.

“La juventud universitaria de Córdoba a los hombres libres de Sudamérica”, es su título y a pesar de llevar las firmas de los integrantes de la mesa directiva de la Federación Universitaria de Córdoba, fue redactado por alguien que, sin integrar ese cuerpo, fue uno de los personajes claves —en ese momento y hasta su muerte producida en 1942— de la reforma universitaria: Deodoro Roca.³

Roca era entonces un joven egresado; miembro de una de las familias más tradicionales de Córdoba se enroló, sin embargo, en un liberalismo extremo que lo llevó luego al socialismo de izquierda. Siguió siendo siempre, pese a todo, un “gran señor” provinciano, consciente de su pertenencia a la nobleza criolla. Irónico, mordaz, de una inteligencia incisiva pero sin voluntad de trabajo sistemático, era el espantajo de la beatería y del tradicionalismo conservador. Amigo de Ortega y Gasset, de Stefan Zweig, de Eugenio D’Ors, de Rafael Alberti —quienes admiraron el chisporroteo de su talento— su función en la gestación del papel social de la reforma y en la elaboración de los primeros tramos de su ideología fue central.

El *Manifiesto liminar* lleva su estilo; la marca de sus ideas y aun de su retórica culterana. Su texto aporta dos dimensiones que serán características de la *weltanschauung* reformista: la concepción del *demos* universitario y la ubicación latinoamericana, continental, del movimiento cordobés.

En las reformas de los estatutos propiciadas por la intervención Matienzo se señalaba, con aplauso estudiantil, que la autoridad universitaria debía cambiar de centro, radicándolo en el cuerpo profesoral. Con este ánimo el movimiento universitario esperó confiadamente el desenlace de la elección de rector. Pero cuando advierte que los profesores resultan incapaces de propiciar una modificación radical de la vida universitaria, surge, vigorosa y rápidamente, la consigna del gobierno tripartito y paritario. Es decir, que el poder de decisión en las universidades sea compartido por partes iguales entre representantes de los profesores, de los graduados y de los alumnos.

“La Federación Universitaria de Córdoba —dice el *Manifiesto liminar*— reclama un gobierno estrictamente democrático y sostiene que el *demos* universitario, la soberanía, el derecho a darse el gobierno propio radica principalmente en los estudiantes. El concepto de autoridad que corresponde y acompaña a un director o a un maestro en un hogar de estudiantes universitarios no puede apoyarse en la fuerza de disciplinas extrañas a la sustancia misma de los estudios. La autoridad en un hogar de estudiantes no se ejercita mandando, sino sugiriendo y amando: enseñando.”

“Ahora advertimos —agrega el documento— que la reciente reforma, sinceramente liberal, aportada a la Universidad de Córdoba por el doctor José Nicolás Matienzo, sólo ha venido a probar que el mal era más afligente de lo que imaginábamos y que los antiguos privilegios disimulaban un estado de avanzada descomposición. La reforma Matienzo no ha inaugurado una democracia universitaria; ha sancionado el predominio de una casta de profesores.”

La ideología americanista de la reforma —que se corroborará en los años siguientes por su centelleante repercusión en otros países— también se expresa en el *Manifiesto liminar*. Ello se advierte ya desde el título, señalando que el mensaje de rebeldía de la juventud cordobesa se dirige “a los hombres libres de Sudamérica”. Pero también, claramente, en el texto, cuyo primer párrafo culmina así: “Los dolores que nos quedan son las libertades que nos faltan. Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana.”

Cierto es que ese *élan* americanista de la reforma no evadirá los marcos de un espiritualismo romántico, inserto nítidamente en lo que se ha llamado la tradición “arielista” del intelectual latinoamericano que discutiremos más adelante.

En un discurso pronunciado en esos agitados días cordobeses, el propio Roca será vocero de esa inquietud: “Pertenece —dice— a esta misma generación que podemos llamar la de 1914 y cuya pavorosa responsabilidad alumbra el incendio de Europa. *La anterior se adoctrinó en el ansia poco escrupulosa de la riqueza, en la codicia miope, en la superficialidad cargada de hombros, en el desdén por la obra desinteresada, en las direcciones del agropecuarianismo cerrado o de la burocracia apacible y mediocrizante.*”⁴

El discurso de Roca habla de la “turba cosmopolita” cuya presencia puso en fuga la “espiritualidad”, y reclama la necesidad de dar “contenido americano”, de insuflar “carácter, espíritu, fuerza interior y propia al alma nacional”. “Andamos entonces por la tierra de América, sin vivir en ella. Las nuevas generaciones empiezan a vivir en América, a preocuparse por nuestros problemas, a interesarse por el conocimiento menudo de todas las fuerzas que nos agitan y nos limitan, a renegar de literaturas exóticas, a medir su propio dolor, a suprimir los obstáculos que se oponen a la expansión de la vida en esta tierra.”

³ Deodoro Roca, “La nueva generación americana”, en Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA), *La Reforma Universitaria (1918-1958)*, Buenos Aires, 1959, p. 35.

Este despertar espiritualista, romántico, filantrópico y aristocratizante de una pequeña burguesía liberal que creía llegada la hora del despertar, de la "reparación" tras lo que consideraba —equivocadamente— la crisis final de la aristocracia terrateniente ligada doblemente a Europa (a Francia por su cultura, a Inglaterra por los lazos más tangibles de la exportación de carne vacuna) se encarnaría especialmente en la juventud que, al comenzar su participación en la universidad, se enfrentaba con los fantasmas de carne y hueso del pasado.

Por eso fue también anticlerical. Porque, aun cuando buena parte de la oligarquía era laica, seducida por el positivismo que adquiría en Europa, la ligazón de la Iglesia con los "dueños de la tierra" marcaba, sobre todo en el interior del país, la imagen de la Argentina tradicional. Al americanismo se sumaba, pues, el anticlericalismo.

La Iglesia cordobesa reaccionó violentamente contra lo que la reforma tenía de *kulturkampf*, de combate contra su cerrada hegemonía cultural y política. Uno de los documentos más elocuentes de la época, tanto quizá como los manifiestos y las declaraciones de los reformistas, fue la pastoral que dio a conocer el 6 de julio de 1918 el obispo de Córdoba, fray Zenón Bustos y Ferreyra, miembro de la familia más poderosa de la provincia.

"Córdoba ha contemplado azorada y sin creer que fuera realidad las manifestaciones desordenadas y sacrílegas que veía", dice. "No advirtió que le había llegado el momento de cosechar los frutos amargos de sus dolorosos descuidos en dejar a sus hijos sin disciplina ni cultura y sin instrucción religiosa. Son numerosos los padres y los hogares de tradición eminentemente cristiana y católica que se han visto avergonzados por miembros de su seno que salían y se plegaban a engrosar el tumulto, solidarizándose con sus ideales y gritando indignamente contra las personas sagradas y los templos. Ha visto negados los blasones que tenía ganados de alta cultura, de católica y de Roma argentina. Se ha sentido amenazada de perderlos y los perderá, si no despierta y emprende un movimiento reaccionario contra sus descuidos en la educación cultural, religiosa y moral de sus hijos."

Pero el obispo no sólo temía por las deserciones de los hijos de las familias tradicionales, sino también por las repercusiones sociales que el movimiento estudiantil podía alcanzar: "Como si la augusta causa del estudio y de la ciencia —agrega la pastoral— precisasen para irradiar de los desórdenes y tumultos, anatematizados por ellos, se echaron a la calle con la revolución. Llamaron e incorporaron a

sus filas a niños y obreros, a toda clase de personas (de las que nada saben de libros, de estudios, de títulos académicos ni de ciencias y quizá que no sabían que existiera en Córdoba la universidad ni conocían su destino).

Y su llamado final era un llamado para la acción: "Hemos visto que nuestros adversarios, de pocos, se han hecho un crecido número; de débiles, sumando sus fuerzas se han hecho una potencia para amenazar con la destrucción de lo que más amó vuestro corazón. Tomad de ellos esta soberana enseñanza. Concertad el plan de defensa; estrechad los claros; dejad de lado la sacrílega apatía en estas horas de manifiestos peligros; uníos con estrecha disciplina para la defensa de vuestros dogmas y de vuestro clero. No desoigáis los llamados que lleguen a vuestros oídos de vuestro prelado y, organizados, detendréis todos los avances."

Al lado de estas palabras resonaban, como una respuesta, otras, contenidas en el *Manifiesto liminar*: "No podemos dejar librada nuestra suerte a la tiranía de una secta religiosa."

El anticlericalismo, el americanismo, la participación estudiantil en el gobierno universitario, el solidarismo social, es decir, el vago universo ideológico de la reforma, que desbordara por las calles de Córdoba en los meses de junio y julio de 1918, intentará codificarse más congruentemente en el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, convocado por la Federación Universitaria Argentina, del 20 al 31 de julio.

El resultado fue, sin embargo, inferior al grado de combatividad reflejado por la movilización.

Ya la reforma comenzaba a encontrarse con lo que Deodoro Roca llamará luego "sus límites infranqueables". En su nacimiento mismo se enfrentaban dos tendencias mayores: aquella que confinaba al movimiento dentro de un proyecto de cambios para la universidad y la que empezaba a suponer que sin reforma social no podía haber una auténtica reforma universitaria.

La intuición de quienes manifestaron por las calles de Córdoba se acercaba a este último presentimiento, pero cuando por primera vez hubo que darle forma institucional a la rebeldía, la iniciativa pasó a quienes moderaban el enfrentamiento a lo puramente universitario.

Hubo discusiones en el congreso pero el tono que mantuvo fue el que le otorgó el presidente de la Federación Universitaria Argentina, Osvaldo Loudet, al definirlo así: "Este es un Congreso universitario y ha de estudiar los problemas con espíritu universitario. Quiero decir, que todo es ajeno a él menos las cuestiones de pedagogía superior y que todas ellas han de ser resueltas con espíritu

científicos. Después del entusiasmo inicial que arrancó a las almas de la indiferencia enfermiza y pernicioso; después del convulsivo movimiento que irguió los espíritus soberbiamente y les hizo vislumbrar la aurora de un nuevo día; después de la inmensa agitación que aceleró el ritmo de los corazones y los encaró a la luz y a la esperanza, ha llegado la hora de la meditación.

"Vigorizar y engrandecer la universidad", tal era la consigna, pues como se decía en el discurso inaugural, "de las universidades no deben salir únicamente médicos, abogados, ingenieros; deben salir hombres, deben salir *caballeros* como los que se forman en las universidades inglesas". Dentro de este esquema, el solidarismo con las clases populares se transformaba en mera filantropía del superior hacia el inferior: "La universidad debe contribuir a la elevación cultural y moral de las clases sociales secundarias."⁶

Este retroceso ideológico será, sin embargo momentáneo. Las luchas no habían terminado con su "convulsivo movimiento" como pretendía el orador. Pronto —días después solamente— las calles de Córdoba volverían a ser escenario de tumultuosas manifestaciones. Simplemente quedaba marcado por el congreso que las tendencias a considerar la reforma como un mero episodio estudiantil eran muy fuertes y se vigorizarían con el tiempo.

En lo pedagógico el congreso dio, en cambio, serios pasos adelante. Ya quedaban definitivamente atrás las ilusiones en la capacidad del cuerpo profesoral para llevar adelante reformas importantes.

En este sentido el aporte más importante del congreso es el proyecto de ley universitaria y bases estatutarias para las casas de estudio aprobados por la asamblea estudiantil.⁷ Su vigencia posterior será muy grande y se extenderá continentalmente: en toda América, cuando los vientos de la reforma vayan abarcando sucesivos países, el proyecto argentino será visto como un modelo a seguir en las propuestas sobre organización interna de las universidades.

Con ese proyecto la doctrina educacional de la reforma alcanza un nivel orgánico. Su artículo tercero marca un paso muy importante al fijar normas para el gobierno de las universidades, profundizando una línea ya insinuada en reuniones estudiantiles anteriores. "Los miembros de los consejos directivos de las facultades —dice— serán elegidos en número que fijen los estatutos universitarios, por los cuerpos de profesores, de diplomados inscritos y de estudiantes de las mismas."

⁶ *Ibid.* p. 49.

⁷ Véase documento núm. 8, p. 160.

Además, la autoridad máxima de la universidad —a la que el proyecto reformista otorga el título de presidente en lugar del de rector— deberá ser elegida por un organismo denominado Asamblea Universitaria, constituida por treinta miembros: 10 alumnos elegidos a través de los centros estudiantiles, 10 graduados y 10 profesores.

Otro de los principios centrales del proyecto de ley universitaria es el que establece el régimen de la llamada "docencia libre": "Toda persona cuya competencia está comprobada por la posesión de grado universitario o de título profesional o por haber realizado obras, estudios o especialización en la materia de la cátedra, podrá solicitar al Consejo Directivo su admisión como profesor libre."

Estos profesores libres tendrían facultades para dictar cursos completos, podrían tomar examen y participarían como los otros docentes de los derechos electorales necesarios para el manejo interno de la vida universitaria.

Hacia fines de julio de 1918 el movimiento estudiantil había llegado a dar pasos impensados meses antes: controlaba la movilización callejera, había organizado federaciones en todas las universidades, realizado un congreso nacional y elaborado un completo plan de reformas a la organización interna de la enseñanza superior.

Su ideología entre tanto intentaba dibujarse más allá del liberalismo humanizante que englobaba a todos sus actores. Era más fuerte, claro está, como alternativa concreta para el gobierno y organización de las casas de estudio desquiciadas por las camarillas oligárquicas que como vocero político de un cambio para el país. Para la primera de las tareas contaba con la solidaridad de una pequeña burguesía que surgía contra la dominación de las élites tradicionales y que participaba del poder; para la segunda sus límites eran más agudos. "La reforma —dirá Deodoro Roca en 1936— comenzó siendo una discusión en torno a la penuria docente de unos cuantos maestros pintorescos, pedantes y dogmáticos que cobraban remontada expresión en la universidad colonial de Córdoba." Pasaría un tiempo aún para que intentara trascender a otros planos.

Entre tanto, mientras el congreso estudiantil sesionaba y aprobaba otros 46 proyectos además de la Ley Universitaria cerrando así, formalmente, la segunda etapa de la reforma, el enfrentamiento entre los estudiantes y la camarilla profesoral entraba en un *impasse*.

El objetivo de los estudiantes era conseguir del gobierno yrigoyenista una nueva intervención. Tras la primera reforma de los estatutos que consagraba el voto profesoral para la elección de rector y ante el fracaso de los planes de los estudiantes, demasiado con-

fiados en la lealtad del cuerpo profesoral hacia los principios del liberalismo, la única alternativa que le quedaba al movimiento reformista era ganar la calle, popularizar su rebelión y presionar sobre el gobierno para lograr una nueva intervención. La posibilidad de que Yrigoyen arbitrara el conflicto a favor de los estudiantes era, a esa altura de los acontecimientos, una condición imprescindible para la victoria de la reforma. Dicha posibilidad existía y era manejada por entrevistas que dirigentes estudiantiles, simpatizantes con el partido gobernante, mantenían en Buenos Aires con altos personajes oficiales.

El 2 de agosto Yrigoyen decide por fin emitir el decreto pedido por los estudiantes. La intervención era claramente un triunfo de la presión reformista sobre el gobierno. Ello se advertía no sólo en el disgusto que la misma causó en los círculos conservadores, que se sintieron derrotados, sino en el propio nombre del interventor designado, Telémaco Susini, un intelectual maduro que desde un primer momento se había solidarizado con el movimiento estudiantil.

Los sucesos que se desencadenaron alrededor del nombramiento de Susini son, por otra parte, ilustrativos acerca de los límites de la presión que el movimiento estudiantil podía ejercer sobre un gobierno que tendía a favorecer sus demandas pero que, a la vez, no era lo suficientemente fuerte como para llegar a romper con la herencia de los conservadores.

Susini, un liberal acusado de extremista, no llegó finalmente a asumir su cargo por razones que nunca se hicieron públicas.

"Lanzado el nombre [de Susini] a la publicidad —comenta Julio V. González— provocó una inmediata reacción en los centros conservadores y católicos, especialmente los de Córdoba. La impresión que allí se produjo fue de verdadera consternación, sembrando el pánico con sólo la perspectiva de que aquel hombre pudiese llegar a Córdoba a solucionar una cuestión social que habíase definido como eminentemente religiosa. Él había sido uno de los que en sus mocedades encabezaron una tentativa de incendio del Colegio de Jesuitas del Salvador; quien, como facultativo, había comprobado y denunciado que fray Mamerto Esquiú murió envenenado con arsénico al regresar rodeado de sus hermanos de la Iglesia de una visita episcopal a La Rioja; aquel hombre en fin era el que había enviado telegramas a la federación universitaria en los que saludaba 'a la aurora de un nuevo día de libertad y de redención' y el que había hablado en los mítines de solidaridad con la juventud de Córdoba, que se realizaran en Buenos Aires."

"Para la derecha era, efectivamente, demasiado. El 7 de agosto, Nores, el rector desconocido por los estudiantes, renunció. "La actitud del superior gobierno de la nación —decía la nota enviada— nombró un nuevo interventor, cierra con mecido broche este luctuoso periodo de su vida." Y agrega que la misma no le ha sorprendido, porque "a la extensa serie de agravios que el excelentísimo presidente de la nación ha inferido a la universidad y con ello a Córdoba entera, no hace sino añadir uno más, con la actitud que asume". Nores enumera los daños: "la complicidad del silencio y los auspicios de la indiferencia del superior gobierno"; "la aceptación de memoriales injuriosos para corporaciones y profesorado" y las "benévolas y parciales audiencias oficiales"

Con esta última frase aludía, inequívocamente, a las gestiones que durante dos meses realizara en Buenos Aires uno de los principales líderes reformistas, Enrique Barros, adherente al partido gobernante, que fue quien arrancó finalmente el decreto de intervención y la designación de Susini. Barros polarizó durante mucho tiempo el odio de los clericales. A fines de 1918 un grupo de fanáticos asaltaba la guardia hospitalaria en donde se hallaba Barros, estudiante de medicina, hiriéndolo gravemente, hasta el punto de que se temió por su vida. Su recuperación duró años, debiendo viajar a Europa para que culminara de manera eficaz. Barros es otro personaje típico de la reforma. Sin descollar en la actividad política fue adherente del partido radical hasta el fin de sus días —murió en 1961— y mantuvo el anticlericalismo *enragé* de sus horas juveniles, cargado de un anárquico estilo novecentista. Hasta su muerte conservaba un papel en su bolsillo, escrito de su puño y letra, en el que advertía que, estando aquejado por una dolencia que en cualquier momento podía hacer crisis, prohibía que en tal caso "llegue hasta mí un sacerdote de la religión católica, apostólica romana, a la que considero la negación de la doctrina de Cristo".

Mucho de este espíritu de Barros nutría al romanticismo político de las primeras horas de la reforma. Susini, de una generación anterior, compartía esa actitud por lo que su ascensión como interventor hubiese sido un triunfo demasiado rotundo de los reformistas. Presionado por la derecha, Yrigoyen discretamente hace desaparecer a Susini de la escena. Su viaje a Córdoba, para asumir funciones, que debió realizarse el 8 de agosto se postergó para el día 10 y luego indefinidamente. Pero esa demora no ocurrió en vano: fue el pretexto para que los estudiantes salieran otra vez, masivamente, a la calle.

En la madrugada del 15 de agosto el conflicto, que se había adormecido por algunas semanas, volvió a estallar. Un grupo estudiantil derriba una estatua ubicada en los jardines de la universidad, efigie de un profesor reaccionario, Rafael García, en quien se simbolizó a la camarilla clerical. Sobre el pedestal, en lugar del monumento abatido, los estudiantes dejaron un cartel: "En Córdoba sobran ídolos."

El obispo y la Iglesia reaccionan contra el agravio y deciden organizar un acto callejero. Los estudiantes, a su vez, también ganan la calle con manifestaciones al grito de "frailes no". Era el vértice de la movilización anticlerical. "Habíase perdido todo respeto y habíase abandonado toda prudencia —comenta González—. Los estudiantes trataban públicamente con los obreros en sus propios locales y les pronunciaban diariamente conferencias sobre la revolución universitaria."

En la medida en que el conflicto se manejara en términos de anticlericalismo los estudiantes iban a contar con aliados. En la propia Cámara de Diputados de la provincia los católicos presentaron un pedido de interpelación al ministro de gobierno, "para que concorra a explicar a la Cámara la actitud pasiva y tolerante de la policía". Reclamaban mayor represión, pero el sector liberal logró que la moción no prosperase.

La fuerza del movimiento estudiantil crecía a medida que el gobierno se inclinaba a favorecerlo. El 26 de agosto la federación universitaria organiza un nuevo acto público al que asisten 15.000 personas.

El tono de los discursos pronunciados entonces quizá pueda ser sintetizado con la transcripción de estas palabras pronunciadas por Saúl Taborda, una de las figuras ideológicamente más interesantes de las que produjo la reforma: "Por eso vamos contra todo lo que niega la vida y la estorba o la posterga. Por eso vamos contra todos los egoísmos que se han apoderado de las fuentes de la riqueza y de los recursos de adaptación. Por eso vamos contra todos los monopolios y los acaparamientos. Por eso entramos al festín de los ahitos y reclamamos con imperio el sitio que corresponde por derecho a los que forjan los valores conviviales en el heroísmo olvidado del taller; por eso penetramos a las escuelas y exigimos una enseñanza sin pretales ni anteojeras, que prepare a los hombres para la vida en lugar de acondicionarlos; para todos los despotismos; por eso penetramos a los templos desumbrantes de luces y de oro y rompemos en las manos de los charlatanes de terca el instrumento de su magia con que van a la caza de todos los débiles."

miserias de este mundo, ensombrecido por la bajeza y la mentora cristiana." El joven abogado Taborda establecía en ese discurso el encadenamiento de alternativas que la reforma universitaria quería plantear: el punto de partida de la movilización estudiantil era la necesidad de modificar el estado de la enseñanza, pero ese estado no era más que el indicador de una crisis más vasta; la cuestión universitaria era, además, la cuestión religiosa y, por detrás asomaban los problemas sociales y nacionales.

Entre tanto Yrigoyen había zanjado las dificultades provocadas por la designación de Susini. Aduciendo que la situación obligaba a la concurrencia de "la alta razón de estado", el presidente designa interventor de la Universidad de Córdoba al propio ministro de Instrucción Pública, José S. Salinas.

Este tardó muchos días en decidirse a viajar; Yrigoyen seguía maniobrando. Mientras tanto la Universidad de Córdoba seguía cerrada ya que los estudiantes mantenían la huelga.

El 9 de septiembre de 1918 los reformistas deciden dar un paso más, que sería decisivo, en el camino de las presiones. Ocupan la universidad, no pasivamente sino asumiendo la función de gobierno de la misma.

Para eliminar los prejuicios causados a los estudiantes por la ausencia de clases —señala un comunicado de la federación universitaria— y "mientras llega la intervención confiada al señor ministro de Justicia e Instrucción Pública pueden obviarse las dificultades apuntadas, colocando la universidad bajo la superintendencia de la federación y nombrando ésta profesores interinos que dicten cursos de acuerdo con los programas oficiales".

Ya la subversión estudiantil aparecía como total: tres dirigentes universitarios —Horacio Valdes, Enrique Barros e Ismael Borda-behere— son nombrados decanos de las facultades de derecho, medicina e ingeniería; "los ciudadanos nombrados —dice la resolución— ejercerán conjuntamente la presidencia de la universidad y procederán a preparar la designación del profesor de la cátedra".

La proclama, fechada en "Córdoba libre" disponía además el levantamiento de la huelga y la normalización de las clases e invitaba al pueblo a la inauguración de las mismas.

Las nuevas autoridades organizaron inmediatamente la actividad y llegaron a hacer los primeros nombramientos de profesores, profesores y empleados: la universidad era un territorio en manos de los estudiantes. El prosecretario de la institución fue descendido a mayordomo y su cargo desempeñado por un estudiante.

El movimiento incluyó más examinaciones que anteriores.

con su cometido de evaluar la capacidad de los alumnos. "Muchos, contra lo presumible, resultaron aplazados", comenta un cronista.

Pero la ceremonia inaugural de los cursos, a la que se había invitado al pueblo de Córdoba, no pudo realizarse. Dos compañías del ejército y un destacamento de la policía derribaron las puertas de la universidad, transformada en una suerte de "soviet" de los alumnos, y entraron con violencia a la misma. Los 83 ocupantes fueron llevados detenidos a los cuarteles e inmediatamente procesados por sedición.

El objetivo de la ocupación, sin embargo, estaba cumplido. El mismo día, desde Buenos Aires, el gobierno anunciaba la partida del interventor hacia Córdoba. Cuarenta y ocho horas después el proceso por sedición contra los estudiantes pasaba a ser letra muerta.

Se acercaba el triunfo de los planteos estudiantiles. La intervención de Salinas aceptó virtualmente todas las renunciaciones presentadas por los catedráticos más conservadores y llamó a muchos de los graduados que habían apoyado a los reformistas —Deodoro Roca entre ellos— para ocupar las vacantes.

Pero la victoria fue aún mayor. Los nuevos estatutos incorporaron los principios básicos levantados por los alumnos en rebeldía durante el Congreso Nacional de Estudiantes: la docencia libre y la participación de los alumnos en el gobierno de la universidad. El artículo 38 de los estatutos aprobados por Salinas lo señala expresamente: "Los consejos directivos nombrarán sus miembros a propuesta de una asamblea compuesta de todos los profesores titulares, igual número de profesores suplentes e igual número de estudiantes."

Nacía así la primera universidad nueva de América; seguramente del mundo también. Tras una lucha de varios meses el radicalismo yrigoyenista, apoyado en el liberalismo de las clases medias, en el sindicalismo y en los partidos de izquierda, sancionaba, en el reducto del clericalismo, el triunfo de una *kulturkampf* teñida, además, por reclamos de americanismo anticosmopolita y de solidarismo social.

La palabra barroca del ministro —típica del estilo verbal del yrigoyenismo— se vanagloria de ello en el discurso de despedida de Córdoba, pronunciado una vez que la obra estaba cumplida: "Señor rector; señores consejeros; Quedáis en posesión de la Universidad de Córdoba, reconstruida. Os la entrego en nombre de aquel patricio, que elaborando diariamente en el yunque del trabajo, ausculta las grandes necesidades públicas; del gran ciudadano que con clarividencia de apóstol, dirige los destinos de las provincias unidas del sud."

La Iglesia cordobesa exageraba, entre tanto, el monto de su derrota. Otra pastoral del obispo, el 24 de noviembre, tremolaba: "Habrá llegado aquella hora de las democracias y del proletariado creada y saludada con ardor por los apóstoles de la demagogia, hora de subversión y anarquía general, de agresiones y repulsas, en que a la misma fuerza armada le faltará eficacia para garantizar el orden y defender el trono, porque el ejército estará igualmente contagiado de rebelión, como las masas de donde ha salido y en vez de rechazar los asaltos subversivos presentará las armas a los agresores. Sin freno que las contenga, serene y amanse, correrán las masas sin que haya poder que las entre en concordia con los capitales y capitalistas, las empresas y empresarios, las industrias y los industriales, una vez que en ellas falte, por desgracia, la conciencia cristiana; el amor de Dios... en lugar de cordialidad lanzarán rayos de la aversión más enconada y detestable; como la que hacen comprender ya muchos mendigos dispuestos a morder impacientes la mano caritativa que les alcanzaba la limosna, al revés de los de otro tiempo que estrechaban y besaban cariñosamente la mano que se les alargaba."

Desde Córdoba, la reforma partió rápidamente para las otras ciudades universitarias argentinas. En Buenos Aires, un mes antes que Salinas sancionara la reforma de los estatutos, la cláusula de la participación estudiantil era incorporada. En La Plata todo el año 1919 transcurre entre situaciones de violencia, que culminan también finalmente con el triunfo de los reformistas. Las universidades de Santa Fe (con el nombre de Universidad del Litoral) y de Tucumán son nacionalizadas e incorporan a sus estatutos cláusulas similares a las vigentes en Córdoba y Buenos Aires. Hacia 1921 la reforma universitaria rige en todas las casas de estudio de la Argentina: cogobierno estudiantil, docencia libre, asistencia libre de los alumnos a clase; la "democracia universitaria" en un país económicamente estabilizado, en el que las tensiones sociales son absorbidas por el estado y el liberalismo se mantiene firme en las instituciones políticas.

En el mismo año de 1921 la reforma argentina adquiere consagración exterior: en el Congreso Internacional de Estudiantes que se reúne en México, el movimiento gestado en Córdoba en el año 1919 es utilizado como ejemplo para los estudiantes de todo el mundo. Pedro Henríquez Ureña ha recordado la expectativa con que los delegados a aquel congreso recibieron a sus compañeros de Argentina: "mexicanos y argentinos dominaron el congreso con su devoción ardiente a las ideas de regeneración social e impulsieron

las resoluciones adoptadas al fin y publicadas como fruto de aquellas asambleas".⁸ Y el eco no era sólo americano; a España llegaba también el espíritu de los universitarios de Córdoba, de "los amigos y compañeros de la reforma americana", como los llamó Miguel de Unamuno en 1920. Eran las horas del triunfo.

La percepción de una victoria total era, sin embargo, inocente. El movimiento estudiantil no advertía —o lo hacía sólo confusamente— que buena parte de su éxito derivaba de la coincidencia entre sus reclamos y la política general del yrigoyenismo que carente de fuerzas propias entre la intelectualidad necesitó de la movilización de los alumnos para jaquear al dominio conservador sobre las sedes culturales.

Un viajero que visitó Córdoba en 1921, advertía que "la juventud no parece repuesta de la alegría del triunfo" mostrándose demasiado satisfecha por su obra y "pesando quizá demasiado su intervención en la labor de reconstrucción docente".⁹

En 1922 Yrigoyen es sucedido en la presidencia por Alvear, surgido del ala derecha de su propio partido. Para contrapesar la influencia que ejercía Yrigoyen, Alvear se apoyó en los conservadores. El clima ideológico rebelde sobre el que había surgido el movimiento de 1918 había cesado: la expansión de la revolución rusa era frenada en Europa; surgía la sombra del fascismo; el capitalismo parecía estabilizado tras el impacto de la guerra. La Argentina vendía bien sus cosechas y la renta diferencial acumulada por terratenientes y exportadores alcanzaba para proporcionar "confort" a las clases medias urbanas. Ese ámbito mercantilista no era propicio para algaradas estudiantiles. De esa situación se nutrirá la contrarreforma.

En noviembre de 1922 el gobierno de Alvear interviene la Universidad del Litoral y la ocupa con el ejército. Seis meses después le sucede lo mismo a la Universidad de Córdoba; los estatutos son modificados y se establece que el gobierno de las casas de estudio estará en manos de los profesores. Como concesión a los estudiantes se permite que éstos elijan, en cada consejo directivo de facultad, tres de los once miembros. Pero esos tres representantes de los estudiantes debían ser profesores.

Por esa fecha son modificados también los estatutos de la Universidad de Buenos Aires, con un sentido antirreformista, y en 1924

⁸ Pedro Henríquez Ureña, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, s. f., p. 140.

⁹ Acolfo Posada, *Pueblos y campos argentinos*, Madrid, s. f., p. 282.

la representación estudiantil en la dirección de la Universidad de Tucumán es disminuida.

Una a una la reforma va perdiendo sus conquistas más avanzadas en la Argentina gobernada por un liberalismo opulento. En 1928, plebiscitado, retorna Yrigoyen a la presidencia de la República. El movimiento universitario pasa otra vez a la ofensiva, respaldado por el viejo caudillo.

Los estudiantes de La Plata obtienen la renuncia del rector; los estudiantes de derecho de Buenos Aires ponen término al mandato del decano, elegido por la derecha, y elijen para el cargo a Alfredo Palacios. Otro tanto sucede en la Facultad de Medicina. Yrigoyen, por su parte, restablece la vigencia de los estatutos reformistas en la Universidad del Litoral.

Pero este repunte de la reforma duraría poco, apenas un par de años. La crisis económica, con su secuela política, barrería en 1930 a Yrigoyen, remplazado por el gobierno militar de Uriburu: a los tres meses de llegado al poder, éste interviene las universidades y el movimiento estudiantil conoce los rigores de la represión permanente.

El primer gran ciclo de la reforma universitaria en la Argentina, concluía entonces entre sablazos y gases lacrimógenos. La mayoría de los dirigentes estudiantiles ingresa a los partidos políticos y otros, aún manteniendo su independencia partidaria, politizan las manifestaciones reformistas, ensanchan su programa, precisan nuevos horizontes, como lo señala el Congreso de Estudiantes reunido en Buenos Aires en 1932: "la universidad reformista sólo será realizada íntegramente en una sociedad que obedezca a una estructura económica, jurídica y cultural, totalmente nueva".

La reforma universitaria conocerá su momento de ascenso en la Argentina entre 1918 y 1922; desde ese año hasta 1928, la contrarreforma irá paulatinamente reconquistando posiciones; por fin, en los breves días de la segunda presidencia de Yrigoyen recuperará parte de su vigencia.

A partir de 1930 caerá embestida por las furias de una típica dictadura latinoamericana, compartiendo una experiencia que los estudiantes de otros países conocían ya, casi desde el mismo momento en que el movimiento reformista iniciaba su aventura continental.

Los sucesos de Córdoba no tardaron en desplazarse hacia los otros países del continente. El "destino americano" que los estudiantes argentinos habían intuido para la reforma universitaria se expresó en poco tiempo como una violenta onda que sacudió primero a Perú, luego a Chile, más tarde a Cuba, Colombia, Guatemala, Uruguay. Una segunda oleada, posterior a 1930, abarcará al Brasil, Paraguay, Bolivia, Ecuador, Venezuela, México.

No se trataba de un proceso de mera imitación; detrás de esa expansión continental subyacían estructuras comunes, pese a diversidades particulares, que expresaban la voluntad de vastos sectores sociales por conquistar mayor participación social, política y cultural.

El proceso englobaba a las clases medias que, con mayor o menor grado de difusión, se habían expandido en las sociedades latinoamericanas desde finales del siglo XIX, al amparo de la modernización urbana abierta por el capital extranjero.

El primer eco de la chispa cordobesa se incendió en Lima, una ciudad muy parecida a la que fue cuna de la reforma.

Allí reinaba también, impasible, el espíritu de la colonia y era en las universidades donde encontraba su refugio ideal. "Las universidades —comenta Mariátegui— acaparadas intelectual y materialmente por una casta generalmente desprovista de impulso creador no podían aspirar siquiera a una función más alta de formación y selección de capacidades." Su objeto —agrega— "era el de proveer de doctores o rúbulas a la clase dominante".¹

En 1919, viajó a Lima Alfredo Palacios, en donde pronunció algunas conferencias que entusiasmaron a la juventud peruana. "La reforma universitaria hay que hacerla con los decanos o contra los decanos", dijo en una de ellas y meses después, como en Córdoba, un suceso aparentemente banal sirvió de detonante para una explosión que habría de alcanzar matices de enorme violencia y una importancia decisiva para el futuro político del Perú.

Todo comenzó con un conflicto que los estudiantes de la carrera

¹ José Carlos Mariátegui, "La reforma universitaria", véase testimonio de la p. 376.

de historia de la Facultad de Letras tuvieron con un profesor. Pero era junio de 1919 y los claustros estudiantiles miraban como ejemplo cercano a la Córdoba reformista. El entredicho —uno como tantos— llevó, en ese clima de entusiasmo revolucionario, a la declaración de huelga en la facultad. Días después la solidaridad abarcaba las demás facultades; la reforma universitaria anclaba en Perú.

El proceso político del país mantenía entonces, por añadidura, algunas similitudes con el argentino. La casta más cerradamente conservadora de la oligarquía, el partido civilista, era derrocada en esos días: apoyado por los grupos liberales Augusto Leguía ocupaba el gobierno desde el 4 de julio de 1919.

En 1916 había sido fundada la Federación de Estudiantes Peruanos y en su dirección primaban los partidarios de Leguía a quien incluso promovieron como candidato a la presidencia, proclamándolo "maestro de la juventud". Paulatinamente y acompasados con la movilización democrática que se operaba en el conjunto de la sociedad, los estudiantes fueron gestando un clima de agitación fortalecido por las noticias de la Argentina. A iniciativa de un estudiante del interior recién llegado a Lima, hijo de empobrecidos hidalgos de provincia, la federación de estudiantes interviene en la huelga nacional de los trabajadores que tuvo lugar en diciembre de 1918 reclamando la jornada de ocho horas, reclamo que se consiguió en enero de 1919. El estudiante que había organizado la solidaridad se llamaba Víctor Raúl Haya de la Torre.

El derrocamiento de los conservadores y el ascenso de Leguía al poder, redoblaron la combatividad del alumnado y los viejos profesores anquilosados de la universidad de Lima no pudieron resistir, en medio de ese clima general de ascenso de las luchas sociales, la presión de los estudiantes.

El gobierno era además declaradamente amigo de los estudiantes, porque la mayoría del claustro profesoral integraba las filas de la oposición política. Una vez lanzado el conflicto de las demandas estudiantiles encontraron rápida satisfacción. Primero, a través de un decreto del 20 de septiembre de 1919, en el que se incorporan a los estatutos de la universidad dos de las más importantes reivindicaciones reformistas: la existencia de cátedras libres rentadas por el estado y la participación estudiantil en el gobierno de las casas de estudio.

En febrero del año siguiente ese decreto es ratificado por una ley en cuyo articulado se establece que "el nombramiento de los nuevos catedráticos será hecho por el gobierno entre los doctores

28

que hubiesen obtenido la quinta parte de los votos estudiantiles". El triunfo de las ideas de la reforma universitaria es fácil y total. Así será de efímero.

Haya de la Torre, ya en octubre de 1919, había sido electo presidente de la federación de estudiantes. Con su impulso se realiza el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, en cuya sesión inaugural se otorga un homenaje a Leguía "por el apoyo que prestara al movimiento de reforma universitaria".

Los sucesos peruanos volvían a acreditar de esa forma su identidad con los argentinos. Ya no se trataba solamente de las similitudes estructurales que pudieran encontrarse entre Córdoba y Lima; se trataba de algo más profundo: la coincidencia en los dos casos de una reciente derrota política de los grupos más conservadores y de un indisimulado apoyo proporcionado por los gobiernos que los reemplazaban, mucho más neto, aun, en Perú que en la Argentina.

Esa facilidad de la lucha en un primer momento acentuó en la reforma peruana un signo negativo que apareció también en la argentina; "el movimiento —señalará Mariátegui— carecía aún de un programa bien orientado y definido".

Estas coincidencias resaltarán también en el momento del inevitable repliegue, ubicado como en la Argentina en 1923.

Una diferencia decisiva, sin embargo, será que mientras en la Argentina —hasta 1930— el reflujó se orientará en una dirección más llena de trampas que de violencias, en el Perú entrará por sendas de represión y de sangre.

Esta diferencia es decisiva, porque a partir de ella se pueden precisar otras: la respuesta que el movimiento estudiantil dará en la Argentina y en el Perú a la contrarreforma divergirá también netamente. Es que, por detrás de ciertas apariencias, las similitudes de los procesos eran más formales que reales.

Cierto es que, tanto en Perú como en la Argentina, como en toda América, la reforma universitaria significará la forma más radical de participación política que encuentra el despertar de posguerra de las capas medias, sacudidas por un mundo en proceso de cambio revolucionario. Pero si esas constantes hacen natural la continentalización de la reforma, otros elementos, que recién se harán visibles en la hora del reflujó, señalarán las diferencias.

Lima era, efectivamente, Córdoba. Pero Lima era la ciudad más moderna del Perú, su balcón a Europa, y Córdoba, en cambio, la cabeza de la resistencia provinciana al cosmopolitismo de Buenos Aires y del litoral.

La sociedad peruana era una sociedad desarticulada cuyo polo de relativa modernidad era débil frente a las zonas atrasadas en las que una mayoría de población indígena no vivía de manera muy diferente a la de la época de la conquista española. Perú era entonces un típico ejemplo de "sociedad latinoamericana" tal como se la percibe en el estereotipo de los europeos.

"Una de las dos estructuras de la dualidad —comenta un autor— el ámbito exportador-importador, que ejerce oficialmente los destinos de la República, está constituida por la población blanca, de habla castellana, de cultura europea, de religión católica. La otra está formada por los campesinos indios. Éstos se encuentran sometidos a la explotación feudal, producen y viven en condiciones primitivas; no poseen capacidad de venta ni de compra; carecen de derechos civiles y menos políticos; están analfabetizados. Hablan, asimismo, su idioma autóctono como en la época de los incas, chibchas, mayas, nahuatlés y aztecas y conservan gran parte de sus tradiciones culturales, artísticas y religiosas prehispánicas, expresando con ello su resistencia a asimilarse a una civilización que sólo conocen a través de su opresor, el *gamonal* o hacendado aliado al imperialismo. Esta nacionalidad antigua, apartada del movimiento civilizado, existía como enquistada en la otra, sin que se hubiesen fundido, interpenetrado, denunciando de ese modo lo incompleto de nuestro desarrollo, nuestra frustración revolucionaria."

Éste no era el caso argentino, en donde el problema indígena virtualmente no existía y en donde la sociedad se había integrado alrededor de un mercado interior.

Si en ambos casos, a comienzos de la década del veinte surgía una pequeña burguesía que buscaba incorporarse a la vida política, el marco en que ese proceso tenía lugar era diferente. Si en la Argentina el destino de la pequeña burguesía avanzada estuvo marcado, aun en el corto plazo, por la imposibilidad de constituirse en fuerza política autónoma y, por lo tanto, por la incapacidad de estructurar un liderazgo de tipo "jacobino" sobre los contingentes rezagados de su clase y sobre otros grupos populares, en el Perú, en cambio, el destino político inmediato fue distinto: el estudiantado que hizo la reforma construyó, un par de años después, al primer gran partido nacional-popular del continente, el APRA, y ello constituirá un hecho histórico de importancia innegable, cualquiera haya sido el desenlace posterior de Haya de la Torre y de su programa.

² Enrique Rivera, *La reforma universitaria*, Buenos Aires, 1956, p. 12

La reforma universitaria había encontrado en Perú, en un primer momento, el respaldo de aquellos sectores dominantes que se enfrentaron con los grupos oligárquicos más tradicionales. Pero el impulso radical de los estudiantes no podía ser absorbido por el grupo de Leguía que, en pocos años, sustituyó al viejo clan como líder de las clases altas aliadas con el imperialismo.

Es que en casos como en los del Perú la reforma universitaria se ha de encontrar siempre, más rápidamente que en otros países, con sus "límites infranqueables". La reforma en las aulas no puede ser absorbida por las poco permeables clases dominantes. O es un capítulo de la reforma social o termina triturada por los intereses de los poderosos. En ambos casos la estructuración de la respuesta debe ser global, política, extrauniversitaria.

Ya en 1923, Leguía, el "maestro de la juventud" está abiertamente entregado a la oligarquía. Para legitimar finalmente el apoyo clerical, decide, en combinación con el obispo de Lima, monseñor Lizón, consagrar la república al "sagrado corazón de Jesús", erigiendo para ello una enorme estatua cuyo emplazamiento debía estar en la plaza principal de la ciudad.

Entre tanto en la universidad se vivía una situación caótica porque el grupo de Leguía, los "civilistas", que aún mantenían fuerza entre el profesorado, habían intentado usarla como tribuna antigubernamental. Ello provoca una reacción del gobierno que lleva a los docentes a declararse en receso. Las clases recién se reanudarían en 1924, casi un año de conflictos, pero de todos modos los estudiantes habían perdido sus conquistas más importantes.

Todavía en ese momento el movimiento estudiantil peruano manifestaba su inmadurez política. Dice Mariátegui: "En 1921 la actitud de los estudiantes ante el conflicto entre la universidad y el gobierno demostró que reinaba todavía en la juventud universitaria una desorientación profunda. Más aún, el entusiasmo con que una parte de ella se constituía en claqué de catedráticos reaccionarios cautivada por una retórica oportunista y democrática —bajo la cual se trataba de hacer pasar el contrabando ideológico de las supersticiones y nostalgias del espíritu colonial— acusaba una recalcitrante reverencia de la mayoría a sus viejos dómnes."³

Pero fue el ya mencionado intento de Leguía por colocar al Perú bajo la "protección de Jesús" lo que lanzó a los estudiantes a la calle en unidad con otros sectores. Haya ya era consciente de que

³ José Carlos Mariátegui, *op. cit.*

tras los muros de la universidad no podía lograrse mucho más y organizaba por entonces la solidaridad de estudiantes y obreros en las universidades populares creadas por la federación de estudiantes.

Liderados por Haya de la Torre los estudiantes se volcaron contra la alianza de Leguía con el clero y efectuaron un rapidísimo aprendizaje político. Pelotones de soldados dispararon contra la multitud que se oponía a la ridícula "sacramentalización" del Perú y un estudiante de letras, Alarcón Vidales y un obrero, Salomón Ponce, cayeron asesinados. Al día siguiente, una muchedumbre llevó ambos cadáveres a la universidad para velarlos. En medio de la conmoción, el arzobispo decidió suspender las ceremonias pero ya Leguía había definido para siempre —hasta su caída violenta en 1930— su imagen de típico dictador sudamericano. Haya de la Torre fue deportado y poco después, en México, creaba el APRA, el producto más legítimo de la reforma universitaria, cuyas vicisitudes seguiremos más adelante.

Pero la contienda estudiantil ya estaba radicada en otros países del continente. Primero fue en Chile, país en el que también chocaban la vieja oligarquía y élites de recambio que intentaban expresar al ala moderada de la pequeña burguesía. En este marco, común al de Argentina y Perú, se reunió en 1920 en Santiago la primera convención estudiantil. Las voces conservadoras reclamaron airadamente.

En el país se vivían vísperas electorales y Arturo Alessandri, el candidato liberal, se transformó en aliado objetivo del movimiento universitario, utilizándolo como ariete contra el patriciado en momentos en que éste agitaba el sentimiento chauvinista pretextando movimientos de tropas en las fronteras peruana y boliviana.

Los estudiantes, en una de las primeras manifestaciones de solidaridad activa latinoamericana, buscaron el contacto con sus iguales del Perú y enfrentaron unidos el desborde de seudopatriotismo. La represión se ensañó violentamente con ellos —por traidores a Chile— y con el movimiento obrero que los acompañaba en la lucha. Pronto los estudiantes tuvieron su mártir, Domingo Gómez Rojas, muerto tras varios meses de prisión.

Sobre este clima, el candidato liberal Alessandri ganó las elecciones y asumió el poder; por supuesto, no tardará también él en violar sus promesas y los estudiantes, que consideraron su victoria como propia, en pasar a la oposición. "Alessandri —escribe un cronista— cosechaba los frutos de un martirio que perterecía a una

nación y a un ideal que no es el suyo, que él no comprende y que, ungido presidente, ha empezado a perseguir, a pesar de sus promesas de respeto a todas las ideas." ⁴

La influencia de las ideas de la reforma puede ser seguida, en la década del veinte, en toda América. Y si en la Argentina, Perú y Chile alcanzaron un primer momento de apogeo sobre la base de su coincidencia con situaciones políticas de deterioro de la vieja oligarquía patricia, en otros países, en los que ese proceso no se daba y en donde, por el contrario, el poder de los conservadores se afianzaba sobre la base del terror, los movimientos estudiantiles, como expresión más radicalizada de la protesta de las clases medias, debieron sufrir la persecución más feroz.

Tales fueron los casos de Venezuela, de Bolivia, de Paraguay.

En Venezuela, gobernada por Juan Vicente Gómez, una suerte de monarca bárbaro que mandó en el país desde 1906 hasta su muerte en 1935, la federación de estudiantes fue disuelta, entre 1914 y 1928, cuatro veces.

En esas condiciones quedaba claro que antes que pelear por modificaciones internas en la universidad era menester concentrar todas las fuerzas en la lucha política. Pero esa lucha tenía por líderes a jóvenes universitarios y el partido clandestino que los agrupaba, Acción Democrática, estaba moldeado en el contenido del APRA.

La lucha política dejaba en segundo plano a las reivindicaciones culturales. "La reforma universitaria, con sus consignas fundamentales de docencia libre, modernización de la enseñanza y democratización del régimen administrativo en los planteles superiores, lograda en Argentina, Colombia, Uruguay, Chile, México y otros países americanos; apenas si tuvo en Venezuela otra resonancia que la de simple novedad periodística." ⁵ Recién en 1940, cinco años después de la muerte de Gómez, y al amparo del clima liberal creado por la segunda guerra mundial, los estudiantes venezolanos conseguirían implantar en las casas de estudios, por primera vez, los postulados de la reforma.

La repercusión de la reforma universitaria en Cuba, tuvo, en cambio, ciertos matices diferenciales. Nació directamente inspirada por los sucesos de Argentina y de Perú y como en el segundo de estos países, tuvo un éxito efímero. Pero, a diferencia del Perú, de su fracaso, junto con una corriente populista similar al APRA surgió

⁴ Gabriel del Mazo, *La reforma universitaria*, tomo II, p. 69, La Plata, 1941.

⁵ *Ibid.*, tomo II, p. 259

también un ala marxista que encontró en Julio Antonio Mella a un líder de repercusión continental; el primero que planteó una crítica desde posiciones de izquierda a las posiciones de Haya de la Torre y del APRA.

En 1923 se reunió el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, presidido por el propio Mella. A partir de la asamblea se creó la Confederación de Estudiantes de Cuba en cuyo programa figura la "voluntad de luchar por los mismos principios que, enunciados por la juventud cordobesa en 1918 llevaron a renovar las universidades argentinas por el único medio posible, por el sagrado medio de la agitación revolucionaria y después de iluminar el continente indoamericano prendieron en este país donde llevaron a la lucha a una juventud sana y consciente".

El congreso aprobó, además, una declaración de deberes y derechos del estudiante. ⁶ Interesa destacar un párrafo como indicador de la orientación que asumirá en un principio la reforma en Cuba, mucho más precisa en la consideración de sus sostenes sociales que en la Argentina y en el Perú. "El estudiante —dice— tiene el deber de divulgar sus conocimientos entre la sociedad: principalmente entre el proletariado manual, por ser éste el elemento más afín del proletariado intelectual, debiendo así hermanarse los hombres de trabajo para fomentar una nueva sociedad, libre de parásitos y tiranos, donde nadie viva sino en virtud del propio esfuerzo."

Dentro de su tono declamatorio, el párrafo es buen índice de una maduración crítica del movimiento universitario. Es que los reformistas cubanos tenían ya, como materia de reflexión muy actual, el reciente fracaso de los postulados reformistas al ser confinados en la universidad en Argentina y en Perú. Simbólicamente, 1923 era el año en que Leguía desterraba a Haya de la Torre y en que el gobierno de Alvear intervenía a la universidad de Córdoba, causa de los sucesos.

Con esa experiencia a sus espaldas, Mella podía preguntarse: "¿Puede ser un hecho la reforma universitaria? Venimos muchas dificultades para que los postulados de la reforma se implanten totalmente. Para un cambio radical, de acuerdo con las bases reformistas, es necesario el concurso del gobierno. ¿Es capaz un gobierno de los que tiene hoy la América en casi todas sus naciones de abrazar íntimamente los principios de la reforma universitaria? Afirmamos que es imposible. ¿Puede la juventud universitaria im-

⁶ Véase documento núm. 17, p. 121.

poner ella; de por sí, los principios nuevos en las universidades? En algunas de sus partes sí, pero en otras no." Y concluía: "En lo que a Cuba se refiere, es necesario primero una revolución social para hacer una revolución universitaria."⁷

El movimiento reformista comienza a adquirir madurez. A partir de 1923 la discusión interna se profundiza; han pasado los entusiasmos primeros, sostenidos históricamente por la posibilidad de coincidencia con las contraélites que disputaban la supremacía política a los grupos más conservadores.

Hacia 1925 el discurso universitario se hace político y si Mella —hasta su asesinato en México en 1928— recogerá el ejemplo que comenzará a poner en práctica Haya de la Torre, se diferenciará de él radicalmente por los contenidos del programa esbozado y por el arco de alianzas que traza para la lucha política. Ninguno de los dos cree que la reforma universitaria pueda llevarse a cabo a esa altura en el estrecho recinto de las casas de estudio. Para perdurar una reforma en la universidad tiene que sostenerse sobre una sociedad transformada. El aprismo y los nacientes partidos comunistas darán a ese problema respuestas antagónicas.

Quedan otros casos en América Latina que señalan a su vez peculiaridades concretas: México y Brasil.

En México la transformación social y política precedió a la transformación universitaria dando lugar a un complicado proceso en el que muy a menudo la universidad no sólo estuvo detrás sino en contra del movimiento revolucionario.

Nacida al final del porfiriato y, aunque del proceso de desintegración del mismo recogía elementos de renovación, la universidad ya bajo la presidencia de Madero comenzó a desempeñar un papel conflictivo frente al régimen revolucionario. En 1912 los estudiantes de la Escuela de Jurisprudencia se proclaman en huelga por una causa baladí pero en realidad los reclamos subyacentes eran a favor de una autonomía que librara a la universidad del control del nuevo estado.

Con el triunfo del constitucionalismo los reclamos de autonomía adquieren carácter formal: la universidad continúa siendo un centro de oposición política y los diputados rechazan el pedido entendiendo que se trata de constituir en poder paralelo al del estado a un baluarte del antiguo régimen. La consigna de independencia frente al gobierno significaba de hecho el intento de aisla-

⁷ Julio Antonio Mella, *¿Puede ser un hecho la reforma universitaria?* Véase testimonio de la p. 349.

miento frente a la rica experiencia de una revolución nacional y popular.

El espíritu de la reforma fue en el México de entonces política de estado. Esto se hace notorio cuando, en junio de 1920, José Vasconcelos es nombrado rector de la universidad (en el vértice de la jerarquía educativa pues había sido disuelto el Ministerio de Instrucción Pública) y todos los temas presentados en Córdoba por los estudiantes de 1918 adquirirían cuerpo.

Frente a estas realidades, el tema de la autonomía perdía relieve. En 1921 Vasconcelos es colocado a cargo de la restablecida Secretaría de Educación y, por encima de las disputas corporativas que venía planteando la universidad, pone en marcha un verdadero pacto de los intelectuales con la revolución al servicio de una reforma cultural que no tenía precedentes en el continente. El problema universitario es visto entonces como capítulo de una vasta reforma pedagógica y cultural y México se transformó en una guía para todo el movimiento universitario latinoamericano. Esta función tutelar se ratificó en 1921 durante el Congreso Internacional de Estudiantes efectuado en México, en donde se realizó el primer balance continental de la reforma universitaria. A la pregunta de Mella acerca de si había en América un gobierno que pudiera amparar el programa de la reforma sólo podría responderse nombrando al México de Vasconcelos.

Pero las tensas relaciones entre movimiento universitario y estado se recrudecieron. El tema de la autonomía se mantendrá y si en 1929 el gobierno concede una autonomía limitada, en 1933 una nueva ley lleva esa situación a límites absolutos concediéndole a la universidad un patrimonio económico propio y desentendiéndose virtualmente de su destino. Tras una década de sordos enfrentamientos en la que en el interior de la universidad se discutía si la educación a impartir debía ser socialista o regir la libertad de cátedra y desde el gobierno, bajo el impulso de Cárdenas, se erigía un verdadero sistema de enseñanza superior paralelo, en 1945, tras otra grave crisis en la universidad una nueva ley era dictada para regular las relaciones con el estado.

En Brasil, por su parte, la rebelión juvenil de la década del veinte había adquirido un matiz único en América Latina, cuya importancia sólo saltaría a la vista a partir del año 30. La vanguardia de esta generación que buscaba encarnar los ideales de una revolución democrática no estuvo en las aulas sino en los cuarteles. En 1922 se produce un movimiento militar que abre la época del llamado "tenentismo", en el que participó el conjunto de la Escuela

Militar, encabezada por un joven oficial llamado Luiz Carlos Prestes, que, poco después, realizaría la hazaña militar y política de la columna bautizada con su nombre que recorrió durante dos años el territorio de Brasil sublevando a las poblaciones campesinas. Prestes se acerca luego al comunismo y el "tenentismo", sin él, triunfa en 1930 con la Alianza Liberal que derroca a la llamada *República Velha* y lleva al poder a Getulio Vargas.

El estudiantado se vuelca a mediados de la década del veinte en el apoyo a la juventud militar y recién hacia finales del período plantea orgánicamente sus reivindicaciones específicamente universitarias, a través de un programa de inspiración reformista cuyos primeros éxitos son conseguidos en 1928.

Diez años después de los sucesos de Córdoba, toda América Latina había sido envuelta virtualmente por la reforma universitaria. El balance de una década de luchas era desigual. En algunos países la reforma había fructificado en la organización de un poderoso movimiento estudiantil el cual, tras haber conseguido en muchos casos avances importantes en la democratización de la enseñanza, vivía en general una situación de reflujo: las estructuras de la sociedad no acompañaron, por medio de un proceso de transformación, a las luchas estudiantiles, de modo tal que esa avanzada de la revolución democrática liderada por la pequeña burguesía que fue la reforma, quedó aislada. Tal fue, clásicamente, el caso argentino.

En otros países el fracaso de la reforma precipitó a los estudiantes a la lucha política de masas y fueron líderes forjados en la lucha universitaria quienes habrán de organizar a los nuevos partidos: Haya de la Torre al aprismo peruano; Oscar Creydt al comunismo en Paraguay; Betancourt a Acción Democrática en Venezuela; Mella al comunismo en Cuba, son algunos de los ejemplos más notorios.

Sólo quizá en el Uruguay en donde las clases medias urbanas gobernaban desde la primera década del siglo, la reforma se integra casi con naturalidad al proceso político y los estudiantes logran una serie de conquistas sin presionar demasiado para conseguirlas.

1930 abriría un nuevo ciclo para la lucha de los estudiantes y de las clases medias en general. El continente entrará desde entonces en un estado de conmoción permanente, sometido al poder ya discrecional del capital extranjero y de las clases dominantes locales. La idea de la revolución democrática continental, la dulce utopía de las clases medias encandiladas en la búsqueda de un "destino latinoamericano" se hacía trizas bajo las botas de los militares afortunados.

Sin embargo, esa idea de solidaridad continental quedaba viva

como la más valiosa herencia de la reforma para que pudiera ser alzada por otros protagonistas. Ya era claro que la "patria grande" latinoamericana sólo podría construirse como parte de una vasta revolución social, de la que la reforma había sido solamente un dato precursor.

América ya se había nutrido, un siglo antes, de ese ideal continental: la revolución contra el poder español había intentado ser una revolución americana y el programa de los grandes forjadores militares y políticos de la victoria anticolonial se había elaborado en términos de todo un continente; era el ideal bolivariano de una confederación latinoamericana.

Ese sueño no pudo concretarse. Dividida en compartimentos estancos, incomunicados entre sí, América Latina fue durante el siglo XIX escenario de luchas intestinas planteadas en los estrechos marcos de "naciones" raquíticas y, más tarde, en la segunda mitad de la centuria, la suma de una serie de republiquetas sin contactos mutuos —salvo para intentar guerrear en la defensa de estrechas fronteras— sometidas todas al tutelaje de una colonización que aunque mantenía el aparente respeto de las soberanías políticas era aún más brutal y succionadora de la que lo había sido la española.

Pero al entrar el siglo XX, manteniéndose el trasfondo de neocolonialismo, algo había cambiado en la estructura interna de la sociedad latinoamericana, al menos en aquellas zonas en las que la apertura al mercado mundial impuesta por el capital extranjero había permitido un desarrollo —deformado por el marco de la dependencia— de relaciones sociales modernas.

El imperialismo, en efecto, necesitaba el surgimiento de ciertas franjas de modernidad asentadas en las ciudades-puerto que recibían el producto del monocultivo para depacharlo a los centros metropolitanos y hacían de puente con el comercio de manufacturas y de ideas que llegaban desde el exterior.

Este proceso de urbanización se completó, en las ciudades más importantes, con la recepción de contingentes inmigratorios y con el desarrollo de ciertas industrias livianas. Comenzaron a germinar grupos de clase media distintos a los tradicionales y en algunos países como los del Río de la Plata núcleos importantes de obreros industriales, asalariados de pequeñas empresas nacionales o de las industrias grandes manejadas en su mayoría por capitales extranjeros.

Esta situación social es el prólogo que abrirá los episodios de la

reforma universitaria; el trasfondo estructural que le dará sentido como parte de un proceso social.

La Pequeña burguesía débil, el proletariado industrial en surgimiento; talés eran los miembros de las clases populares en las ciudades que vinculaban el interior de cada país y el puerto. Y en ese interior —salvo en la Argentina y en el Uruguay, en donde existía una clase campesina arrendataria de origen europeo— una enorme masa indígena, segregada del consumo, de la instrucción, de la vida política.

Inserta en ese marco de dependencia, con mercados internos estrechísimos, desprotegida por los gobiernos que abrían de par en par las puertas del país a las manufacturas extranjeras, esa clase media, artesanal y burocrática, no podía transformarse en burguesía industrial, en líder de un auténtico y profundo proceso de liberación nacional; en cabeza de una revolución democrática.

Pero es la intuición de la necesidad de ese proceso, ya que no la posibilidad de llevarlo a cabo, lo que gobierna a la juventud universitaria en las jornadas de la reforma. Y con esa perspectiva, los estudiantes de 1918, en Córdoba y Lima, en La Habana y Cuzco, en Santiago de Chile y Buenos Aires retoman una noción que parecía perdida: la noción de la unidad de América.

Los reformistas aparecen, por ello, como herederos del ideal bolivariano. Muy cerca de ellos están, además, algunos de sus maestros, los que configuraron la llamada "generación del 900": Alfredo Palacios, José Ingenieros, Manuel Ugarte, José Vasconcelos y, un poco más atrás, Rubén Darío, José Enrique Rodó, Manuel González Prada, Antonio de Varona, Manuel Gómez Carrillo, José Martí.

Eran argentinos, peruanos, cubanos, mexicanos, centroamericanos, colombianos, "escritores iberoamericanos del 900" como los denominó Manuel Ugarte en un libro que les dedicara, que se encontraron en Buenos Aires, la ciudad más cosmopolita de América o aun en París o en Madrid, buscando respuestas para su exilio. "Al instalarnos en Madrid (punto de partida) y París (ambiente espiritual) —escribió Ugarte— descubrimos dos verdades. Primero, que nuestra producción se enlazaba dentro de una sola literatura. Segundo, que individualmente pertenecíamos a una nacionalidad única, considerando a Iberoamérica, desde Europa, en forma panorámica. Amado Nervo era mexicano, Rubén Darío nicaragüense, Chocano había nacido en el Perú, Vargas Vila en Colombia, Gómez Carrillo en Guatemala, nosotros en la Argentina, pero una filiación, un parecido, un propósito, nos identificaba. Más que el

idioma influía la situación. Y más que la situación la voluntad de dar forma en el reino del espíritu a lo que corrientemente designábamos con el nombre de la patria grande."³

En este párrafo está comprendida la esencia del latinoamericanismo que impregnará a la reforma universitaria. Muy poco después, casi las mismas palabras aparecerán en un escrito de Haya de la Torre comentando el sentido de la reforma; fue —dice— "la revolución latinoamericana por la autonomía espiritual".

Esa generación del 900, formada por hijos de familias del interior empobrecidas o de las clases medias urbanas que chocaban con la ausencia de personalidad de las sociedades en que vivían, con el sórdido espíritu mercantilista de las ciudades portuarias en las que reinaba la mentalidad contable del comercio de importación y exportación, anticiparon en su literatura a menudo declamatoria, o a veces en la política, la idea de la patria latinoamericana no siempre militando en los mismos partidos.

En la Argentina, por ejemplo, varios de los miembros de la generación participaron de los orígenes del partido socialista, como Ugarte, Ingenieros, Palacios y Lugones. Otro, como Ricardo Rojas, lo hicieron en la Unión Cívica Radical, pero todos fueron reconocidos como maestros por los reformistas del 18 y a mediados de la década del veinte participaron conjuntamente con ellos en organizaciones antimperialistas como la Unión latinoamericana.

Fue necesaria la guerra del 14 con su secuela de primer alzamiento de las colonias en Asia y África: la revolución mexicana; la revolución rusa, para que esos ideales brumosos de la pequeña burguesía intelectual aglutinada en la generación del 900 encontraran eco y expresión en una movilización de masas. La guerra había probado la fractura ética de Europa: una nueva civilización nacía y ella debía asentarse en un continente joven. Era la hora americana.

Claro que la movilización resultante de ese proceso no podía encontrar, en un principio, otra forma que la *kulturkampf*, que la lucha en el terreno de las superestructuras; la confusa voluntad por construir una contrahegemonía; el intento exasperado por producir una "reforma intelectual y moral".

Algunos sociólogos norteamericanos, con un dardén que no puede ser sino producto de la superioridad del colonizador, han bautizado deyorativamente a ese tono ideológico común a cierto pensamiento latinoamericano como "ariélisto", por sus recaídas en la bruma de la retórica.

³ Enrique Rivera, *op. cit.*, p. 6.

La calificación deriva del libro, en su tiempo famoso, del uruguayo José Enrique Rodó y que fue, durante años, una suerte de evangelio en el que se nutría el verbalismo latinoamericano. Ariel es, ciertamente, un producto presuntuoso, lleno de erudición provinciana vertida en dudosa prosa poética.

Rodó intenta definir el enfrentamiento entre América Latina y los Estados Unidos como una lucha entre el "sórdido materialismo" de Calibán y el encendido romanticismo idealista de Ariel. Su antimperialismo resulta así —fuera de lo pasatista y a veces caricaturesco de su estilo— de tipo puramente defensivo, conservador, afiebrado por la búsqueda de "esencias" que en el fondo presuponen una elegía al precapitalismo, al goce estético de la vida, al paladeo de una "cultura" inmaterial (e intemporal) cuyas raíces son la contemplación helenizante y el desdén por el trabajo material.

Esa vindicación de un nirvana del espíritu puro, de un reino inmaculado de la cultura enfrentado al trabajo bárbaro de los *pioneers* y de las máquinas, sería el "arielismo".

No sería difícil probar que no todos los intelectuales latinoamericanos que en las primeras décadas del siglo intentaron revitalizar el ideal bolivariano de la nación continental participaron de esa orgía espiritualista expresada por el libro de Rodó. Pero nos interesa ir más allá: esto es, aceptar sin beneficio de inventario esa primitiva herencia "arielista" y tratar de explicarla en la debilidad estructural de unas clases medias aisladas de la producción, ajenas a la posibilidad de transformarse por sí mismas en burguesía industrial y que, por lo tanto, solo podían concebir el fin de su dependencia en el plano del espíritu.

Y efectivamente, la reforma universitaria tiene mucho de retórica "arielista". Su primera concepción de la solidaridad latinoamericana, de la afirmación de una personalidad común, no se evadía de esos límites impuestos por una situación de insularidad social. Desde el *Manifiesto liminar* de Córdoba, hasta los discursos de sus líderes y las declaraciones de sus organizaciones, el tono ampuloso no hace más que intentar defender la carencia de una ideología sólida.

Pero cuando la reforma empieza a chocar en las calles con las policías brutales y los soldados; cuando los dictadores de turno abren las cárceles para los dirigentes estudiantiles y para los dirigentes obreros, la ideología brumosa de los comienzos va tomando perfiles más trabajados.

El antimperialismo y la solidaridad continental dejarán así de ser frases pomposas, reclamos del "espíritu" contra la "materia", para devenir un programa de lucha que, aunque con el tiempo

mostrará sus límites, se alzarán al promediar la década del veinte como el punto más elevado de la conciencia posible de las capas medias.

Ya en 1921, Haya de la Torre, Gabriel del Mazo y Alfredo Demaria, presidentes, respectivamente de las federaciones estudiantiles de Perú, Argentina y Chile suscribieron acuerdos por los cuales sus organizaciones se comprometían a efectuar "propaganda activa por todos los medios para hacer efectivo el ideal del americanismo". Era el primer paso concreto dado hacia una vinculación estrecha entre los universitarios latinoamericanos y la solidaridad manifestada por estudiantes chilenos y peruanos, cuando las clases dominantes de sus países atizaban una absurda guerra de fronteras, su primera puesta a prueba.

Un segundo nivel fue el Congreso Internacional de Estudiantes reunido en México, también en 1921, con participación, por América Latina de delegados de Argentina, Costa Rica, Cuba, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Perú, Santo Domingo y Venezuela, pero donde asistieron también representantes de Alemania, China, Estados Unidos, Japón, Noruega y Suiza.

El congreso aprobó una serie de resoluciones enmarcadas en una mezcla ideológica de utopismo pacifista de raíz wilsoniana y antimperialismo. Su importancia estriba en que le dio al movimiento reformista la definitiva consagración, transformando las banderas de Córdoba, de Lima y de Santiago en reclamos de la juventud latinoamericana que se concebía ya a sí misma como integrante más vasta que las fronteras de sus naciones.

Pero las formas organizativas que el movimiento reformista ayudó a plasmar en la lucha por la solidaridad continental fueron más allá de las iniciativas meramente estudiantiles. Sin contar el caso del APRA, seguramente el ejemplo más típico de politización de la reforma universitaria, queda todavía la organización en Buenos Aires de la Unión Latinoamericana, un grupo que reconociendo similar inspiración reformista, desempeñará un importante papel en el continente durante la década del veinte.

La unión es el producto de una fusión intergeneracional y sirvió de lanzamiento extrauniversitario —en muchos casos como antecedente inmediato para la política partidista— a los líderes estudiantiles más importantes, en compañía de algunos de sus maestros, sobrevivientes y superadores del "arielismo" novecentista, encabezados por José Ingenieros.

² Véase documento num. 11, p. 161.

La iniciativa para la creación de una organización que tendiera a nuclear a los intelectuales antimperialistas del continente, partió en 1922, del propio Ingenieros. Visitaba entonces Buenos Aires José Vasconcelos, y en un agasajo que se le efectuó, Ingenieros pronunció un discurso en el que llamó a la unidad latinoamericana: "No somos, no queremos ser más, no podríamos seguir siendo panamericanistas. La famosa doctrina Monroe, que pudo parecernos durante un siglo la garantía de nuestra independencia política, contra el peligro de conquistas europeas, se ha revelado gradualmente como una reserva del derecho norteamericano a protegernos e intervenirnos. El poderoso vecino y oficioso amigo ha desenvuelto hasta su más alto grado el régimen de la producción capitalista y ha alcanzado en la última guerra la hegemonía financiera del mundo; con la potencia económica ha crecido la voracidad de su casta privilegiada, presionando más y más la política en sentido imperialista, hasta convertir al gobierno en instrumento de sindicatos sin otros principios que captar fuentes de riqueza y especular sobre el trabajo de la humanidad, esclavizada ya por una férrea burocracia sin patria y sin moral. En las clases dirigentes del gran estado ha crecido, al mismo tiempo, el sentimiento de expansión y de conquista, a punto que el clásico 'América para los americanos' ya no significa otra cosa que 'América —nuestra América Latina— para los norteamericanos'.¹⁰"

Es evidente que ya estamos muy lejos del "arielismo" espiritualista. Los fines de la Unión Latinoamericana, establecidos en su declaración original, incluyen: solidaridad política entre los pueblos latinoamericanos; oposición a toda política financiera que comprometa la soberanía nacional; nacionalización de las fuentes de riqueza y abolición del privilegio económico.

Pero en el trasfondo de este antimperialismo de la década del veinte, que la reforma universitaria transformó de vacua declamación en programa militante de un sector extendido de la pequeña burguesía intelectual, latían también otras voces.

Eran las de la revolución rusa a la que se sentía confusamente como un respaldo para la lucha emprendida. Mella viajó por esos años a Moscú y también Haya de la Torre. En 1927 ambos participaron del Congreso Antimperialista reunido en Bruselas, junto con Hatry Pollit, el Pandit Nehru, Sen Katayama. Luego sus caminos se dispersaron, tanto, que dieron origen a dos tradiciones frontalmente separadas.

¹⁰ En Alfredo L. Palacios, *Nuestra América y el imperialismo*, Buenos Aires, 1961, p. 25.

Pero hasta entonces, en esos primeros años en que la reforma salía de su encierro en las aulas y buscaba el espacio americano, casi ningún líder universitario hubiera rehusado firmar estas palabras que aparecen en el editorial del primer número de la revista de la Unión Latinoamericana: "Sabemos que está de parte nuestra y que algún día ha de darnos la victoria esa incontenible energía que radica en la aspiración latente de veinte pueblos. También tenemos conciencia clara de obrar al unísono de aquel impulso renovador que hace dos años partiera del Oriente y que hoy, en el vasto escenario de un mundo anarquizado, socavi, lenta pero seguramente, el poderío de las grandes potencias capitalistas."

La frase pertenece a Deodoro Roca y fue pronunciada en una entrevista concedida en junio de 1936 al cumplirse un aniversario de la reforma universitaria. En ella, Roca, enrolado ya abiertamente en la izquierda socialista, traza una suerte de balance del movimiento del 18 especialmente orientado a descubrir la relación necesaria entre la rebelión estudiantil y el conjunto de las luchas populares.

Esa conexión (ya lo hemos dicho) la descubrió rápidamente el reformismo universitario pese a que nunca desaparecieron del todo las voces y las consignas que buscaban reducir su combate a la modificación de algunos estatutos, a la corrección de vicios pedagógicos por medio de "una algarada más o menos inocua", como lo señaló alguna vez Mariátegui.

La relación de los estudiantes con otros sectores populares estuvo presente desde un primer momento, sin duda, pero en esos instantes las lealtades invocadas no trascendían un mero solidarismo, enfebrecido por los resplandores de la revolución rusa. "Únicamente —señalará Mariátegui— a través de la colaboración cada día más estrecha con los sindicatos obreros, de la experiencia del combate contra las fuerzas conservadoras y de la crítica concreta de los intereses y principios en que se apoya el orden establecido, podrían alcanzar las vanguardias universitarias una definida orientación ideológica."¹

Todo ello se fue logrando a medida que los universitarios en las calles de las ciudades americanas fueron aprendiendo las lecciones de la historia. Ellos formaban parte de un proceso de movilización social; es decir de una coyuntura en la que clases y grupos surgían reclamando mayor participación. En un principio pudieron coincidir con sectores de su propia clase de origen, empeñados también en remplazar el liderazgo cultural y político de la vieja oligarquía. Fue el momento en que la reforma universitaria consiguió sus objetivos inmediatos, haciendo triunfar una suerte de programa mínimo sobre el tácito respaldo de los Yrigoyen, los Leguía, los Alessandri.

Pero cuando la debilidad estructural de esa burguesía llevó su

¹ Mariátegui, *op. cit.*

moderación inicial a la más franca derecha, los estudiantes aprendieron la primera y, quizá, la más fecunda lección que les pudo dar la historia. El universitario del 18, dice Roca en 1936, "buscando un maestro ilusorio se dio con un mundo". "La reforma —agrega— fue todo lo que pudo ser. No pudo ser más de lo que fue, en dramas y actores. ¡Dio de sí todo! Dio pronto con sus límites infranqueables. Y realizó un magnífico descubrimiento. Esto solo la salvaría: al descubrir la raíz de su yaciedad y de su infecundidad notoria dio con este hallazgo: reforma universitaria es lo mismo que reforma social."² Esta convicción significó que la reforma se abría a la lucha política, que la intervención de la vanguardia de la pequeña burguesía iba a desplazarse desde un área aislada —la universidad— al conjunto del sistema social.

Claro está que las formas y los contenidos de esta inserción no asumieron siempre el mismo carácter y de esa variación surgió la polémica política más aguda y tenaz de América Latina; polémica sobre el socialismo y la revolución democrática; sobre el papel de la clase obrera y de las clases medias en la liberación nacional.

El enfrentamiento se polarizó en dos alternativas: el aprismo, con sus variantes locales y el marxismo, representado entonces básicamente por los grupos ligados a la III Internacional, doblemente abrumados por la discusión interna en la Unión Soviética y por el aislamiento con las masas populares de sus países.

Pero si la politización de la reforma habrá de expresarse finalmente en esas dos alternativas polares hubo antes de ello, un camino, a menudo andado a tientas, en el que la solidaridad obrero-estudiantil se concibe sobre el marco confuso de una teoría mesiánica de la "joven generación".

La teoría de la "joven generación" significó un principio de teorización de la experiencia política. Aun antes de esos balbuceos reflexivos, y ayudada por un clima ideológico que permitía descubrir la "cuestión social" como problema clave iluminado por la revolución rusa, nace la solidaridad obrero-estudiantil. Esa solidaridad, así definida con más ingenuidad que certeza en la adolescencia de la reforma, aparece ya en los primeros manifiestos, en las movilizaciones de la hora inicial, cuando se buscaba a tientas superar los límites que pronto resultarán infranqueables.

Aparece en el Perú, cuando los estudiantes luchan junto a los obreros para imponer la jornada de ocho horas; en Chile, donde trabajadores y universitarios comparten cárcel y represión por en-

² Deodoro Roca, "¿Qué es la 'Reforma Universitaria?'" (1936). Véase testimonio en p. 430.

Intentar la ola chauvinista que pretendía llevar al país a la guerra fratricida contra el Perú.

En la Argentina, en enero de 1919 una huelga general de los trabajadores que dura una semana provoca la intervención sangrienta del ejército y de la policía, ayudados por bandas de civiles armados. Fue la llamada "semana trágica", en la que las clases dominantes vieron aterrizadas al espectro del comunismo recorriendo las calles. La respuesta estuvo a la altura del miedo; muchos muertos tuvieron de rojo ese episodio que puso a las claras, además, las contradicciones internas que corroían al gobierno de Yrigoyen, prisionero de sus propias limitaciones y de las de su clase, para poner en práctica un programa de reformas.

En esa oportunidad, en Córdoba, caliente aún por las jornadas reformistas, la federación obrera decreta un paro en solidaridad con los trabajadores de Buenos Aires. La federación universitaria se adhiere al mismo, porque "esta federación —dice— contó en su último movimiento con el apoyo de la clase obrera, llegando a crear un vínculo íntimo de compañerismo, y éste es el instante de demostrarlo".

Pocos días después, el 24 de enero de 1919, la federación cordobesa emitía una declaración en cuyos párrafos bullía el contenido ideal que la reforma quiso impulsar desde un principio, como intuición de la alianza que debía estar por detrás de la revolución democrática: "El movimiento universitario argentino, iniciado por los estudiantes de la Universidad de Córdoba, debe ser considerado como la primera manifestación de un proceso evolutivo en el orden nacional, dirigido a modificar fundamentalmente el estado de crisis, por así decir, porque atraviesa su organización social, económica, política e intelectual, teniendo como finalidad inmediata el afianzamiento de la libertad, la verdad y la justicia en todos sus órdenes." El manifiesto, el primero en el que la proyección social de la reforma aparece tan claramente marcada, señala además la conexión "entre esos propósitos ampliamente manifestados por la juventud y las recientes huelgas obreras".

En ese mismo año de 1919 en la ciudad de Mendoza estalla una huelga de maestros que tendrá por su combatividad repercusión nacional. Los estudiantes colaboran con la misma y en un acto realizado en la plaza central de la ciudad el presidente de la Federación Universitaria Argentina resume así los objetivos de su movimiento: "el día en que el trinomio de proletarios, maestros y estudiantes sea un hecho, se habrá cumplido la ley que impone la renovación de los valores sociales".

Un año después, la Sociedad Científica Argentina organiza un congreso de universitarios e invita a participar a la federación estudiantil. Pero esta rechaza la invitación porque "la asamblea no se ha citado a los sindicatos". Frente a esta exclusión odiosa e injusta —dicen los dirigentes reformistas— nos cumple manifestar que nos sentimos indestructiblemente solidarios con los trabajadores. Su suerte es nuestra suerte, su ideal es nuestro ideal y el desdén que los hiere a ellos nos hiere también a nosotros."

Esta concepción de la solidaridad obrero-estudiantil elaborada por la reforma habrá de expresarse en la organización de un tipo particular de instituciones, las universidades populares, que a partir de su primer antecedente en el Perú habrán de extenderse por otras ciudades de América.

La universidad popular creada por los estudiantes peruanos se funda el 22 de enero de 1921 y tiene a Haya de la Torre como director inspirador. En 1923 se la bautiza con el nombre de González Prada, en recuerdo de un intelectual novecentista que fustigara en sus obras al dominio de la oligarquía. "La universidad popular no tiene otro dogma que la justicia social", era el lema de la institución.

La universidad popular funcionaba en Lima y en Vitarte, un poblado cercano en el que existía una gran fábrica textil de capital extranjero. Cada semana, tres clases se daban en la capital y dos en Vitarte, para un público exclusivamente obrero. La asistencia era libre y por supuesto gratuita: ni los alumnos pagaban ni los profesores cobraban. Estaba gobernada por una Junta Directiva integrada con alumnos que debían ser obreros; todas las resoluciones debían ser ratificadas por una asamblea general de alumnos.

En Cuba, la universidad popular creada por los estudiantes se llamará José Martí. A pesar de que su antecedente reconocido es la iniciativa similar de los peruanos ya su punto de arranque marcará algunas diferencias —y en su diseño la presencia de Mella es decisiva— ya que los cubanos destacan con mucha mayor claridad el carácter de vanguardia que en las luchas populares debe poseer el proletariado y, por consiguiente, la función subordinada del estudiantado y de la pequeña burguesía.

El significado último de la experiencia de las universidades populares se encadena con el proceso que lleva al movimiento estudiantil a mediados de la década del veinte a la comprensión de la esterilidad de la lucha universitaria en sí misma si se la mantiene como un compartimento cerrado y no como el capítulo de una reforma más vasta.

En realidad el pasaje de uno a otro punto es, visto como momento de un discurso teórico, la paulatina certidumbre de que la alianza de los estudiantes con un sector de la élite, exaltado al poder político como grupo de recambio de las viejas camarillas resulta inconsistente aun para el cumplimiento de los propios fines primeros, limitados a modificar una situación retrógrada en las casas de estudio. Esas nuevas élites que aprovecharon y alentaron la movilización estudiantil cuando ella significaba conmovir las bases de poder ideológico y cultural de las camarillas más conservadoras, no pudieron tolerar finalmente el empuje del ala más radical de la pequeña burguesía representada por los estudiantes y en un corto plazo enfilaron sus armas contra ellos.

El movimiento estudiantil comprende entonces que es necesaria una apertura, que la base de sus alianzas debe ser ampliada. A partir de esta comprensión la vaga solidaridad obrero-estudiantil comienza a transformarse en una teorización más sistemática acerca de la política de alianzas necesaria para el desarrollo de una revolución democrática postergada, cuyo incumplimiento los estudiantes denunciaron tácitamente en la movilización que se expande a partir de 1918.

En esta dirección es que los proyectos de universidades populares asumen su condición de elementos de pasajes de la lucha estudiantil a la lucha política. Y más aún: especificando en los propios contenidos del proyecto podrían advertirse indicios que contribuirían a definir el programa con el que se cumple ese tránsito a la política.

Este es el plano en que aparece como importante la diferencia anotada entre la concepción peruana y la del movimiento reformista cubano acerca de las universidades populares.

En Perú, Haya de la Torre ya pone en práctica lo que sería el borrador de la ideología del APRA, como tentativa "vanguardista" de la pequeña burguesía sobre el conjunto de las clases populares.

En Cuba, en cambio, los propósitos de las universidades populares José Martí se inscriben en otra dirección: además de señalar la imposibilidad de la lucha universitaria aislada, niega que en la alianza entre movimiento estudiantil y clases populares, el liderazgo del proceso le corresponda al primero.

Así, el escepticismo claramente formulado por Mella acerca de la posibilidad de una reforma "puramente" universitaria se completa con la visión (o quizá con la intuición aún no elaborada) de la hegemonía del proletariado en la revolución democrática.

Mella y Haya de la Torre son al promediar la década del veinte

dos figuras centrales de la discusión política en América Latina. Ambos salen de la reforma; ambos participan como delegados latinoamericanos en el Congreso Antimperialista de Bruselas; ambos recorren la Unión Soviética. Pero en el punto crucial sus caminos divergirán y dos tradiciones se abrirán a partir de cada uno de ellos. De la herencia de Mella surgirá Fidel Castro, aun cuando la cristalización del castrismo como ideología ha de suponer algo más que la continuidad con Mella: también la superación del primitivismo "ortodoxo" manifestado en los primeros pasos de la inserción del marxismo en América Latina.

"El proletariado instruido —dice la declaración inicial de las universidades populares José Martí— ha de marchar a la vanguardia." Y culmina con una convocatoria: "Estudiantes, venid a engrosar nuestras filas. No hay ideal más alto que la emancipación de los trabajadores por la cultura y por la acción revolucionaria."

La inserción del movimiento estudiantil en las luchas populares tiene otras características en la tradición prista. Detrás de ella —además de sus supuestos ideológicos deslegados sobre la experiencia china del Kuomintang— se encuentra una teoría acerca del papel dinamizador de las juventudes en el conflicto social y una teoría elitista de la "nueva generación" como motor de los cambios históricos.

La reforma introducía así abiertamente una problemática aún no agotada: la de la juventud concebida como categoría social, en relación con otras clases y otros grupos vigentes en la estructura de la sociedad.

Esta "teoría de las generaciones" tenía, en América Latina, el directo impulso aportado por Ortega y Gasset cuya inspiración se descubre en todos los textos referidos al tema.

Ortega había estado en Buenos Aires en 1916. Sus conferencias impresionaron entonces al público formado en su mayoría por universitarios. Más tarde sus libros y especialmente *El tema de nuestro tiempo*, aportarían el sustrato ideológico que ayudaría a justificar, en el plano de la teoría, a la movilización estudiantil.

Los cambios sociales —enseñará Ortega— dependen, sobre todo, de las ideas, de las preferencias morales y estéticas que tengan los contemporáneos. "Pero —agregará, en el vértice de su neidealismo de raíz alemana— ideología, gusto y moralidad no son, a su vez, más que consecuencias o especificaciones de la sensación radical ante la vida, de cómo se sienta la existencia en su integridad indiferenciada. Esta que llamaremos *sensibilidad vital* es el fenó-

meno primario en historia y lo primero que habríamos de definir para comprender una época. Pero la variación de la sensibilidad en un individuo no hace historia: "las variaciones de la sensibilidad vital que son decisivas en historia se presentan bajo la forma de generación". ¿Y qué es una generación? No un puñado de hombres egregios ni simplemente una masa: "es como un cuerpo social íntegro, con su minoría selecta y su muchedumbre que ha sido lanzada sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada".⁴

Por eso, la generación es el concepto más importante de la historia. "el gozne sobre el que ésta ejecuta sus movimientos".

La teoría de las generaciones desplaza al conflicto social del ámbito de las clases al de las edades. La historia se construye así como una sucesión de enfrentamientos entre "sensibilidades": como un "ritmo de épocas de senectud y épocas de juventud". "Dentro de ese marco de idealidad —añade Ortega— pueden ser los individuos del más diverso temple, hasta el punto de que, habiendo de vivir los unos junto a los otros, a fuer de contemporáneos, se sienten a veces como antagonistas. Pero la más violenta contraposición de los pro y los anti descubre fácilmente a la mirada una común filigrana. Unos y otros son hombres de su tiempo, y por mucho que se diferencien se parecen más todavía. El reaccionario y el revolucionario del siglo XIX son mucho más afines entre sí que cualquiera de ellos con cualquiera de nosotros."

Esta identidad —según Ortega— no significa la inexistencia de escalas entre los miembros de una misma generación. Esa escala —y he aquí claramente marcados los rasgos del elitismo orteguiano— "es la distancia permanente entre los individuos selectos y los vulgares", tema que Ortega desarrollará en muchos de sus libros, especialmente, en *La rebelión de las masas*.

Estas concepciones orteguianas caían sobre las insurgencias del radicalismo ilustrado de los reformistas como un padrino prestigioso. Estaba claro: la entrada al tiempo histórico por parte del continente latinoamericano debía estar marcada por la presencia de una joven generación cuya vanguardia eran los estudiantes.

El mesianismo estudiantil, producto de un momento en el que efectivamente la movilización de las masas populares requería un liderazgo externo y en el que, para la mayoría de los países, no existían formas de organización política para canalizarla, surgía así como una respuesta concreta al surgimiento de la pequeña bur-

⁴ José Ortega y Gasset. *El tema de nuestro tiempo*, Madrid, 1956, p. 6.
⁵ *Ibid.*, p. 7.

guesía intelectual, prestigiada, incluso, en el plano de la teoría por lucubraciones al estilo de las de Ortega y Gasset.

El fenómeno de la "nueva sensibilidad" no fue exclusivamente americano en la posguerra del 18. La conflagración y sus consecuencias: la revolución rusa y la caída de las monarquías de Europa central, sirvieron de acicate para esa contemplación narcisista que la juventud hacía de sí misma, en momentos en que el viejo continente era sacudido por una ola revolucionaria que parecía concluir con el pasado.

José Carlos Mariátegui, reflexionando más tarde sobre el "mito de la nueva generación" que floreció en Europa y repercutió en América señalaba un orden causal absolutamente inverso que el propuesto por Ortega: no era la "nueva sensibilidad" de la juventud lo que había encendido el entusiasmo revolucionario en el año 19; era este ascenso de la revolución lo que había provocado la insurgencia juvenil. "Lo que nos interesa ahora —escribe en 1926— en tiempos de crítica de la estabilización capitalista y de los factores que preparan una nueva ofensiva revolucionaria, no es tanto el psicoanálisis ni la idealización del *pathos* juvenil de 1919, como el esclarecimiento de los valores que ha creado y de la experiencia que ha servido. La historia de este episodio sentimental nos enseña que, poco a poco, después que las ametralladoras de Noske restablecieron en Alemania el poder de la burguesía, el mesianismo de la 'nueva generación' empezó a calmarse, renunciando a las responsabilidades precoces que, en los primeros años de posguerra, se había apasionadamente atribuido. La fuerza que mantuvo viva hasta 1923, con alguna intermitencia, la esperanza revolucionaria no era, pues, la voluntad romántica de reconstrucción, la inquietud tumultuaria de la juventud en severa vigilia: era la desesperada lucha del proletariado en las barricadas, en las huelgas, en los comicios, en las trincheras. La acción heroica, operada con desigual fortuna, de Lenin y su aguerrida fracción de Rusia, de Liebknecht, Rosa Luxemburg y Eugenio Leviné en Alemania, de Bela Kun en Hungría, de los obreros de la Fiat en Italia hasta la ocupación de las fábricas y la escisión de las masas socialistas en Livorno."⁵

Las ligazones de la teoría generacional con el APRA aparecen claras, especialmente en lo que la misma tenía de inconsciente intento de la pequeña burguesía por transformarse en líder de una insurrección popular.

⁵ José Carlos Mariátegui. *Defensa del marxismo*, Lima, 1919, p. 93.

El programa del APRA permite comprender sin velos que lo oculte el pasaje de lo que puede ser una tendencia espontánea de los grupos ilustrados por conducir a la sociedad hasta llegar a una elaboración más madura (y efectuada ya no en términos de "sensibilidad" y de "generaciones") acerca del papel que esa vanguardia intelectual de clase media debe asumir en la lucha nacional dentro de un cuadro complejo de relaciones entre grupos y clases sociales. Así, la ideología del APRA aparecerá de alguna forma como la concientización que la pequeña burguesía ilustrada efectúa de su propia movilización, justificada en un principio en los términos más volátiles de la lucha entre generaciones.

La "cuestión juvenil" de tal modo se clarifica como capítulo de la cuestión social. Y el enfrentamiento entre la izquierda y el APRA probará que no eran ciertas las proposiciones orteguianas acerca de la identidad generacional como "común filigrana" que iría más allá de los pro y los anti que dividen a los coetáneos. "La lucha social —dirá Mella— no es una cuestión de glándulas, canas y arrugas sino de imperativos económicos y de fuerza de las clases, totalmente consideradas."

El "mito de la nueva generación", al decir de Mariátegui, no queda sino reducido a eso: a una primera manifestación del surgimiento pequeñoburgués —a través de su ala más avanzada— para intentar la dirección de las masas. Las claves del proceso (y de su desenlace) las ha fijado Gramsci: "La burguesía —dice— no consigue educar a sus jóvenes (lucha de generaciones) y los jóvenes se dejan arrastrar culturalmente por los obreros y al mismo tiempo hacen o tratan de convertirse en jefes (deseo inconsciente de realizar la hegemonía de su propia clase sobre el pueblo) pero las crisis históricas vuelven al redil."⁶

La "joven generación" se transformó rápidamente en el Perú, en Venezuela y Costa Rica, por citar dos casos) en partido político. No sucedió lo mismo en Argentina en donde, sin embargo, aparecieron las teorizaciones más acabadas sobre el problema. Las causas de ello habrá que buscarlas en la estructura social del país y en su desarrollo político entre 1918 y 1930.

Quien más ampliamente intentó teorizar a la reforma como un movimiento de la nueva generación y justificar, a partir de allí, el ingreso a la acción política, fue el argentino Julio V. González, uno de los principales protagonistas de las luchas reformistas en Buenos Aires, quien finalmente ingresó al partido socialista y fue en vano

⁶ Antonio Gramsci, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, 1960, p. 52.

periodos diputado. González, aplicó, letra por letra, el esquema orteguiano y a partir de él intentó, en 1927, la creación de un partido —el nacional reformista— inspirado en el APRA. Su pensamiento alcanza mayor interés en cuanto a través de él se desenvuelve el hilo lógico que lleva de un nivel al otro, de la universidad a la política.

"La reforma universitaria —decía ya en 1923— acusa el aparecer de una nueva generación que llega desvinculada de la anterior, que trae sensibilidad distinta e ideales propios y una misión diversa para cumplir." Y agrega: "Significaría incurrir en una apreciación errónea hasta lo absurdo considerar a la reforma universitaria como un problema de las aulas, y aún así, radicar toda su importancia en los efectos que pudiera surtir exclusivamente en los círculos de cultura."

Estamos en 1923, es decir, en el momento en que la reforma universitaria entra en América en su momento de refluxo. El momento en que los estudiantes peruanos y cubanos también se plantean abiertamente el paso a la lucha política abierta, presionados por una realidad dictatorial que reprime bárbaramente sus manifestaciones.

Ese año en la Argentina también significa —ya lo hemos visto— el descenso reformista. Pero la situación no era igual a la de otras tierras de América. El descenso significaba efectivamente pérdida de reivindicaciones conseguidas en 1918, pero el clima político no era de terror, sino de un viraje paulatino hacia posiciones de derecha, en momentos en que la actividad económica era favorable y los "dueños de la tierra" aprovechaban más que nunca las ventajas de la renta diferencial.

El gobierno de Alvear era un retroceso frente al de Yrigoyen y su conservatismo abriría las puertas para la contrarrevolución en 1930, pero en el plano de las libertades públicas nunca hubo un gobierno tan tolerante. Y este hecho definió en gran medida las formas de inserción del movimiento universitario en la política, reclamadas por González y sus compañeros que, con lucidez, advertían que la reforma debía trascender a la universidad.

Si en otros países la organización de los universitarios en partido aparecía como un juego de acción-reacción frente a la brutalidad de las dictaduras militares que determinaban que la exigencia de reformas en la universidad se transformara en bandera de rebelión política, en la Argentina de los veinte eso no resultaba tan claro. "En ese sentido —comenta cáusticamente un historiador— el ritmo

⁷ Julio V. González, *op. cit.*, p. 109.

del movimiento reformista en la Argentina fue muy frecuentemente el de una violenta protesta acompañada de un manifiesto altivamente desafiante e inmediatamente seguida de un memorial redactado en términos más apacibles y dirigido al presidente de la República o a su ministro de Justicia e Instrucción Pública.”⁸

Pese a ello, la intuición acerca del fracaso inevitable y de la fugacidad de toda conquista democrática elaborada exclusivamente en la universidad estaba presente también en los líderes reformistas argentinos. Ello movía a las discusiones abiertas sobre la acción política que la “nueva generación” debía encarar y a esa inquietud se sumaba otra: la de la necesaria solidaridad con los trabajadores.

“¿Cómo se explica —pregunta González— esta vinculación entre el proletariado, que obedece a intereses económicos y de clase, con los revolucionarios estudiantiles que pertenecían a una distinta y que enarbolaban vagos principios idealistas? Se explica, en concepto general, porque ambos sufrían el dolor de la orfandad; huérfanos los unos, puesto que nada podían hallar en los padres espirituales de la vieja generación que venían a combatir; huérfanos los otros por el desprecio y la falta de solidaridad que siempre han padecido del resto de la comunidad. Sintiendo así solos los jóvenes de la nueva generación y los proletarios de todas las generaciones, naturalmente era que se uniesen y se sintiesen identificados en una lucha que debía ser forzosamente por ideales comunes.”⁹

Claro está que González no avanzaba demasiado en la elaboración de ese programa: “barrer con las oligarquías, descubrir las mentiras sociales, concluir con los privilegios, extirpar los dogmas religiosos, realizar ideales americanos de renovación social”, todo, en suma, demasiado vago. Una vaguedad que, como propuesta concreta sólo podía conducir al filantropismo: “La universidad —resume— debe prestar los servicios que la sociedad le exige, es decir, contribuir a su perfeccionamiento y llevar los beneficios de la ciencia a todas las capas sociales. La universidad debe ir hacia los que por razones económicas no pueden gozar de los beneficios de la ilustración.”

Éste era el programa que los reformistas podían proponer a la Argentina a las clases populares. No podían organizar una lucha contra el terror dictatorial, porque Alvear distaba mucho de aplicarlo; no podían levantar banderas imperialistas porque el tema —pese a los esfuerzos de la Unión Latinoamericana— sonaba todavía

como algo extravagante para el grueso de la población. Adviértase, por ejemplo, que el antimperialismo de la Unión Latinoamericana apuntaba sus miras hacia la política expansionista de los norteamericanos y no hacía referencia a la inglesa, siendo que la Argentina sufría la explotación del capital británico y no del yanqui. Pero esa explotación era muy poco espectacular como para transformarla en acicate para la lucha.

Eran años de bonanza, años del “granero del mundo”: años en los que Ortega y Gasset descubría un “destino manifiesto” para el pueblo argentino.

En ese clima la politización del estudiantado y de la pequeña burguesía no podía generar formas de contestación que fueran más allá del paternalismo ideológico de una “nueva generación” acercándose al pueblo.

Como proyecto autónomo, el paso a la política de los reformistas del 18 debía forzosamente fracasar. En 1927, Julio V. González propone concretamente la creación de un partido político reformista. “Un día —dice en un discurso— al principio de la histórica década reformista, el hombre nuevo que había nacido en la universidad salió, como lo sabéis, en demanda del pueblo, y con su apoyo, con el del proletariado especialmente, volvió triunfante sobre ella para conquistar la imposición del estatuto de la reforma. Ha llegado la hora de que paguéis aquella deuda de gratitud y volviendo al pueblo le digáis que el hombre nuevo ya está pronto para defender sus derechos.”¹¹

Su llamado no tuvo ningún eco extrauniversitario pese a que se trataba en esos momentos de uno de los dirigentes reformistas más conocidos. La estructura compleja de las masas populares en la Argentina; la existencia de una antigua tradición de luchas sociales; la vigencia de un sindicalismo relativamente poderoso; la presencia de diputados socialistas desde 1904 y un clima ideológico en la izquierda en el que mantenían vitalidad el anarquismo y el comunismo, eran antecedentes suficientemente poderosos como para prever el fracaso de una tentativa tutelar por parte de los estudiantes sobre las clases populares. Estaba, además, el yrigoyenismo como gran movimiento de masas en el que la mayoría de la población se sentía representada. El pueblo —evidentemente— había encontrado ya partidos y organizaciones que lo encuadraban y no vivía la urgencia con que la “nueva generación” quería independizarse de los partidos burgueses.

¹¹ Julio V. González. *El partido nacional reformista*, véase testimonio en la p. 370.

⁸ Tulio Halperín Donghi, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1962, p. 134.

⁹ González, *op. cit.*, p. 119.

¹⁰ González, *op. cit.*, p. 152.

Julio González, en 1941, ya diputado socialista, trazaría un breve cuadro de ese intento del ala avanzada de la pequeña burguesía por constituirse en fuerza independiente: "Ninguno, desde el 18 al 30, nos hallábamos enrolados en los partidos. Nos defendíamos de ellos. Le teníamos asco a la política y tanto asco que yo, por mi parte, intenté hacer de la reforma universitaria un partido ideal, una especie de república de Platón, desde luego irrealizable. Cayó en el vacío. Mi iniciativa fracasó. Pero tal era la aprensión que le teníamos a la política que, de ir a ella, lo hubiéramos hecho formando partido propio: el de la Nueva Generación."¹²

¹² González, *op. cit.*, p. 147.

LA REFORMA FUNDA UN PARTIDO POLÍTICO

Si en la más compleja estructura social de la Argentina encontramos una de las causas por las que, a pesar de haberse gestado en ese país el movimiento de la reforma universitaria, debía necesariamente fracasar un intento de politizar la misma hasta llevar su programática al nivel organizativo de un partido, en el Perú será también el grado de desarrollo de sus fuerzas sociales lo que nutrirá en buena parte la posibilidad de que inversamente la reforma, a través del APRA, deviniera partido político.

El Perú de entonces era un típico exponente de Indoamérica. Tres "países" diferentes coexistían en su geografía: el de la costa marítima, en donde está asentada Lima, abierto a la influencia europea, modernizado sobre todo en el área del consumo, sede de una burguesía *compradora* y de un capitalismo burocrático y comercial. El de la sierra, asiento de los grupos campesinos de origen incaico y, finalmente, la zona de las selvas orientales, virtualmente despoblada. Las tres secciones del país no se hallaban integradas en un mercado único y la base de poder estaba constituida por una alianza estrecha entre grandes terratenientes, burgueses intermedios y capitalistas extranjeros.

Esa sociedad, tradicionalmente inmóvil, comienza a inquietarse en las primeras décadas del siglo con algunas oleadas de movilización expresadas en migraciones internas de la zona de las sierras a la de la costa, que tienen por protagonista al *cholo*. El *cholo* —expresa un autor— es un personaje moderno, aun cuando el término es de empleo muy corriente ya en la época de la colonia para designar al mestizo de sangre europea e india. "Entiendo por él —agrega— al mestizo en vías de ascenso, que tiene cierto tinte de instrucción, cierta experiencia de la vida urbana, así como la ambición de ejercer empleos de tipo *ercario*."¹

Con esta emigración se reforzará la clase media limeña y a ella se sumarán hijos del patriciado del interior, una aristocracia lugareña empobrecida en muchos casos por la penetración del capital extranjero, que debe refugiarse en puestos burocráticos sin importancia.

¹ François Bourricaud, *Poder y sociedad en el Perú contemporáneo*, Buenos Aires, 1967, p. 62.

El estudiantado hacia 1920 estará en buena parte reclutado en estos estratos sociales. Las consignas de la reforma universitaria tendrán para ellos no sólo un tono ideológico cultural, sino también el carácter más marcado de reivindicaciones económico-sociales, lo que marca, de entrada, una diferencia importante con el caso argentino.

La asistencia libre, es decir la no obligatoriedad de la concurrencia a clase, por ejemplo, no era solamente una manera de castigar a los malos profesores y por lo tanto de conseguir mejores niveles docentes. "A primera vista —comenta acertadamente Bourri-caud— sólo planteaba una cuestión menor de disciplina. Pero mirándola más de cerca remplazaba por una imagen nueva la imagen del estudiante tradicional. Si el 'señorito' podía pasarse todo su tiempo en la universidad, lo hacía porque las prodigalidades de su familia lo liberaban de toda preocupación material. El 'cholo' que ha llegado de su provincia debe trabajar para subvenir a sus necesidades; por eso mismo espera de sus profesores una preparación sobre todo profesional y se muestra menos sensible que quienes lo anteceden a las bellezas de la cultura clásica."²

Es en este cuadro social que se dará la reforma y posteriormente el APRA. Dentro de una sociedad dependiente, con un proletariado escaso y sin tradición organizativa autónoma y con una burguesía industrial virtualmente inexistente, no es extraño que dado un proceso de movilización de las clases medias el papel de vanguardia para una agitación política y social caiga en poder del estudiantado universitario.

Cuando el gobierno de Leguía, que intentó en un principio representar un cierto ascenso liberal apoyando incluso las reformas solicitadas por los estudiantes, giró a la derecha, sobre el fondo de conmoción creado por las luchas universitarias y ampliado por las alianzas incipientes entabladas entre reformistas y obreros en las universidades populares, surgió la posibilidad de encuadrar a la lucha de masas dentro de un movimiento organizado.

Leguía encarcela a Haya de la Torre y luego lo destierra, tras haberle ofrecido —como lo había hecho con Mariátegui en octubre de 1919— una beca para radicarse en Europa, que el futuro líder del APRA no acepta.

Haya de la Torre anclará en México, donde es recibido como un héroe. Vasconcelos, uno de los "maestros" que saludó al movimiento de la reforma, le otorgará un cargo a su lado. Y en 1924,

² *Ibid.*, p. 55.

el 7 de mayo, Haya propone la creación de una Alianza Popular Revolucionaria Americana, invitando a todos los latinoamericanos a unirse a la nueva organización cuya sigla —APRA— sacuñará la voz que distinguirá al grupo.

El programa de la nueva organización, entendido como esquema general sobre el cual cada grupo debía adecuar luego sus plataformas nacionales, poseía cinco líneas fundamentales:

- 1] Acción contra el imperialismo yanqui.
- 2] Por la unidad política de América Latina.
- 3] Por la nacionalización progresiva de tierras e industrias.
- 4] Por la internacionalización del canal de Panamá.
- 5] Por la solidaridad de todos los pueblos y clases oprimidas.

La proyección imaginada para el APRA era continental. Su vinculación con el ideario americanista de la reforma se refuerza con esta característica, precisada en el momento de sus orígenes y mantenida luego sólo retóricamente. La idea de Haya de la Torre era concentrar en el APRA a las fuerzas que a partir de 1918 habían luchado por los postulados reformistas y por la extensión de esos postulados a otras capas populares.

Su propia concepción de la reforma universitaria, favorecida por la capacidad demostrada por los estudiantes en 1921-23 para acaudillar y organizar un movimiento político nacional, lo llevaba naturalmente a prolongar la insurgencia estudiantil en organización política. "No sólo en su actitud respecto a la política y el orden social —escribía Haya en 1926— los estudiantes están creando nuevos conceptos y asumiendo nuevas actitudes, capaces de ser convertidas más tarde en precisas formas de acción." Y agregaba: "El estrecho contacto entre los trabajadores y los estudiantes ha formado en cada república latinoamericana una fuerte vanguardia de la juventud, la de los trabajadores manuales e intelectuales."³ El concepto de la "nueva generación" aplicado originariamente al movimiento universitario era generalizado por Haya de la Torre hasta transformarlo en clave del enfrentamiento social básico y en única posibilidad de proyectar a la comunidad los contenidos de la reforma universitaria; en 1925 escribía, trazando un puente entre la reforma y el APRA: "Sólo así, uniéndonos al trabajador daremos a la revolución universitaria un sentido de perennidad y de fuerza futura. Nuestra generación no es nuestra generación estudiantil o intelectual: nuestra generación es el frente único de las juventudes de trabajadores manuales e intelectuales, frente único revolucionario, frente único

³ Victor Raúl Haya de la Torre, *¿Adónde va Indoamérica?*, Buenos Aires, 1954, p. 119.

que debemos formar, disciplinar y extender (como salvaguardia del porvenir de nuestros pueblos." ¹

El instrumento de ese frente debía de ser, precisamente el APRA, concebido no como un partido sino como un movimiento amplio de carácter antimperialista que pretendía aglutinar a las fuerzas de la "nueva generación" bautizadas políticamente en las jornadas reformistas. El APRA se autodefinía explícitamente como una "organización de la lucha antimperialista en América Latina, por medio de un frente único internacional de trabajadores, manuales e intelectuales, con un programa de acción política."

Desde 1924 hasta 1930 la labor de Haya —exiliado del Perú— se concentra en la difusión periodística de esta línea de frente único de la que participan incluso partidarios del marxismo. Tal fue por ejemplo el caso de José Carlos Mariátegui que rompió con el aprismo recién en 1928.

Hacia 1929 según los partidarios de Haya de la Torre existían filiales de la organización en París, Londres, Buenos Aires, Chile, Perú, Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo. Pero los intentos —finalmente fallidos— de mayor expansión tuvieron lugar en la década del treinta: se crearon, entre otros, partidos apristas en Cuba, México y Argentina. El propio Partido Aprista Peruano es organizado recién en 1930, marcando así el pasaje de una concepción de frente único a otra de partido autónomo.

De todas formas, la verdadera influencia del ideario aprista —transformado en alternativa antimperialista para las clases medias frente a la ortodoxia "clasista" de los partidos comunistas— se ejerció no sobre las fantasmales "secciones locales" del APRA sino sobre otros partidos políticos nacionales que respondían a una concepción sobre la estrategia política latinoamericana similar a la que fuera elaborando Haya de la Torre a partir de 1925. Incluimos entre estas agrupaciones a Acción Democrática en Venezuela; al Partido Febrerista en Paraguay; al Partido Revolucionario Auténtico en Cuba; al Partido Acción Revolucionaria en Guatemala; al Partido Liberación Nacional en Costa Rica; al Movimiento Nacionalista Revolucionario en Bolivia. En todos los casos se trataba de organizaciones con programas nacional-democráticos en los que se agrupaban los estudiantes e intelectuales enfrentados abiertamente con las dictaduras militares.

Pero antes de llegar a esa expansión, que vendría a comprobar que los contenidos del APRA trascendían marcos locales para trans-

¹ Victor Raúl Haya de la Torre, "La reforma universitaria y la realidad social", véase testimonio de la p. 356.

formarse en bandera de lucha de las clases medias contra la barbarie dictatorial, Haya de la Torre debió precisar su programa. Esa precisión debía formar parte principal de la historia del surgimiento político de las clases medias latinoamericanas inauguradas a la lucha de masas a través de la reforma universitaria. En ese sentido, como realización de un proceso definido de movilización social, la reforma no encontró un heredero político más auténtico que el aprismo de Haya de la Torre. Sus limitaciones posteriores no son sino el producto de un envejecimiento prematuro, la parábola de un ciclo en el que las clases medias aparecen como vanguardia social cuando la lucha es encabezada por su sector más combativo —los estudiantes—; que se transforma luego en moderación cuando del desorden y de la rebeldía pasa a proponer salidas institucionales y que, en el punto final, elige la franca colaboración con los enemigos que combatió en su hora inicial.

Pero a los fines de medir la inserción del aprismo en el proceso abierto por la reforma, lo que interesa no es la consideración del momento en que el APRA abraza resueltamente posiciones que podrían calificarse como de derecha, sino la etapa primera de elaboración programática, desplegada sobre el fondo de una gran discusión ideológica con los incipientes núcleos ligado a la III Internacional, discusión que reconocía como antecedente inmediato otras polémicas de otras latitudes: la que enfrentó, en China, a partidarios y enemigos del Kuomintang.

En aquellas zonas en las que no existían partidos comunistas organizados, los planes integrativos del APRA en la etapa que podríamos llamar frentista de su historia, facilitaron la participación de núcleos marxistas dentro de la organización. Tal fue —dijimos— el caso del Perú y de quien fuera el primer teórico importante del marxismo revolucionario en Latinoamérica, José Carlos Mariátegui, militante del APRA —no del Partido Aprista Peruano— entre 1926 y 1928, año en que fundará el Partido Socialista Peruano.

En los momentos en que Haya va concretando su programa, el movimiento comunista latinoamericano, débil en casi todos los países del continente, discutía también, como prolongación de los acuerdos de la III Internacional, la estrategia del frente único antimperialista y de la organización de los partidos clasistas.

En esa discusión el interclasista no es admitido —y con limitaciones derivadas de un análisis extremista sobre las posibilidades revolucionarias de la pequeña y mediana burguesía nacional— solamente para las organizaciones frentistas. Pero en lo que hace a los problemas del partido revolucionario, toda tendencia que pudiese conducir

al deterioro del esquema clasista tradicional resulta violentamente impugnada por la estrategia de los partidos comunistas; empeñados entonces, según las disposiciones de la III Internacional, en un proceso de "bolchevización" de los partidos.

Haya va pasando, en los años de gestación de su ideología, del esquema frentista al partidario, manteniendo, sin embargo, la estrategia policlasista. Éste será uno —no el único, ciertamente— de los puntos de ruptura con los comunistas, al que se sobreagregará el problema de la relación entre nacionalismo y socialismo en América Latina.

Sobre este plano se diferenciarán progresivamente los elementos ideológicos más estrechamente ligados con la reforma universitaria, de aquellos vinculados a una flamante incorporación del marxismo, representados por varios dirigentes que habían participado con Haya de la insurgencia estudiantil y de los primeros pasos hacia la politización de la reforma: Mella y el mismo Mariátegui, que aun cuando no participó personalmente de las luchas universitarias, se nutrió de la "revolución espiritual" en ellas expresada y las saludó como "el nacimiento de la nueva generación latinoamericana".

Todavía en sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* publicados en 1928, Mariátegui manifiesta su coincidencia con Haya: "Escrito este trabajo —dice en una nota al pie de página— encuentro en el libro de Haya de la Torre 'Por la emancipación de la América Latina' conceptos que coinciden con los míos sobre la cuestión agraria en general y sobre la comunidad indígena en particular. Partimos de los mismos puntos de vista, de manera que es forzoso que nuestras conclusiones sean también las mismas."⁵

Hacia 1930 Haya de la Torre ha elaborado ya el programa del APRA, no como movimiento continental de agrupamiento antimperialista —al estilo de la Unión Latinoamericana, pero buscándole mayor eco de masas— sino como partido político concebido de manera policlasista, a la manera del Kuomintang.

"En un discurso pronunciado durante la cena conmemorativa de la revolución en Londres, el 11 de octubre de 1926 —recordará Haya años más tarde—, hice hincapié en que el único frente antimperialista semejante en su origen al chino es el indoamericano y el único partido antimperialista del tipo que tuvo el Kuomintang al formarse es el APRA. Insisto en el paralelo a pesar de necesarias distinciones específicas, recordando que la traducción literal de las

⁵ José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima, 1956, p. 86.

tres palabras que denominan al poderoso organismo político chino significan en nuestra lengua "Partido Popular Nacional." Y agrega, definiendo los contenidos de su estrategia: "El Kuomintang no fue fundado como partido de clase, sino como un bloque o frente único de obreros, campesinos, clase media organizados bajo la forma y disciplina de partido, con programa y acción política concretos y propios. Sun Yat-sen, uno de los más ilustres espíritus creadores de nuestro tiempo, vio bien claro en su época que no era posible establecer en China un partido puramente de clases —socialista— o puramente comunista más tarde. Lo admirable de la concepción política de Sun Yat-sen estuvo en su realismo genial; tan genial como el realismo de Lenin lo fue para Rusia. Uno y otro crearon para sus respectivos países las fuerzas políticas que eran necesarias a sus propios medios."⁶

La proclamación del Kuomintang y su bloque de clases como modelo para la lucha popular en Latinoamérica (o Indoamérica, según llama Haya de la Torre al continente) no era una mera disquisición táctica sino la expresión de una estrategia, la de la pequeña burguesía nacionalista, frente a otra, la que intentaban testimoniar los ideólogos comunistas en nombre del socialismo y de la clase obrera. El APRA —dice Haya— sostiene que antes de la revolución socialista que llevaría al poder al proletariado —clase en formación en Indoamérica— nuestros pueblos deben pasar por períodos previos de transformación económica y política y quizá por una revolución social —no socialista— que realice la emancipación nacional contra el yugo imperialista y la unificación económica y política indoamericana. La revolución proletaria, socialista, vendrá después... pero eso ocurrirá mucho más tarde."⁷

Para Haya la lucha antimperialista podía entarse de dos maneras, resultado de dos puntos de vista. "El de una fórmula radical que implique la abolición total del sistema capitalista —del que la dependencia económica es una consecuencia— y el de una fórmula transicional que suponga la prevalencia del capitalismo y la restauración de la independencia latinoamericana dentro de él."

La primera perspectiva sería la de los partidos marxistas, que Haya rechaza argumentando que "la destrucción del sistema capitalista debe producirse donde el capitalismo existe, en sus centros mismos de origen y dominio" y que la América latina no es una zona característicamente capitalista.

⁶ Haya de la Torre, *El antiimperialismo y el Apra*, Santiago de Chile, 1936, p. 68.

⁷ *Ibid.*, p. 122.

El camino aprista sería otro: obtener la independencia económica de América Latina dentro del capitalismo, pero "teniendo en cuenta la posibilidad de su destrucción".

Y a partir de esa posibilidad, Haya de la Torre elabora su concepción acerca del papel del imperialismo en América Latina, lo que constituirá quizá el núcleo básico de su defección ulterior.

"El aprismo —dice Haya— considera que el imperialismo, última etapa del capitalismo en los pueblos industriales, representa en los nuestros la primera etapa. Nuestro capitalismo nace con el advenimiento del imperialismo moderno."

La conclusión de esta premisa, expresada en términos de "el imperialismo como primera etapa del capitalismo en los países dependientes" no puede resultar finalmente sino apologetica, en tanto se transforma al imperialismo en agente activo de modernización económica y social. La contradicción con la teoría leninista es notoria, pese a que Haya en un principio tratara de presentar su concepción como complementaria.

Claro está que en los planteos iniciales esta teoría aprista sobre el imperialismo no pretendía justificar a éste en el continente sino todo lo contrario. Pero después de 1930 servirá para sostener ideológicamente el viraje del aprismo y de las organizaciones inspiradas por su programa.

Una distinción escolástica establecida entre lo que significa *capital extranjero e imperialismo extranjero* permite al pensamiento de Haya justificar, dentro de un programa político que se proclama antimperialista, la penetración del capitalismo de los países avanzados a través de las inversiones. Mientras el capital extranjero aparece como necesario para el desarrollo de América Latina, el imperialismo extranjero resultaría en cambio una traba para su desarrollo, en tanto el pragmatismo del pensamiento de Haya define al imperialismo como esa clase de capital que interfiere en la política interna del país que lo recibe, controlando la vida de la nación.

El APRA, para derrotar a esa forma de imperialismo planea un "frente único de clases oprimidas" proyectado hacia el control del estado. ¿Cómo deberá constituirse ese frente político capaz de crear el llamado "estado antimperialista"? La respuesta retoma la argumentación del Kuomintang: "Como las clases oprimidas no pueden ejercer el dominio estatal completamente por falta de preparación para el gobierno entre las campesinas, y en las obreras por falta de número y también de conciencia clasista —condición típica de nuestro incipiente desarrollo económico— en el dominio del estado deben

Haya de la Torre, *¿Adónde va Indoamérica?*, ed. cit., p. 141.

participar las clases medias campesinas y urbanas, pequeños comerciantes, artesanos, pequeños propietarios, intelectuales, etcétera."

Este gobierno sería "el órgano de relación entre la nación y el imperialismo, mientras éste exista y la escuela de gobierno de las clases productoras para cuando el sistema que determina la existencia del imperialismo desaparezca". El socialismo no podrá imponerse hasta que la industrialización no haya llegado a su vértice; entre tanto, para lograr el desarrollo de los países latinoamericanos harán falta capitales que no podrán ser invertidos sino por las grandes potencias. El papel del estado antimperialista será, por lo tanto, "condicionar al capitalismo imperialista, sometiendo su imperativo de expansión".

No sería necesario que años después Haya intentara prestigiar esta teoría con otra, llena de pretensión provinciana y de coquetería seudofilosófica, llamada del "espacio-tiempo histórico", basada según su autor en Einstein y su teoría de la relatividad. De acuerdo con Haya la teoría del espacio-tiempo histórico equivale al principio de la relatividad aplicada a la historia y la presenta como una corrección de la interpretación marxista de la historia, elaborada en un tiempo histórico anterior —el siglo xx— y en el "espacio histórico" de Europa Occidental.¹⁰

La racionalización aprista no alcanza a ocultar que tras el abierto tutelaje propuesto sobre las clases populares hasta que lleguen a un proceso de maduración, se esconden los mismos supuestos ideológicos que permanecían detrás de la reforma universitaria: la condensación, en un plano más abstracto, de las ambiciones hegemónicas de las clases medias, objetivamente ayudadas, en la mayoría de las naciones latinoamericanas, por la debilidad estructural y organizativa de las clases trabajadoras.

La respuesta a los planteos de Haya de la Torre deberá necesariamente surgir de las filas del comunismo, al cual desafiaba como alternativa política. Y en efecto, en 1928, Mella publica en México un folleto destinado a la refutación del aprismo, titulado *¿Qué es el APRA?*

La polémica que a partir de él se abre será un testimonio importante de la lucha ideológica en América Latina: un documento de las dificultades existentes para poder articular un pensamiento que sea capaz de sintetizar los problemas democrático-nacionales de la revolución latinoamericana en el interior de una perspectiva socialista.

⁹ *Ibid.*, p. 143.

¹⁰ Haya de la Torre, *Espacio-tiempo histórico*, Lima, 1948.

La crítica de Mella al aprismo, enderezada a demostrar la posibilidad y la necesidad de la lucha por el socialismo en América Latina, manifestaba — como el conjunto de la literatura teórica de los jóvenes partidos comunistas — un desprecio, que con el tiempo resultaría fatal para su proyección de masas, sobre los problemas nacionales de la revolución latinoamericana. Si Haya y el aprismo, como expresión del antimperialismo de las clases medias, al destacar la cuestión nacional, dejaban para un futuro incierto la posibilidad de las transformaciones socialistas, Mella y los partidos comunistas subestimaban ese primer momento democrático-nacional para proyectar su acción práctica sobre una hipotética revolución socialista "pura".

Al comentar la consigna aprista "nuestro programa económico es nacionalista", proposición formalmente correcta para el momento latinoamericano, Mella respondía con un exabrupto ingenuo que desconocía incluso las diferencias marcadas por Lenin entre el nacionalismo de un país oprimido y el nacionalismo de un país opresor: "También los fascistas son nacionalistas!" "Para hablar concretamente — agregaba — liberación nacional absoluta sólo la obtendrá el proletariado y será por medio de la revolución obrera."¹¹

Se enfrentaban un "pluriclasismo abstracto" con un "clasicismo abstracto" y en el medio de ambos extremos languidecía la posibilidad práctica de alinear en un frente de lucha común al nacionalismo antimperialista y al socialismo, a la pequeña burguesía y a quienes se reclamaban portavoces del proletariado.

Si a principios de la década del veinte América Latina asistió a un despertar en cierto modo conjunto de la clase obrera urbana y de las clases medias: si ese surgimiento trata de ser expresado sintéticamente — aunque de manera ingenua y vanguardista — por el movimiento de la reforma universitaria y por sus proyecciones sociales posteriores, que abren la discusión ideológica acerca de las formas del socialismo y de la revolución continental, hacia finales de la década el proceso de comunicación entre ambos proyectos estaba cortado. La segunda guerra mundial acortaría esas diferencias entre la pequeña burguesía y los partidos comunistas, pero ya no en los términos originales de una alianza contra el imperialismo, sino en los de una promiscua coalición "antifascista" aprobada por los Estados Unidos, para combatir a las nuevas formas de populismo surgidas en América.

Nuestro momento es ahora el período que corre entre 1928 y

¹¹ Julio Antonio Mella, *Ensayos revolucionarios*, La Habana, 1940, pp. 13 y 24.

1930, cuando el aprismo consolidaba su ideología fundada en el liderazgo pequeñoburgués sobre el movimiento revolucionario y proponía el modelo organizativo del Kuomintang como realización del bloque de clases.

La III Internacional, por su parte, intensificaba en ese momento la elaboración de una estrategia para América Latina a través de una discusión cuyo centro se ubica en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana convocada por el Secretariado Sudamericano de la Internacional y reunida en Buenos Aires del 1 al 12 de junio de 1929. Interesa de ese debate por el momento lo que de él surge como precisión de las posiciones asumidas frente al pasaje del aprismo de movimiento frentista a partido policlasista, por José Carlos Mariátegui.

Mariátegui muere en 1930 y dado el enorme prestigio que emanó siempre de su figura el aprismo intentó confundir acerca del carácter de su enfrentamiento con Haya. La confusión ha llegado al extremo de que propagandistas del APRA han elaborado una teoría acerca de los "dos Mariáteguis", cuya manifestación más grotesca es ésta, consignada por un apologista de Haya de la Torre: "Quien quiera analizar la trayectoria ideológica socialista de Mariátegui tendrá que leer cuidadosamente sus escritos de 1923 a 1929 que produjo en estado consciente y plena de uso de todas sus facultades mentales. Lo que apareció con su firma durante los meses que precedieron a su muerte y que parece seguir fielmente las consignas de Moscú debe ponerse en tela de juicio, puesto que o lo escribieron otros o salió de su mente alterada por las intrigas y la presión de aquellos que lo rodearon y precipitaron la rápida deterioración de su salud."¹²

Efectivamente, hasta 1927 Mariátegui actuó con los apristas en momentos que no existía ni el Partido Aprista Peruano ni el partido comunista y en que el APRA era, como vimos, una propuesta de frente común latinoamericano, cuya difusión era mayor entre los círculos de exiliados de México y París que en los países del continente, comenzando por Perú.

En 1926, Mariátegui funda la revista *Amauta*, que tanta influencia habría de adquirir en la difusión y elaboración de proposiciones marxistas para Latinoamérica. La revista cumple una primera etapa ideológica que podríamos definir como expresión del ala izquierda del pensamiento de la reforma universitaria, puesta a prueba en el período de las universidades populares González Prada, de las que fue profesor el propio Mariátegui.

¹² E. Chang Rodríguez, *La literatura política de Martínez Prada, Mariátegui y Haya de la Torre*, México, 1957.

Esta etapa culminará en 1928, con el vaivén de la polémica ideológica entre nacionalismo y socialismo como herederos potenciales de la reforma y Mariátegui tomará entonces decidido partido por la segunda de las alternativas. Clausurando ese ciclo, dirá: "El fin bajo de definición ideológica nos parece cumplido. . . La primera jornada de *Amauta* ha concluido. En la segunda jornada no necesitaba llamarse revista de la nueva generación, de la vanguardia, de las izquierdas. Para ser fiel a la revolución le basta ser una revista socialista."¹³

En la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana Perú está representado por un grupo que en 1928 había fundado una organización ligada a la III Internacional a la cual se le había dado el nombre de partido socialista; Mariátegui era su secretario general.

Por razones de salud no pudo viajar a Buenos Aires pero en la conferencia un delegado peruano da lectura a una ponencia titulada "Punto de vista antimperialista" redactada, según se señala, por Mariátegui.

El documento tiene sumo interés por tratarse, quizá, de uno de los primeros testimonios del encuadramiento antiaprista de Mariátegui, recortado sobre el fondo de la discusión acerca del problema chino en el movimiento comunista internacional. "La divergencia fundamental de los elementos que en el Perú aceptaron en principio el APRA —como un plan de frente único, nunca como partido, ni siquiera como organización en marcha efectiva— y los que fuera del Perú lo definieron como un Kuomintang latinoamericano, consiste en que los primeros permanecen fieles a la concepción económico-social revolucionaria del imperialismo, mientras que los segundos explican así su concepción: 'Somos de izquierda (o socialistas) porque somos antimperialistas'. El antimperialismo resulta así elevado a la categoría de un programa, de una actitud política, de un movimiento que se basta a sí mismo y que conduce, espontáneamente, no sabemos en virtud de qué proceso, al socialismo, a la revolución social. Este concepto lleva a una desorbitada sobrestimación del movimiento antimperialista, a la exageración del mito de la lucha por la segunda independencia, al romanticismo de que estamos viviendo ya las jornadas de la nueva emancipación. De aquí la tendencia a remplazar las ligas antimperialistas por un organismo político. Del APRA concebida inicialmente como frente único se pasa al APRA definida como un Kuomintang latinoamericano."¹⁴

¹³ *Amauta*, 7, p. 2 (1928).

¹⁴ En Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista, *El movimiento revolucionario latinoamericano*, Buenos Aires, 1929, p. 151.

El deslinde con la ideología de Haya de la Torre resultaba, así, neto. Ciertamente que el argumento pagaba tributo a un "izquierdismo" ingenuo: al rechazar el liderazgo pequeñoburgués en la revolución democrática se vetaba, simultáneamente, todo tipo de participación de ese sector social en el movimiento revolucionario latinoamericano, definido como socialista puro. "El antimperialismo —dice Mariátegui en el documento— no constituye ni puede constituir para nosotros por sí solo un programa político, un movimiento de masas apto para la conquista del poder. El antimperialismo, admitido que pudiese movilizar al lado de las masas obreras y campesinas a la burguesía y pequeña burguesía liberales nacionalistas, no anula el antagonismo entre las clases ni suprime su diferencia de intereses."¹⁵

El análisis se completaba con un pronóstico errado, propio de la dureza de la perspectiva elegida: "Actualmente el aprismo, como propaganda, está circunscrito a Centroamérica; en Sudamérica, a consecuencia de la desviación populista, quidillista, pequeñoburguesa que lo definía como el Kuomintang latinoamericano, está en una etapa de liquidación."

Inocultablemente la disputa con el APRA se transformará en la confrontación ideológica principal. "El partido socialista —dice una resolución de la asamblea constitutiva redactada por Mariátegui— es un partido de clase y por consiguiente repudia toda tendencia que signifique fusión con las fuerzas u organismos políticos de las otras clases. Condena como oportunista toda política que plantee la renuncia momentánea del proletariado a su independencia de programa y de acción, que en todo momento deben mantenerse íntegramente; por eso condena y repudia la tendencia del APRA. Considera que el APRA objetivamente no existe: el APRA ha sido un plan, un proyecto, algunas tentativas individuales, pero jamás se ha condensado en una doctrina ni en una organización, mucho menos en un partido. En las condiciones actuales, el APRA constituye una tendencia confusionista y demagógica contra la cual el partido luchará vigorosamente."¹⁶ Sobre estas bases todo acuerdo entre el socialismo revolucionario y el antimperialismo de los primeros herederos de la reforma universitaria resultaba imposible y la historia del movimiento del 18 se bifurcaba en dos caminos antagónicos.

¹⁵ *Ibid.*, p. 152.

¹⁶ R. Martínez de la Torre, *Apuntes para una interpretación marxista de la historia del Perú*, tomo I, Lima, 1947, pp. 209-209.

Hacia 1918 el movimiento socialista era aún —salvo las excepciones de Argentina y Uruguay y, en cierto modo, Chile, México y Brasil— extremadamente débil en América Latina. Las organizaciones más poderosas y de mayor influencia eran las argentinas, país en donde el partido socialista había sido fundado en 1896 y en el cual, al comenzar la década del veinte poseía ya una fuerte representación parlamentaria además del control, compartido con sus rivales anarquistas, de un movimiento sindical bastante desarrollado.

Precisamente en 1918, año de la reforma, una escisión de las juventudes socialistas da origen al Partido Socialista Internacional, el que poco tiempo después acepta las condiciones de ingreso a la III Internacional y participa en su congreso constitutivo. En los otros países de América Latina la difusión de las ideas marxistas era aún tarea de pequeños núcleos de obreros e intelectuales sin que sus formas organizativas alcanzaran nivel partidario.

Este incipiente movimiento apoya con las fuerzas de que dispone al proceso de reformas encarado por los estudiantes primero en Córdoba y luego en las otras ciudades latinoamericanas acercándole en especial la solidaridad de los núcleos obreros que controlaba. La perspectiva ideológica que sostenía esa colaboración era la de la lucha común contra los grupos conservadores o las dictaduras militares que gobernaban cada una de las sociedades latinoamericanas.

No aparece en ese primer momento de vinculación entre las izquierdas y el estudiantado universitario ninguna importancia dada por las primeras en lo que la reforma tenía de movimiento continental: el problema del imperialismo no era, todavía, en los núcleos organizativamente más maduros de la izquierda —caso de la Argentina— una reivindicación central. Por entonces la solidaridad continental contra la expansión yanqui era un tema ideológico manejado más por grupos intelectuales que por los sectores obreros.

Se seguía así con una tradición originada en las versiones locales del socialismo de la II Internacional: el Partido Socialista Argentino —líder de ese tipo de organizaciones en América Latina— no le otorgaba importancia programática al antimperialismo; antes bien lo desdenaba como un problema secundario para la clase trabajadora. La cuestión nacional quedaba sumergida debajo de una

abstracta: "cuestión social" que por añadidura era planteada en términos de puro reformismo parlamentario. Algunos de los intelectuales que dentro del Partido Socialista Argentino intentaron plantear una suerte de "latinoamericanización" de su programa, debieron abandonar sus filas: Alfredo Palacios, que fue expulsado en 1914, para retornar al partido recién en 1930 y Manuel Ugarte que jamás volvió a él. Ambos influyeron decisivamente como hemos señalado en la generación que protagonizó la reforma universitaria.

El partido socialista tuvo frente al movimiento del 18 una actitud ambigua. Por un lado, desde el Parlamento sus líderes tomaron su defensa, pero una vez acalladas sus repercusiones políticas más directas se enfrentaron a ciertas conquistas estudiantiles. Nicolás Repetto, el segundo dirigente del partido, opinaba así: "Alentada y realizada en gran parte por políticos de pésima escuela, la reforma universitaria parece que tendiera a desalojar de los altos institutos de enseñanza los nobles ideales de la docencia para remplazarlos por vulgares apetitos de figuración y predominio personal... Uno de los más graves errores en que incurrieron los autores de la última reforma universitaria consiste, a mi juicio, en haber dado participación a los estudiantes en la elección del decano y consejeros no estudiantiles."¹

Los recientes grupos comunistas mantuvieron otra actitud. Todo el ciclo inicial de la reforma, el que coincide con su apogeo entre 1918 y 1923 revela a una izquierda revolucionaria que acompaña con simpatía al movimiento estudiantil y que trata de articular acciones comunes de trabajadores y universitarios sea para la satisfacción de reivindicaciones particulares o para el logro de medidas de tipo democrático general.

En el interior del movimiento universitario mismo los militantes marxistas, muy escasos por entonces, no buscarán diferenciarse todavía del radicalismo pequeñoburgués que le da tono ideológico al proceso.

Será recién después de 1923, cuando la reforma busca su politización y aparecen teorías como las de la "nueva generación" que la izquierda comienza su tarea de deslinde y crítica ideológica. Mientras la reforma era un movimiento de masas con contenido democrático, sus relaciones con una izquierda, por añadidura débil e incapaz de liderarlo, no eran de tipo conflictivo sino complementario. Pero cuando la reforma comenzó a madurar como una tentativa política de más vastos alcances que los de la lucha universitaria, cuando

¹ Nicolás Repetto, *Los orígenes de la reforma universitaria*. Buenos Aires, 1926, p. 17.

se reveló como el marco más adecuado para generar una experiencia política en la que se expresara el nacionalismo de la pequeña burguesía, la polémica ideológica estalló.

En países como la Argentina, en los que una mayor complejidad de la estructura social permitía un mayor grado de sofisticación ideológica, la diferenciación entre marxistas y reformistas universitarios se produce rápidamente.

En 1920 se organiza el primer núcleo estudiantil marxista integrado por militantes en el movimiento de la reforma: su nombre es *Insurrexit* y desaparecerá tras una breve vida para reaparecer luego en la década del 30.

En esos años aparecen los primeros análisis políticos y teóricos del movimiento reformista elaborados desde la perspectiva del marxismo. La argumentación utilizada en ellos pasa por dos ejes.

Uno, el de la crítica a las teorías "vanguardistas" acerca del papel de la lucha generacional en los cambios sociales; otro, el de los supuestos económico-sociales de la reforma. "El problema del divorcio de dos generaciones, repetidas veces planteado en nuestro ambiente, es un problema que no es tal o que, por lo menos, no debiera serlo." "Lo que distingue a ciertos grupos de vanguardia del movimiento estudiantil actual de ciertos grupos de la denominada vieja generación es únicamente una posición ideológico-política, vinculada estrechamente al desarrollo económico y social."²

En 1925, un dirigente de *Insurrexit*, Mariano Hurtado de Mendoza, escribe un artículo destinado a analizar desde posiciones que se reclaman marxistas el carácter económico-social de la reforma universitaria. Sería un error —dice— juzgarla solamente en su faz pedagógica o aun como "resultado exclusivo de una corriente de ideas nuevas provocadas por la gran guerra y por la revolución rusa o como la obra de la nueva generación que aparece y llega desvinculada de la anterior, que trae sensibilidad distinta e ideales propios y una misión diversa para cumplir".³

Para Hurtado de Mendoza, "el movimiento estudiantil comenzado el 18 aunque aparezca como fenómeno ideológico, no es más que el resultado de los cambios profundos en la subestructura económica de la sociedad argentina en el último período de cincuenta años".

Así considerada —agrega— "fácilmente se explica la afinidad entre

² Héctor Raurich, "La doctrina de las generaciones", en *Revista Jurídica y de Ciencias Sociales*, Buenos Aires, junio/octubre de 1926, p. 157.

³ Mariano Hurtado de Mendoza, "Carácter económico y social de la reforma universitaria", véase testimonio de la p. 358.

estudiantes y proletarios; ambos luchan por intereses económicos y de clase, aunque con una diferencia fundamental: mientras los primeros no tienen conciencia de ello, los segundos la tienen y perfecta".

Ese interés de clase que subyacería —según el autor— en la reforma, no es más que "la proletarización de la clase media", que tendría lugar entonces en la sociedad argentina. "La población de nuestras universidades está formada exclusivamente por individuos de la clase media; sus medios económicos, únicos habilitantes para entrar y permanecer en la universidad, van poco a poco desapareciendo en virtud del fenómeno antes citado y se borra así la perspectiva del título salvador que abrirá las puertas del paraíso burgués. El estudiante debe recibirse o de lo contrario caerá en el abismo sin fondo del proletariado. No hay términos medios. De esta manera la universidad aparece al estudiante como un baluarte de privilegio y arremete contra ella, tratando de derribarla, ensayando nuevos estatutos y programas."

Ciertamente la interpretación peca de ingenuidad extremista, como el conjunto de las argumentaciones sobre el tema productos de la izquierda de entonces. Queda como válida, sin embargo, su intención de aportar una interpretación estructural del fenómeno, en contra de las versiones más o menos idealizadas acerca de la misión histórica de una "nueva sensibilidad" aportada por la "joven generación". Pero si la vinculación entre el movimiento reformista y las clases medias parece bien fundada, no lo es tan la caracterización del proceso sufrido por éstas —en el caso argentino, que es el utilizado como ejemplo— como de "proletarización", sino todo lo contrario, de expansión, de crecimiento de búsqueda de hegemonía en la lucha contra las élites conservadoras.

Otro dirigente del *Insurrexit* y ya entonces figura importante del partido comunista, Paulino González Alberdi, especificaría mejor, en 1928, esta caracterización pero agregándole al juicio un matiz peyorativo, explicable porque en ese momento se encendía la polémica contra el aprismo: "El movimiento de la reforma universitaria significa [...] la expresión del descontento en un momento dado, de una clase social: la pequeña burguesía. Revolucionarismo en las palabras, conservadorismo o indecisión en los hechos es la característica más notable que el espíritu pequeñoburgués ha impreso a nuestra juventud reformista."⁴

Para González Alberdi es el crecimiento de la pequeña burguesía, manifestado en una renovación de la clientela universitaria y en

⁴ Paulino González Alberdi, "Interpretación de la reforma universitaria", véase testimonio de la p. 384.

el triunfo electoral del partido radical, la causa fundamental de la reforma ayudada por los ecos de la guerra y la revolución rusa, que le otorgan al movimiento "una ideología vaga y jacobinista". Pero si en la Argentina el reformismo universitario tiende a transformarse poco a poco en una fuerza conciliadora, dado que sus reivindicaciones coinciden básicamente con el programa del oficialismo y que además, la acción del imperialismo es para la pequeña burguesía menos visible, en otros países latinoamericanos el eco social obtenido es más intenso. "Allí —dice— la presión sobre los trabajadores y la pequeña burguesía es intensa. De ahí que se hiciera [de la reforma universitaria] inmediatamente un movimiento de propaganda contra el imperialismo y los gobiernos nacionales, cosa que no había ocurrido en nuestro país."

Si para el caso argentino la izquierda criticaba de la reforma sus limitaciones pequeñoburguesas en tanto ellas moderaban los alcances de la lucha estudiantil, para el caso latinoamericano —y el pensamiento se dirigía sobre todo al Perú— la crítica era otra e iba más lejos: a la competencia entre el proletariado y las capas medias por el liderazgo del proceso revolucionario. "Los dirigentes del movimiento reformista, que han dado en llamarse nueva generación americana, pretenden hoy transformarse en directores del movimiento revolucionario americano con gran peligro del proletariado que debe hacer la revolución y no ir a remolque de ningún movimiento pequeñoburgués."

Haya de la Torre respondió al artículo de González Alberdi. El nudo central de la réplica es la "estrechez nacional" del enfoque propuesto por el dirigente de *Insurrexit* y del partido comunista argentino, al querer proyectar para toda América los datos de su país. "La reforma universitaria —dice Haya— nace en la Argentina pero tiene un carácter legítimamente americano. Países en donde los aumentos de población no se han producido tan rápidamente como en la Argentina, donde la inmigración es elemental, donde el yrigoyenismo no puede abarcar su resonancia, han sido también campos de lucha, centros de acción y baluartes de conquista del movimiento. Países donde la clase de los pequeños agricultores situada entre los latifundistas y los trabajadores agrícolas no aparece tan vigorosa como en la Argentina ni donde existen centros industriales y poblaciones tan densas con relación al resto del área nacional como Buenos Aires y Rosario sintieron profundamente la conmoción reformista."⁵

⁵ Víctor Raúl Haya de la Torre, "La reforma universitaria", véase testimonio de la p. 225.

El punto de vista de Haya nos introduce de nuevo en el corazón vivo de la polémica, al acusar a la versión comunista como "estrechamente nacional".

Para los países latinoamericanos el movimiento reformista del 18 significaba —según el aprismo— algo mucho más profundo que una mera movilización de clases medias: era una suerte de prefacio para la revolución continental que debería manifestarse con formas y contenidos distintos a los que podía imaginar el pensamiento europeizante. Y el análisis efectuado por un marxismo que invocaba los títulos de la ortodoxia, como el realizado por González Alberdi en la Argentina, por Mella en Cuba y aun por Mariátegui en Perú, caía, según Haya, en un esquematismo que distorsionaba la posibilidad de una explicación americana.

Los desencuentros entre los jóvenes partidos comunistas y el movimiento estudiantil reformista se revelaban en dos situaciones distintas pero complementarias.

En países como la Argentina en donde hacia la mitad de la década del veinte el poder político se mantenía aún en manos de sectores liberales de la pequeña burguesía y la presencia del imperialismo no adquiría la presencia manifiesta de otros países del continente, el peligro mayor que acechaba al movimiento reformista, de acuerdo con la opinión comunista, era el de burocratización que lo mantendría simplemente como un intento recluso en el interior de sí mismo, capaz de autosatisfacerse mediante la obtención de algunas ventajas académicas, sin buscar una vinculación más o menos orgánica con las luchas obreras.

Para otros países, de los que el Perú sería un buen ejemplo, la crítica comunista no podía destacar la falta de proyección social de la reforma, sino el contenido que adquiría la politización.

En un primer caso se trataba de estimular la solidaridad que teóricamente podía postularse entre proletariado y pequeña burguesía, reconociendo el alcance democrático de las reivindicaciones estudiantiles, pero criticando paralelamente sus limitaciones no socialistas.

En el otro, el entredicho alcanzaba el plano de un conflicto político mucho más decisivo: la lucha por la hegemonía de la revolución democrática y la discusión sobre el contenido mismo de esa revolución. No por azar Haya de la Torre se proclamaba discípulo del Kuomintang en momentos en que la polémica sobre la revolución china era central en las filas de la III Internacional.

Es pues en este segundo plano, demarcado no por la falta de politización de la reforma sino por los contenidos programáticos de

esa politización; que se desarrollará el hilo argumental con que izquierdas deslindarán su posición frente a las proyecciones del movimiento del 18 encarnadas mejor que nadie entonces por Haya la Torre. Y esta discusión, de una manera u otra, reaparecerá posteriormente como un enfrentamiento clásico entre los partidos comunistas y las tentativas pluriclasistas por constituir movimientos nacionales de tipo populista como lo fueron, tras el impulso inicial del aprismo, el varguismo en el Brasil, el peronismo en la Argentina o el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) en Bolivia.

La discusión abierta por la izquierda hacia fines de la década de veinte era pues una discusión sobre estrategias globales y la reforma pasaba a ser en ella un capítulo más —el de mayor importancia por su directo significado ideológico— de una caracterización de la realidad para la que resultaba decisivo diferenciar el punto de vista socialista del punto de vista nacionalista o populista de las clases medias.

El punto de vista socialista sobre los problemas de la revolución en el continente se reflejó en la ya citada reunión de partidos comunistas latinoamericanos convocada por la Comintern en 1929.

El objetivo de la misma era culminar el ajuste teórico y organizativo de los jóvenes partidos comunistas de acuerdo con las tesis del VI Congreso de la Internacional. A la misma concurren delegaciones de Argentina, Brasil, Bolivia, Colombia, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, México, Panamá, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela y los informes centrales fueron pronunciados por Victorio Codovilla —como miembro del secretariado sudamericano de la IC y por Umberto Droz, escudado tras el seudónimo de "Luis" por la dirección de la Comintern.

El marco de los informes, referidos a la estrategia de los partidos comunistas para Latinoamérica, estaba constituido por las elaboraciones del VI Congreso de la IC acerca del llamado "tercer período" del desarrollo capitalista, caracterizado como de agudización de la lucha de clases y de polarización de los conflictos sociales. La aplicación a Latinoamérica de esta conceptualización llevaba a formulaciones según las cuales exclusivamente el proletariado y el campesinado debían participar del proceso revolucionario, descartando virtualmente del bloque popular a todos los otros grupos sociales.

El enfrentamiento —señala uno de los informes centrales— ha de darse entre "las masas obreras y campesinas" contra la burguesía nacional y el imperialismo". Así, la tarea ideológica central de los partidos comunistas era fijada como de "lucha contra la burguesía y la social-democracia identificada con la misma" en tanto

concluía— "en todos los países de la América Latina la pequeña burguesía, salvo las capas pauperizadas o en vías de pauperización a causa de la penetración imperialista, y la burguesía industrial naciente están ligadas directamente a los intereses imperialistas".⁶

El informe de Droz insiste sobre los mismos puntos. En el momento en que los partidos comunistas latinoamericanos intentaban su proceso de "bolchevización" para lograr autonomía frente a las otras organizaciones que se proclamaban antimperialistas, las actitudes políticas de la pequeña burguesía, en expansión tras la prueba de la reforma universitaria, aparecerán en el horizonte ideológico de la IC como una amenaza para un proceso hegemónico de las luchas populares.

"Trátase —dice Droz refiriéndose al peso de la movilización de la clase media— de estudiantes y jóvenes intelectuales que no han ligado todavía sus intereses a la explotación colonial de los países latinoamericanos. Porque el proletariado es joven, desorganizado y no tiene todavía una ideología, ni una conciencia, ni una organización de clase propia y porque la burguesía nacional es relativamente débil, parasitaria, sin un programa atrevido de desarrollo capitalista independiente, la pequeña burguesía desempeña un papel político e ideológico desproporcionado con su importancia económica y social."⁷

La interpretación no era incorrecta en sus orientaciones generales. Pero sí lo eran las conclusiones políticas que se sacaban de ella. Todas las críticas que pudieran hacerse a las vacilaciones de aquellos a quienes Droz califica como los "ideólogos liberales, humanitarios, socializantes" o incluso a su pretensión de liderazgo sobre los movimientos sociales no aparecen como razón suficiente para considerarlos, en bloque, como el enemigo ideológico principal, salvo que detrás de esa interpretación se halle otra acerca del carácter reaccionario de la pequeña burguesía en su conjunto dada la situación agónica en que se encontraría entonces el capitalismo. Y ésa era, efectivamente, la caracterización propuesta por la Internacional hasta que el ascenso del nazismo en Europa promoviera la búsqueda de nuevas alianzas a mediados de la década del treinta.

Pero en 1929 la orientación se mantenía en los límites trazados por la estricta ortodoxia izquierdista. Así, un movimiento claramente democrático y nacional como la reforma era desechado de manera brutal por "Ghitor" (el dirigente argentino Orestes Ghioldi) quien

⁶ *El movimiento revolucionario latinoamericano*, ed. cit., p. 32.

⁷ *Ibid.*, p. 84.

habló en la reunión en nombre del secretariado sudamericano de la Internacional Juvenil Comunista.

"Al hablar de los movimientos enemigos —dice— debemos reservar un capítulo especial al movimiento de la juventud pequeña burguesa e intelectual [sic]. Su expresión máxima es el llamado movimiento de la reforma universitaria surgido en Córdoba (Argentina) en el año 1918 y que rápidamente se extendió por toda Latinoamérica, ejerciendo por momentos marcada influencia en los movimientos sociales."

El informe del secretariado juvenil considera que en 1929 vivía un "período degenerativo" de la reforma, atribuible a su "ideología confusa en que predominan los elementos de los ideólogos burgueses". La crítica contra los principios reformistas es despiadada y llega hasta los propios documentos primitivos del movimiento, aun a las declaraciones emanadas del Congreso Interamericano de México de 1921, a las que se califica genéricamente como "pro-insustancial".

En cuanto al problema del antimperialismo, central en la discusión, la polémica contra la reforma alcanza su nivel más alto. "Ante el problema del imperialismo —dice el informante— adoptan posiciones no menos estudiadas, a pesar de pretender monopolizar la acción antimperialista."

La crítica comienza con José Ingenieros, "uno de los pontífices máximos de la reforma en América Latina", pero inmediatamente prolonga al "ya en tanto" la ideología antimperialista de la reforma aparece mejor definida en los documentos del APRA, esa "hipótesis organizadora" fundada por Haya de la Torre.

Las objeciones, ciertamente, resultaban de una apabullante antigüedad izquierdista muy anterior no ya al texto citado de Mariátegui, leído en la misma asamblea, sino al propio folleto de Meléndez Comentando un manifiesto del APRA relativo a la invasión yanqui a Nicaragua, en 1926, que decía: "Un frente único de los pueblos necesario; el imperialismo yanqui es el enemigo del mundo", el autor lanza su artillería: "En primer lugar, el vocablo pueblo es muy amplio: las burguesías nacionales, parte integrante de los pueblos, son los agentes del imperialismo en el interior del país."

Hacia fines de la década del veinte el camino del movimiento antimperialista derivado de la reforma y el del movimiento comunista latinoamericano se desencontraban, sin que una síntesis superior tratara de armar la posibilidad de coincidencia entre los grupos

⁸ *Ibid.*, p. 345.

nacionalistas surgidos con posterioridad al 18 y los núcleos marxistas.

Al iniciarse la década del treinta la hostilidad se agudizaría, pese a que el recrudecimiento de la opresión imperialista internamente manifestada en la sucesión de golpes militares que se apoderan del poder en distintos países lleva a los partidos comunistas, a las organizaciones nacionalistas y populistas y al movimiento universitario a una ilegalidad compartida.

La hostilidad del comunismo frente a la reforma no decrecerá hasta que un viraje en la política de la III Internacional, expresado en su VII Congreso, disponga la consigna de unidad con los sectores liberales de clase media para la formación de frentes populares.

Hacia 1934, uno de los principales dirigentes del grupo argentino *Insurrexit*, reconstruido en 1931, trazaba una *Crítica de la reforma universitaria* a través de una serie de artículos agrupados bajo esa denominación. Ellos expresaban todavía la línea marcada en 1929 que se mantenía sin modificaciones como parte de una línea global que convocaba a la formación de soviets de obreros, soldados y campesinos.

Para el autor, "1930 señala la presencia de un segundo ciclo, de un segundo momento crítico en que será puesto a prueba el sistema reformista". La similitud entre el período inicial de la reforma —ubicado entre 1918 y 1923— y el abierto en 1930 radicaba en que en ambos casos la movilización estudiantil había adquirido una "combatividad exaltada".

Ahí terminaban las analogías pues las diferencias situacionales obligaban a replanteos de esa misma combatividad. Hacia 1918 "la clase obrera argentina carecía del partido de vanguardia"; en 1930 "existía un partido comunista organizado, con un programa preciso". Esa situación, así como el momento particular de desarrollo del capitalismo en 1918 "cuando sus posibilidades de restablecimiento económico eran aún positivas" y en 1930 en medio de la "crisis general del sistema", era la que marcaba las nuevas tareas para el movimiento popular.

Hacia 1932 se realiza en la Argentina el Segundo Congreso Universitario, un intento de los dirigentes reformistas por replantear los contenidos del movimiento del 18 de acuerdo con la nueva realidad política y social: de "revisar —dice la convocatoria— la teoría y la práctica del movimiento reformista de la juventud desde su iniciación".

⁹ Héctor P. Agosti, "Nueva época de la reforma universitaria", en *Cursos y Conferencias*, 8; pp. 797-817 (1934).

Para los críticos de *Insurrexit* esto no era suficiente: las resoluciones del congreso "revelan la más grande confusión, las más notables inseguridades". "Su única función consiste en corroborar la especie de izquierdismo, una adaptación de la reforma a un lenguaje de izquierda urgido por el momento."¹⁰

Treinta años después, la visión que los propios comunistas tenían sobre ese congreso era radicalmente distinta: "Fue —dice un comentarista de esa orientación— el primer gran intento después del 18 por definir la misión de la universidad y su contenido social. Indagó en todos los aspectos de la restructuración pedagógica y de reforma educacional con un proyecto de ley universitaria, se hizo eco de los hechos políticos más importantes de la época, declarándose contra el imperialismo y la guerra y por la paz en América, contra la influencia clerical en los asuntos públicos, contra la reacción fascista, condenando a sus bandas de choque."¹¹

Esta revaloración por parte de la izquierda de los alcances democráticos de la lucha reformista no necesitó esperar tantos años. Si entre 1918 y 1923 la izquierda acompañó a la reforma; si entre 1925 y mediados de la década del treinta la rechazó agresivamente como enemiga en una lucha hegemónica, a partir de 1935 la orientación tornó a cambiar.

Del mismo modo que las críticas más violentas habían estado inspiradas por las interpretaciones del Comintern acerca del "tercer período" del capitalismo, la revaluación se orientó a partir del vital proclamado en el VII Congreso de la ic, en el que se lanza la consigna de los frentes populares como instrumento institucional para poner en marcha una alianza antifascista que debía incluir a los enemigos de ayer.

En abril de 1935 el periódico de *Insurrexit* publica un artículo de Jorge Dimitrov en el que se señala: "En la época imperialista sólo ha podido observarse tendencias revolucionarias importantes entre los estudiantes de los países coloniales y semicoloniales y en las naciones oprimidas."

Sobre la base de esta reinterpretación del papel de los estudiantes como importantes elementos en la lucha democrática, la reforma universitaria alcanza para la izquierda una nueva dimensión. *Insurrexit* es disuelto y en 1938, celebrando el 20 aniversario del movimiento de Córdoba, el mismo escritor comunista que en 1934 había vituperado la "indigencia desesperante" del pensamiento reformista

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Bernardo Kleiner, *Veinte años de movimiento estudiantil reformista*, Buenos Aires, 1964, p. 23.

señalado su "esencia contrarrevolucionaria", opina: "Veinte años de reforma universitaria prueban su permanente vitalidad, la imposibilidad de considerarla como un hecho terminado, con una fisonomía, un cuerpo teórico y un repertorio de soluciones para los diferentes problemas que la vida plantea de continuo." La razón del cambio de enfoque está dada por el ascenso del fascismo, por la necesidad de intervenir activamente "en esa querrela internacional entre la democracia y el fascismo". Y por la convicción de que "el movimiento reformista puede participar en esa empresa".¹²

A partir de ese momento, en los años duros de la guerra civil española y de la segunda conflagración, se abrió una tercera etapa en la historia de las relaciones entre la izquierda y el movimiento estudiantil reformista. El sectarismo quedaba atrás y daba paso a la colaboración, al entendimiento.

En el período del enfrentamiento más activo pueden desglosarse dos capítulos, dos aspectos del discurso crítico elaborado por la izquierda.

El primero se refiere a la reforma y en general a la lucha estudiantil, entendida como expresión de lucha democrática en la que se embarcaban sectores de clases medias. Así entendido el movimiento, las críticas sectarias lanzadas por la izquierda exigiéndole que superara sus "limitaciones" y se transformara en apéndice del movimiento socialista resultaban desafortunadas e incluso contradictorias con el pensamiento de Lenin. Éste, en 1908, criticando a quienes desde la izquierda se pronunciaban contra la mera lucha reivindicativa de los estudiantes, decía: "Este razonamiento es profundamente erróneo. La consigna revolucionaria —hay que tender a coordinar la acción política de los estudiantes con el proletariado, etc.— se transforma en este caso, de guía viva para una agitación cada vez más amplia, múltiple y combativa, en un dogma muerto que se aplica mecánicamente a etapas distintas de formas diferentes del movimiento. No basta proclamar la acción política coordinada repitiendo la 'última palabra' de las enseñanzas de la revolución. Hay que saber hacer agitación en favor de la acción política, aprovechando para esa agitación todas las posibilidades, todas las condiciones y ante todo y sobre todo, cualquier conflicto de masa de unos u otros elementos avanzados contra la autocracia."¹³ La frase parece pensada para refutar las posiciones que el movimiento comunista latinoamericano asumió respecto a la reforma universitaria entre 1925 y 1935.

¹² Héctor P. Agosti, "Veinte años de reforma universitaria", véase testimonio de l. p. 436.

¹³ *Obras Completas*, tomo xv, Buenos Aires, 1959, p. 9.

El otro plano en que puede ser categorizado el movimiento estudiantil es si lo entendemos como una forma de pasaje hacia la autonomía política de la pequeña burguesía que, a través de sus voces más dinámicas, aspira a sustituir al proletariado como líder de la lucha nacional y democrática.

Aquí el conflicto se plantea como enfrentamiento entre posiciones de tipo Kuomintang frente a otras que se inspiran en el socialismo. En este sentido, las críticas emitidas, pese a su dureza programática, pudieron cumplir un papel ideológico significativo contra el mismo movimiento larvado en las teorías "generacionales" o más sistematizadas en la concepción del aprismo.

Pero en una medida importante esa posición, teóricamente correcta, perdía su eficacia por la carencia de una suficiente elaboración nacional (o latinoamericana) de la problemática elaborada por el movimiento comunista internacional. La fuerza del aprismo consistía precisamente en lo opuesto: en la intención de buscar un lenguaje propio para la dilucidación de una estrategia de la revolución continental, aun cuando lo hiciera en medio de una subestimación del programa socialista.

La actitud de las izquierdas frente a los fenómenos nacionalistas o populistas en la América Latina será permanentemente de enfrentamiento, pese a las correcciones que la táctica de los frentes populares impuso al duro sectarismo de las primeras horas. Cuando el antifascismo tornó a la pequeña burguesía latinoamericana en "aliado democrática", otras formas de populismo surgían en el continente. Frente a ellas —producto de la crisis, de la industrialización posterior y del crecimiento del proletariado— las izquierdas se ubicaron en una actitud de cerrada oposición. Pero entonces fueron acompañadas por el movimiento universitario, por los hijos de la reforma

Fue a comienzos de la década del sesenta que la teoría que atribuía a la insurgencia juvenil el carácter de motor de los cambios revolucionarios, recuperó su vigencia. Uno de los heraldos de esta restauración, C. Wright Mills mencionaba los ejemplos de las luchas estudiantiles en Corea y Turquía como una prueba provisoria de su hipótesis. Al lado de estas situaciones se alzaba otra, que el sociólogo norteamericano también mencionaba y que era, notoriamente, la más abrumadora: Cuba y su triunfante revolución de guerrilleros.

En efecto, no hay ejemplo más restallante de una revolución de jóvenes que el cubano. Y no sólo de jóvenes genéricamente, sino de jóvenes universitarios que, en la mejor tradición de los sueños del 18, logran derrocar a una poderosa oligarquía política y poner en marcha un proceso de transformaciones sociales. Las proyecciones ideales de la reforma universitaria, las ilusiones soñadas desde el Manifiesto de Córdoba encontraban en la isla del Caribe su realización histórica.

Y dentro de esta revalorización de toda empresa revolucionaria como empresa juvenil, como obra de intelectuales al margen de las rígidas estructuras políticas, Sartre, visitante en Cuba en 1960, daba un paso más en el razonamiento. No se trataba solamente de un cambio en los agentes históricos de la revolución, tal cual lo había supuesto Mills; se trataba asimismo de relegar a un segundo plano el papel de las ideologías, o quizá mejor su eficacia como prerrequisito de los cambios: de alguna forma la revolución sería una práctica que gesta sus ideas en la acción, a través del rechazo que sus propias medidas provoca en los enemigos. Del rechazo surge la respuesta y cada nueva respuesta es un paso a la radicalización.

Una versión más ortodoxa —la de Paul Baran— intentaba dar otra respuesta al problema. "Lo que en verdad se plantea —dice— no es tanto el hecho de si los intelectuales han tomado parte en los movimientos sociales o si han aportado, a menudo, importantes contribuciones a éstos. El problema más bien consiste en averiguar en qué circunstancias históricas los intelectuales forman parte de estos movimientos; bajo qué condiciones son capaces de afectar el curso de los acontecimientos en una forma determinada y qué fuerzas determinan el papel específico que desempeñan." Y concluía:

"Ninguna de esas teorías explica por lo menos el hecho de que ciertos países y en ciertas épocas algunos intelectuales se convierten en líderes eficientes de los movimientos populares mientras que en otras naciones y épocas se encuentran totalmente frustrados y se convierten en partidarios activos o pasivos del *statu quo*."

Es posible aceptar sin retaceos la conclusión que, efectivamente, la revolución cubana puede ser históricamente vinculada con los movimientos juveniles que marcaron durante más de medio siglo las horas significativas de la política de ese país, desde Martí y Mella y desde éste al propio Fidel. No hay seguramente en todo el continente una sucesión tan acabada de movilizaciones juveniles como la que proporciona la historia cubana. Y no hay tampoco otro escenario en el que esas movilizaciones se hayan transformado como en Cuba, en episodios políticos de significación decisiva para el resto del país.

Pero esa misma particularidad del desarrollo político cubano puede volverse contra su utilización como ejemplo universal de "rebelión juvenil". Así, el papel que la juventud universitaria tuvo en la caída de Batista y en la posterior consolidación de un grupo político que produjo transformaciones radicales en la estructura social debería ligarse, según la recomendación sensata de Baran, con el análisis de la sociedad cubana, para tratar de ubicar el discurso en un plano que no abstraiga el papel central de las clases en la dinámica histórica.

Cuba es el último país latinoamericano que se libera del colonialismo español: recién lo hace en 1898. Este hecho, que en principio sólo parece ilustrar un retraso en iniciar un proceso similar al de las demás naciones del continente, alcanzará sin embargo una enorme repercusión para la historia interna de sus grupos dirigentes, para el examen de sus fuentes ideales, para la legitimación en surgen ideologías modernas pueden encontrar en las propias tradiciones los "padres de la nacionalidad".

Si las revoluciones de independencia de principios del siglo XIX se hicieron en América Latina con el justificativo ideológico proporcionado por el liberalismo europeo de fines del XVIII, el movimiento cubano, posterior en seis o siete décadas, se nutre ya de una constelación ideológica más compleja. Martí conocía el pensamiento de Marx y si bien no era obviamente un marxista, trabajó por la liberación del yugo español junto con los incipientes grupos soci-

¹ Paul Baran, *Reflexiones sobre la revolución cubana*, Buenos Aires, 1964, p. 23.

listas. Uno de los amigos políticos de Martí era Carlos Baliño que a mediados de la década del veinte, poco antes de morir, formó parte del primer grupo dirigente del Partido Comunista de Cuba. La guerra contra España, además, significó de inmediato el avizoramiento de un enemigo aún más poderoso: los Estados Unidos. Las energías independentistas movilizadas contra los españoles por los grupos más radicales de la pequeña burguesía se volvieron de inmediato contra los norteamericanos y así, la lucha contemporánea por la liberación antimperialista se vinculó estrechamente, como capítulo de un mismo ciclo, con la tradición de la nacionalidad. Hacia los años cincuenta un programa martiano era un programa revolucionario para Cuba, aun tomado literalmente. No podía decirse lo mismo en relación con sus héroes nacionales en otros países de América, en los que la distancia temporal que separaba las luchas presentes de las de los orígenes obligaban a una reelaboración de perspectivas y a una redefinición de agentes sociales, por más que, retóricamente, se buscara siempre una vinculación con las viejas tradiciones populares y revolucionarias del momento de la lucha antiespañola.

La tradición martiana acoge, colateralmente, a los orígenes de la tradición marxista. El citado Baliño participó en 1892 en la fundación, con José Martí, del Partido Revolucionario Cubano y en 1905 creó el Partido Obrero Socialista, solidario con la Internacional y encuadrado en el marxismo. Y esas dos vertientes, el nacionalismo revolucionario y el socialismo habrán de confluir en la década del veinte alrededor del movimiento de la reforma universitaria, verdadera puerta de entrada para una redefinición de las luchas ideológicas y políticas en Cuba.

Ya hemos visto que la tradición reformista en Cuba incluye, junto con la del Perú, una inmediata preocupación por ensanchar y proyectar al movimiento estudiantil en medida mucho más concreta que lo planteado en la Argentina, en donde la extensión de la reforma hacia otros sectores sociales encontró muchos obstáculos, derivados de una estructura social y política más compleja.

Las universidades populares José Martí organizadas por la federación de estudiantes fueron el instrumento básico de esa apertura y las mismas tuvieron desde el primer momento una tendencia a la radicalización social de sus postulados más notoria aún que sus similares del Perú. "Debe hacerse que la Universidad sirva a la sociedad", escribía Mella en 1922. Y agregaba: "Cada estudiante, como cada profesor, es propietario de una cierta riqueza de conocimientos. Si solamente la utiliza en su propio provecho es un egoísta, un in-

dividualista imbuido del criterio del burgués explotador. Descontando la pequeña cantidad de estudiantes que trabajan para ganarse el sustento, la inmensa mayoría son células muertas en la vida económica de la nación: no producen y consumen. Indudablemente, alguien, socialmente hablando, tiene que producir lo que ellos producen y consumen. Las masas populares ven hoy, con bastante justicia, a los cuerpos docentes como unos órganos más de explotación. Debe justificarse con hechos que la universidad es un organismo social de utilidad colectiva y no una fábrica donde vamos a buscar la riqueza privada con el título.² Ésa era la filosofía que estaba detrás de las universidades populares puestas en marcha por los reformistas cubanos que a mediados de la década del veinte opinaban que los objetivos políticos de su movimiento debían ser: "la socialización de la cultura, la incorporación de la universidad como factor de orientación ideológica a la vida política del país, la vinculación con el proletariado y la organización de un frente de batalla contra las oligarquías y el imperialismo".³

A primera vista las diferencias con la actitud de otros grupos estudiantiles, especialmente de los peruanos, no parecen muy grandes. Sin embargo, dentro del movimiento universitario cubano en la hora primera de la reforma se desarrollaron tendencias y perspectivas radicalizadas que adquirirían influencia decisiva en la historia posterior del país. Si el líder de los universitarios peruanos fundará como prolongación de la reforma al APRA, modelado en las orientaciones de Kuomintang, el máximo dirigente de los estudiantes cubanos, Julio Antonio Mella, fundará el partido comunista. Si en el Perú la influencia de la reforma la recogerá en primer lugar el APRA y sólo parcialmente el comunismo a través de Mariátegui, en Cuba esa relación en un principio se invierte: cierto es que del movimiento reformista surgirán fuertes tendencias del nacionalismo de clase media, cuyo peso político en los sucesos posteriores a 1930 fue enorme pero organizacionalmente el fruto más importante de la reforma es el partido comunista cubano, nucleado alrededor de la figura de Mella y fundado casi simultáneamente con la Confederación Nacional Obrera de Cuba. Esta influencia perderá parcialmente fuerza en los años posteriores a la crisis mundial en tanto los comunistas cubanos no se escaparon del rígido moldeamiento proporcionado por el stalinismo que tanto perjudicó a la expansión del comunismo en Latinoamérica, pero de todas formas en cada encru-

² Julio Antonio Mella, "Tres aspectos de la reforma universitaria", *veces*, testimonio de la p. 393.

³ En Del Mazo, *op. cit.*, tomo III, p. 164.

cijada política importante los grupos marxistas tuvieron una participación destacada.

Y fue la reforma universitaria el catalizador que operó la posibilidad de concretar una vanguardia política en la que confluyeron no sólo un grupo de universitarios sino también los herederos de los viejos clubes marxistas ligados con el sindicalismo —Baliño era obrero del tabaco— y los voceros de un movimiento de renovación cultural: Rubén Martínez Villena, inspirador de los escritores que constituyeron entonces el llamado "grupo de los trece" y Juan Marinello, que será director de la más importante revista literaria de Cuba: la *Revista de Avance*.

Lo que interesa destacar es este peso precoz que el socialismo adquiere en la historia cubana: acompañando desde el origen a la lucha independentista, estructurando el gremialismo universitario, influyendo decisivamente en la organización obrera y en la actividad cultural, la inserción del marxismo en la problemática general del país acumulará sus efectos en el proceso revolucionario liderado por Castro, a través de una alianza con la herencia más avanzada del nacionalismo martiano.

La reforma universitaria en Cuba sigue un proceso similar al de otros países, pero logrará en 1933 una victoria política que, aunque efímera, dará cuenta del peso que en esa sociedad adquiere el gremialismo universitario. En un principio los estudiantes que en 1923 crearon la federación universitaria obtienen las mejoras académicas solicitadas, amparados por el gobierno liberal de Zayas. Al culminar el mandato de éste en 1925 se abre una época de represión bajo el gobierno de Gerardo Machado que suprime las conquistas reformistas, clausura la universidad y persigue sangrientamente al movimiento popular. Sicarios de Machado asesinan a Mella en México.

Las reivindicaciones democráticas de la lucha antidictatorial se suman a las nacionales de la lucha antianqui —centradas en el objetivo de la anulación de la Enmienda Platt, un apéndice constitucional que protocolizaba la sumisión política a Norteamérica— y sacuden en esos años a las clases medias cubanas. La crisis del 30 radicaliza aún más a la pequeña burguesa. En 1927, al sancionar Machado una ley que le permitía mantenerse 10 años en el poder, los estudiantes crean el primer Directorio Estudiantil Universitario, inaugurando una forma de expresión política autónoma de los estudiantes, que luego irá adquiriendo gran importancia, en las sucesivas crisis, ya sea en 1933 o en 1959.

En 1930 algunos de los miembros del directorio estudiantil eran Raúl Roa, Carlos Prío Socarrás, Manuel Varona. En 1933 ya la

situación para Machado se había transformado en insostenible. Uno de los pilares de la resistencia era la organización universitaria. Los sucesos de ese año darán un buen ejemplo de ciertas particularidades del proceso político cubano, claves para la comprensión de sucesos posteriores. En el mes de agosto una huelga general derroca a Machado; el poder es ocupado por un gobierno ligado a los Estados Unidos, pero sin fuerza suficiente como para impedir la creciente movilización popular. El directorio estudiantil entra entonces en negociaciones con un directorio de suboficiales del ejército entre quienes se hallaba el sargento Fulgencio Batista; el 4 de septiembre el gobierno conciliador debe renunciar y, de acuerdo con lo que afirma Blas Roca, "los soldados entregaron el poder, prácticamente, al directorio estudiantil".⁴ Es electo presidente el profesor de medicina Ramón Grau San Martín a quien se lo llama el "presidente de los estudiantes".

El ascenso de los estudiantes y su candidato Grau significó —según el citado Roca— que "el poder se desplazó de los partidarios del régimen semicolonial a los nacional-reformistas y social-reformistas". "El nuevo gobierno —agrega— denunció la Enmienda Platt, hizo pública su decisión de oponer resistencia armada a cualquier intento de intervención militar norteamericana, extendió y generalizó, mediante ley, la jornada de ocho horas en los centrales azucareros."⁵

Pero el entusiasmo de la rebelión estudiantil victoriosa duró poco tiempo. Grau renunció y el sargento Batista, ya general, ocupó el poder que había entregado a los candidatos del reformismo universitario. Pese a todo, la revolución de 1933 queda como un antecedente político notable en la historia de Cuba cuya herencia se recogerá, triunfal, a mediados de la década del 50. Fue, además, un punto más alto que la movilización estudiantil alcanzó en América Latina cuando la reforma echó a andar su proyección política. En la revuelta que derrocó a Machado confluyeron los elementos peculiares de la formación ideológica de Cuba: el nacionalismo democrático martiano como programa del presente y no del pasado; su vinculación con las tradiciones locales del socialismo; la fusión entre clases medias y sectores populares que cristalizó la reforma universitaria; el peso de la juventud como elemento dinamizador, detonante, de la actividad política del resto de la sociedad.

Alrededor de veinte años después todo ello reaparecerá cuando Fidel Castro convoca a la lucha contra Batista. Castro y sus amigos representaban, esencialmente, al pensamiento martiano y no mentían

⁴ Blas Roca, *Los fundamentos del socialismo en Cuba*, La Habana, 1961, p. 196.

⁵ *Ibid.*, p. 197.

cuando trazaban una vinculación estrecha entre su lucha y la llevada a cabo por el prócer máximo del país.

Cuando en 1953, a cien años del nacimiento de Martí, Castro lanza el asalto al cuartel Moncada, su proclama podía decir legítimamente: "La revolución declara que se reconoce y basa en los ideales de Martí, contenidos en sus discursos, en los postulados del Partido Revolucionario Cubano y en el Manifiesto de Montecristi; y adopta como propios los programas de la Joven Cuba, ABC Radical y el Partido del Pueblo (Ortodoxo)."⁶ La expresa continuidad entre presente y pasado no podía ser más clara.

En cuanto a Castro, él militaba entonces en el partido ortodoxo, la fracción política que más abiertamente expresaba los ideales de la clase media nacionalista, integrada por profesionales y estudiantes. Su líder, Eduardo Chibás, se había suicidado luego de pronunciar un discurso radiofónico, como protesta por la corrupción imperante en Cuba.

Muerto el líder el partido comenzó a disgregarse lentamente. Castro —que había sido además dirigente universitario y como tal participado de un congreso antimperialista y anticolonial realizado en Bogotá en 1948— encabeza a su ala juvenil más avanzada, en pugna con el sector que busca la conciliación con los políticos liberales. Hasta marzo de 1956 siguió perteneciendo formalmente al partido ortodoxo, aun cuando cada vez era más marginado por la dirección nacional, que no respaldaba sus planes políticos.

Este conflicto lo lleva, finalmente, a fundar el Movimiento 26 de Julio. Pero el 26 de julio es todavía en sus orígenes, un movimiento de las clases medias nacionalistas, el ala radical que la juventud levanta contra la política conciliadora de los dirigentes ortodoxos. Eran los herederos de Chibás. "El Movimiento 26 de Julio —escribía Castro en 1955— no constituye una tendencia dentro del partido: es el aparato revolucionario del *chibasismo*, enraizado en sus masas, de cuyo seno surgió para luchar contra la dictadura cuando la ortodoxia yacía impotente, dividida en mil pedazos."⁷ Del mismo modo que Chibás había acaudillado a las juventudes del Partido Revolucionario Cubano Auténtico, instándolos a romper con el aparato de Grau San Martín y Prio Socarrás, los protagonistas del 33, Castro lideraba una nueva división hacia la izquierda nacionalista cuando la propia ortodoxia entraba en un terreno de complacencias con el sistema.

⁶ Fidel Castro, *La revolución cubana*, Buenos Aires, 1960, p. 36.

⁷ *Ibid.*, p. 104.

59

La historia, me absolverá, el alegato presentado por Castro ante los jueces que lo condenaron por el asalto del Moncada, y que es el primer documento político de importancia, trae el recuerdo de la ideología que lo impregna, de los testimonios de la reforma: "Era una nueva generación cubana con sus propias ideas — dice entonces — la que se erguía contra la tiranía." Esas "propias ideas" eran las que venían proponiendo en distintas latitudes de América Latina los movimientos políticos nacionalistas democráticos, que en contraban su génesis en esa explosión radical de las clases medias que fuera la reforma.

Referirse a Castro, hacia mediados del 50, como un producto de la reforma y de la tradición política que ella impulsa en América, no es disminuir su importancia. Y definir su pensamiento como un bien heredado de la línea de Martí, de los universitarios del 25, de la revolución de 1933 y del populismo de Chibás no equivale a un juicio de minusvalía. Por el contrario: ese pensamiento se manifestó como sumamente eficaz para nuclear a la mayoría del pueblo en la lucha antidictatorial y mantuvo vitalidad aun para orientar los primeros y decisivos pasos de la revolución ya en el poder.

Este es el punto central que hace a las particularidades de la conformación política e ideológica de la alternativa cubana; el punto desde el que se abre la percepción de una característica absolutamente peculiar del desarrollo social e ideológico de Cuba, decisiva para explicarnos el triunfo de un movimiento aparentemente basado en la "rebeldía juvenil": aún en 1959 de las clases medias podía surgir un grupo coherente que liderara un movimiento nacional popular muy radicalizado, organizara el combate abierto contra la dictadura y llegara al triunfo con el apoyo de las masas populares urbanas y rurales e incluso de sectores de la burguesía acomodada, pese a las formas "plebeyas", jacobinas, elegidas para la lucha. Lo que en otras situaciones de América Latina era ya imposible, aparecía como factible en Cuba.

¿Qué datos de la estructura social de Cuba podían explicar el particular de su caso?

De acuerdo con estimaciones de 1950 agrupadas por Gino Germani, Cuba, junto con Venezuela y Colombia figuraba, por su tipo de estratificación social, entre los países llamados del grupo B. Argentina, Uruguay, Chile y Costa Rica serían del tipo A; Brasil, México del tipo C y el resto del continente del tipo D. La clasificación se establecía en función del cruce de los siguientes ítems: porcentaje de estratos medios; porcentaje de la población en actividades primarias; porcentaje de población en ciudades de más de

20 000 habitantes; porcentaje de estratos medios y altos urbanos; porcentaje de población alfabeta; tasa de urbanización anual; porcentaje de población activa en actividades fabriles. La característica general de acuerdo con estos indicadores de la sociedad cubana prerrevolucionaria, sería la siguiente: estratos medios entre el 15 y 20%; existencia cultural, psicológica y política de una clase media; heterogeneidad étnica y cultural; desniveles pronunciados en el grado de participación en la sociedad nacional; discontinuidad pronunciada entre áreas rurales/urbanas y fuertes desniveles regionales.⁸

Estas características determinaban para la sociedad cubana rasgos propios. Cabe enumerar esos rasgos para luego tratar de integrarlos en una imagen de conjunto de Cuba prerrevolucionaria:

a) *Características sociales*: 1] escaso peso de una clase latifundista del tipo "aristocracia criolla"; 2] economía rural de tipo "plantacionista" (ingenios azucareros) con un alto grado de concentración, lo que suponía la presencia mayoritaria de asalariados —con reclamos parecidos a los del proletariado industrial— y no de arrendatarios o pequeños campesinos pobres; 3] peso abrumador del imperialismo norteamericano en la vida económica y virtual carencia de una burguesía local ligada a actividades productivas; 4] alto nivel educacional y rápido crecimiento de capas medias urbanas; 5] alto nivel de desocupación permanente y estacional.

b) *Características políticas*: 1] corrupción generalizada de los grupos de poder; 2] escaso peso institucional de la Iglesia católica; 3] desintegración de las fuerzas armadas.

c) *Factores de unificación entre élites y masa*: 1] autocracia política despótica; 2] sumisión global del país al imperialismo; 3] insatisfacción de las aspiraciones de la mayoría de la población urbana y rural.

Toda la estructura productiva de Cuba giraba sobre la producción de azúcar. Hacia fines del siglo XIX se introdujo en Cuba la racionalización de los cultivos: la producción aumentó de 223 000 toneladas en 1850 a más de 1 000 000 de toneladas en 1894, mientras el número de explotaciones se reducía de 2 000 a 207. El fuerte grupo económico latifundista que se consolidó con este proceso será el verdadero beneficiario de la liberación de la tutela española durante los primeros años de gobierno independiente. Pero esta aristocracia criolla recibió un golpe de muerte con la baja de los precios del azúcar que siguió a la primera guerra mundial. El valor de las cosechas descende de 1 022 millones de dólares en 1920 a 56 mi-

⁸ Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, 1962, p. 168.

llones en 1932 y a medida que los precios bajaban las plantaciones fueron cambiando de dueño vertiginosamente. En 1929 las compañías norteamericanas cultivaban casi el 80% de la caña y el 60% de las inversiones en la isla aumentó de 220 millones de dólares en 1913 a 1 525 millones en 1929.

El mismo proceso de concentración capitalista se daba en el tabaco, que tradicionalmente había sido el único sector productivo en el que mantenían peso los pequeños propietarios: el antropólogo cubano Fernando Ortiz señalaba que "el capitalismo está tomando el control de las *vegas* (plantaciones de tabaco); en los últimos años el número de los cultivadores de tabaco disminuyó de 11 mil a 3 mil y el *guajiro* está entrando en las filas del proletariado".

Junto con los inversores norteamericanos los nuevos propietarios de los ingenios que desplazan a la vieja aristocracia criolla, son comerciantes de las ciudades que se enriquecen en el negocio de intermediación y que, especialmente al comenzar la década del cuarenta, adquieren tierras. En un lúcido ensayo sobre la Cuba prerrevolucionaria, Robin Blackburn señala: "El censo de 1946 revelaba que la dimensión característica de la propiedad fundiaria a comienzos del siglo XIX había desaparecido, excepción hecha de algunas zonas de la atrasada provincia occidental de Pinar del Río. Había sido destruida primero la cohesión social y luego la base económica de los latifundistas tradicionales. La clase estaba en declinación. Hacia 1930 la estructura de poder en Cuba se alejaba del tipo latinoamericano. El clásico régimen de la oligarquía terrateniente no había podido sostenerse".

Fuera de la del azúcar no existía virtualmente industria en Cuba. Los servicios estaban en manos del capital norteamericano y la burguesía cubana se concentraba en los negocios inmobiliarios y de construcción y en la red de intermediación comercial.

Tras la crisis de la primera posguerra otra guerra mundial daría a los sectores urbanos una oportunidad para su consolidación. Claro está que ese auge, dada la dominación que sobre la estructura productiva cubana tenía el capital extranjero, no significó el ascenso de una capa burguesa local con fuerza suficiente para colocar demandas propias dentro del precario proceso industrializador.

"Sólo un sector —dice Blackburn— de la economía cubana demostraba un dinamismo autónomo bajo el régimen neocolonial: la es-

⁹ Fernando Ortiz, *Cuban counterpoint: Tobacco and sugar*, Nueva York, 1947.

¹⁰ Robin Blackburn, "El prologo della Rivoluzione cubana", en *Il filo rosso*, 7, p. 27 (1963).

peculación edilicia." Y poco más adelante señala: "Pero más importante, sin embargo, era el carácter particular de la misma burguesía cubana. Su marcado carácter parasitario no podía carecer de efectos sobre su cohesión y su conciencia [...]. La burguesía cubana carecía casi del todo de una base económica independiente; le faltaba cohesión histórica y cultural, porque estaba dominada por emigrantes, expatriados y aventureros. No tenía una moral propia y poseía una conciencia muy escasa." De allí no podía salir, por cierto, una élite favorable a los cambios. Más que un grupo subordinado —aunque lo era desde el punto de vista económico—, la burguesía cubana era una suerte de socio menor de un gran negocio: el del azúcar y el de la red de servicios, legales y clandestinos, que el azúcar generaba.

La situación de la clase media urbana, en tanto, era distinta. Desde 1943 hasta 1950 la clase media urbana creció del 22.1 al 36.9%. De acuerdo con los datos ya mencionados de Germani, sólo Argentina superaba en Latinoamérica a Cuba en cuanto a porcentaje de clases medias urbanas. El índice de alfabetización (sólo superado por Argentina y Uruguay y equipando por Costa Rica y Chile); el de estudiantes universitarios, ubicado en similar orden, le otorgaban a Cuba un alto grado de modernización, en evidente contraste con el estancamiento de la economía. No es extraño que dentro de esas clases medias bloqueadas, que no encontraban el liderazgo de una burguesía industrialista, pudiera generarse una élite revolucionaria.

A las características económicas y de estratificación señaladas habría que añadir la corrupción general del sistema político, el desprestigio del ejército (que en 1933 se había desintegrado ya a un punto tal que un sargento saltaba de ese rango al de general, comandante de las fuerzas armadas y poco más tarde presidente de la república) y el escaso peso de la Iglesia católica: en 1958 había sólo 725 sacerdotes, uno por 7 000 feligreses, casi todos españoles y radicados en las ciudades.

El Movimiento 26 de Julio adquirió caracteres arquetípicos de movimiento avanzado de capas medias en un país dependiente. La composición de su grupo dirigente, su promedio de edades, el tipo de programa y su lenguaje lo acercaban a otras experiencias anteriores: las de los grupos políticos nacidos de la reforma universitaria. ¿Cómo se transformó ese movimiento de clases medias, de contenidos y formas nacionalistas populares a contenidos socialistas?

Ya han quedado anotados los aspectos particulares de la estructura social cubana: inexistencia de una burguesía industrial local; some-

timiento a un poder extranjero; corrupción del sistema político; enormes pesos del proletariado rural superior en número al campesinado y en mayor situación de conflicto con el sistema que el proletariado urbano; proporción alta de clases medias sin oportunidad de satisfacer sus aspiraciones por la carencia de una estructura dinámica en los sectores vitales de la economía.

A ello se deben sumar los antecedentes ideales: vigencia del programa marxiano como motor de un proceso contemporáneo de cambios sociales; tradición política, revelada ejemplarmente en 1933 de insurgencia juvenil y estudiantil triunfante.

Así, en los momentos de crisis política, si el vacío dejado por la debilidad de la burguesía industrial favorecía la posibilidad de una recuperación a corto plazo de las viejas estructuras, ese mismo vacío podría generar una alternativa mucho más radical para la situación política que en otras situaciones del continente; en tanto los grupos avanzados de las clases medias urbanas se orientaran correctamente en la búsqueda de sus aliados y dismantelaran las instituciones sobre las que, pasado el primer momento de euforia populista, el régimen se reconstituía.

Tal era la lección que la revolución fallida del 33 dejó a la juventud radicalizada de las ciudades y que el castrismo aprendió unas décadas después.

Hasta ese momento toda tentativa de insurgencia contra la opresión había fracasado porque la contraofensiva de los grupos tradicionales se consolidaba rápidamente mediante la anexión de las alas conciliadoras del movimiento nacional democrático. La historia política de Cuba es una sucesión de desprendimientos hacia la izquierda dentro de los partidos moderados, guiados por sectores juveniles: Pío Socarrás en los 30, con relación al Partido Revolucionario Cubano; Chibás, luego, con relación al partido de Pío, cuando éste, a su vez, concilia; Fidel frente a la ortodoxia creada por Chibás, cuando sus sucesores intentan, a su vez, integrarse al sistema. La posibilidad de que el castrismo no quedase apresado en los mismos zigzagueos de la historia anterior radicaba, por un lado, en la ampliación de las bases sociales de la rebeldía y por el otro en la búsqueda de puntos de contacto entre la tradición ideal nacionalista revolucionaria y la tradición socialista, más allá de los partidos que intentaban expresar esas opciones.

En ese sentido, la decisión del grupo revolucionario de sentar las bases de su actividad en las zonas rurales mediante la lucha guerrillera, adquirió con el tiempo una importancia fundamental. La fusión que se produce entre la élite dirigente y las masas rurales ad-

quiere una reciprocidad de efectos. El grupo urbano organiza y otorga conciencia a las masas rurales pero éstas, a su vez, le insuflan una oposición irreductible al sistema y no sólo al gobierno. Ese período de influencia recíproca dura más que la propia lucha armada y, cuando termina de consolidarse, el 26 de julio ya no es más un movimiento político de las clases medias: es el portavoz armado de una revolución agraria que va mucho más allá de las previsiones iniciales. El castrismo, al liquidar al latifundio liquida también lo fundamental de la influencia norteamericana porque la aristocracia terrateniente local no existía virtualmente como clase independiente. Poco a poco, por la desintegración del sistema anterior, por la inexistencia de una burguesía local consolidada y por la necesidad de dar respuesta a la ofensiva imperialista, debe "permanetizar" la revolución para poder defender sus logros iniciales.

La complejidad del proceso cubano —aquí sólo esbozada— alerta contra el esquematismo de su interpretación. Cuando Claude Bourdet le señala a Castro en 1960 que la revolución cubana es un segmento de la "revolución de la juventud" que abarca al mundo entero; éste le responde: "Evidentemente de la juventud, pero por encima de todo, de los trabajadores, de los campesinos, de las víctimas del colonialismo, de todos los explotados."¹¹

Efectivamente, la participación de los jóvenes y de los estudiantes en la revolución cubana aparece como decisiva; no sólo dentro del 26 de julio sino a través de la actividad de la propia Federación de Estudiantes Cubanos y de su virtual apéndice político, el Directorio Revolucionario, organizador del asalto al palacio presidencial, el 13 de marzo de 1957, en donde perdiera la vida el presidente de la federación, José Antonio Echeverría.

Pero lo que interesa no es sólo esta asociación física entre estudiantes y revolución. Más allá de ello, como programa, como ideología inicial, el movimiento antibatistiano surge como una réplica de los contenidos asumidos por el movimiento universitario en el continente cada vez que, desde 1918, intentó proyectarse a la acción política. Hay una continuidad que puede trazarse desde Mella a Fidel. Pero lo notable de esa continuidad, cuando la asume el castrismo, es que se revela como una síntesis ideológica y práctica de cuarenta años de enfrentamiento interno en el movimiento de las juventudes universitarias, como el resumen superador de una doble perspectiva que en la historia política del continente marchaba desencontrada, desde los enconados enfrentamientos de la década del veinte entre

¹¹ El reportaje fue publicado en *France Observateur* el 29 de septiembre de 1960. La cita es recogida en Baran, *op. cit.*, p. 24.

el nacionalismo democrático de los primeros apristas y el socialismo abstracto de los primeros marxistas revolucionarios, ambos surgidos de la reforma.

Porque Fidel es Mella, pero es también el espíritu continental, bolivariano, nacional en el sentido de la "patria grande", que los estudiantes reincorporaron al debate político en los inicios de la década del veinte antes que ningún otro sector social.

Es la superación, en el interior del socialismo como propuesta ideológica, de los lastres cosmopolitas con que naciera en América Latina la repercusión de la revolución rusa; la superación de las marcas sectarias que deterioraron durante años la validez de su mensaje para las grandes masas.

La síntesis propuesta por el castrismo —entendido como algo que va más allá que un glosario de tácticas de asalto al poder— tiende a resolver la antinomia histórica, cuyos capítulos centrales hemos tratado de diseñar hasta ahora, entre la imagen de un socialismo ajeno a las llamaradas de una historia anterior y un nacionalismo signado por limitaciones de clase que en el momento decisivo le restan audacia. Si el continente americano tiene tras de sí sesenta años de rebelión estudiantil, el mensaje ideal que de allí se prolonga sólo pudo encontrar realización efectiva en un país en que la reforma, para ser tal, tuvo que ser, primero, revolución. Y esa intuición, dolorosamente adquirida luego con la sangre de infinitas jornadas de lucha, había comenzado a germinar en el continente en el lejano 1918, cuando un grupo de jóvenes estampaba esta frase balbuceante: "creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: *estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana*".

CRÓNICAS Y DOCUMENTOS

